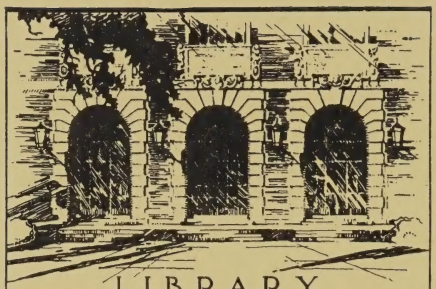


LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY
OF ILLINOIS

918.66
Es6p

The person charging this material is responsible for its return on or before the **Latest Date** stamped below.

Theft, mutilation, and underlining of books are reasons for disciplinary action and may result in dismissal from the University.

University of Illinois Library

MAR . 6 1968

MAR -9 1970

APR 24 1973

APR 24 1973

MAR 21 1981

DEC 14 1980

NOV 24 1981

NOV 16 1981

L161—O-1096

Digitized by the Internet Archive
in 2022 with funding from
University of Illinois Urbana-Champaign

https://archive.org/details/psicologiaysocio00espi

Señor Director de "El Día"

147

PSICOLOGIA Y SOCIOLOGIA

DEL

PUEBLO ECUATORIANO

OBRA POSTUMA Y DEFINITIVA

DE

ALFREDO ESPINOSA TAMAYO

GUAYAQUIL.

IMPRENTA MUNICIPAL

1918

PSICOLOGIA Y SOCIOLOGIA

DEL

PUEBLO ECUATORIANO

OBRA POSTUMA Y DEFINITIVA

DE

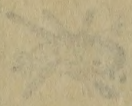
ALFREDO ESPINOSA TAMAYO

918.66
Es 6p

GUAYAQUIL.

IMPRENTA MUNICIPAL

1918



918.66
Es6p

El Concejo Cantonal de Guayaquil,

CONSIDERANDO:

QUE ES UN DEBER DE LOS PODERES PÚBLICOS HONRAR LA MEMORIA DE LOS CIUDADANOS ESCLARECIDOS,

ACUERDA:

Deplorar el fallecimiento del distinguido guayaquileño, señor doctor don Alfredo Espinosa Tamayo;

Publicar en dos volúmenes, por cuenta del Municipio, las obras escritas por dicho doctor; y

Comunicar este Acuerdo a la familia del extinto.

Dado en la sala de sesiones del Concejo Cantonal de Guayaquil, a 5 de Setiembre de 1918.

El Presidente,
R. BAQUERIZO M.

El Secretario,
C. A. ARROYO del RIO.

Latin America

ESTAS PAGINAS

CONFIESO que cuando empecé a escribir el presente trabajo conté más con mi buena voluntad y con la excelencia de la buena intención que me guiaba al emprenderlo, que con la propia suficiencia de conocimientos y con las dotes de observador concienzudo y profundo que se necesita tener para hacer esta clase de estudios. Las dificultades con que más tarde he tropezado, me han convencido de que tratándose de una ciencia como la Sociología, cuyos principios, reglas y métodos no están aún bien definidos puesto que todavía se discuten muchos de ellos y en que multitud de hechos están sujetos a interpretaciones, cada una de las cuales parece tener algún fundamento de verdad, pero que siempre satisfacen al observador perspicaz y que se contradicen entre sí prestándose a críticas y observaciones más o menos fundadas. Puede decirse lo mismo de la Psicología colectiva de los pueblos en la cual si bien los hechos son más fáciles de observar, en cambio son más difíciles de darles interpretaciones.

Todos los psicólogos y sociólogos están de acuerdo en dar gran importancia, en el desarrollo de las sociedades así como en el carácter especial de cada una de ellas, a los factores, clima, raza, producción y naturaleza del suelo y secundariamente al medio ambiente social y a la educación; pero es bien di-

ficil interpretar en las condiciones actuales a cual de estos factores es debida tal o cual característica de un pueblo. Así como en Medicina llega un momento en que no se puede diferenciar si un síntoma o un signo cualquiera es puramente un acto fisiológico o que debe considerarse como anormal o patológico, así en la vida de los pueblos hay hechos que no sabe el observador si atribuírlos a vicios del desarrollo o considerarlos simplemente como fases de la evoluciòn social y cualidades que, si miradas bajo cierto punto de vista, parecen perjudiciales y anómalas, en cambio bajo otros aspectos pueden ser consideradas como virtudes o condiciones favorables para la supervivencia en la lucha por la vida.

Creo que por lo que hace a psicología de los pueblos hispano americanos, se ha exagerado mucho pintando, con defectos, cualidades que otros pueblos también poseen y que sinembargo no les son echados en cara con tanta dureza.

Las frecuentes revoluciones que han agitado este continente y a nuestra patria como parte de él, han motivado la ira y el despego de extranjeros y nacionales que han llegado a considerar como enfermos a los pueblos que lo habitan y a atribuirles una mentalidad inferior, sin considerar que acaso los que hoy están clasificados como de mentalidad más elevada, han tenido fases de su historia mucho más agitadas que la nuestra. Cuando escribo estas líneas, atravesamos un período de turbulencias, que indudablemente es una época de transición cuyo significado nos lo revelará más tarde la Historia. La psicología de los pueblos de nuestro continente no puede ser estable porque se trata de sociedades llamadas a renovarse rápidamente y, así como la Europa de los siglos IV a IX de la Era Cristiana, es decir en los comienzos de la Edad Media, cambió totalmente de faz debido a las irrupciones de los bárbaros, en la época civilizada la inmigración de una manera más pacífica y silenciosa va haciendo cambiar el carácter y el modo de ser de muchas de las naciones hispano americanas.

El presente ensayo está pues destinado no solamente a

estudiar nuestras actuales condiciones, nuestros vicios de organización y nuestros defectos, nuestros actuales problemas, sino también a reflejar el aspecto de la sociedad contemporánea de nuestra patria y ojalá, si las observaciones que yo he hecho son exactas, pueda servir de documento para la historia de mañana. Para intentarlo me hallo colocado en determinadas condiciones de observación, que librándome de ciertas influencias del medio ambiente, me permiten tener puntos de vista suficientemente amplios y librarme del influjo de las pasiones tumultuosas que en la vida ordinaria bastardean las opiniones y ofuscan el criterio. Pero en cambio, fáltanme muchos datos que hubiera deseado recoger, muchos documentos que hubiera querido estudiar y que ha sido imposible conseguir, porque esta clase de estudio está aún en sus comienzos en este país.

Hubiera querido además viajar, conocer y vivir la vida íntima de muchos pueblos de origen étnico análogo al nuestro, así como el de otros de constituciòn social más adelantada, a fin de poder establecer una comparación y deducir consecuencias lógicas muy importantes. Mas, ya que no se han podido cumplir mis deseos, doy a luz estos ensayos simplemente como observaciones personales lo más ajustadas a la verdad y al criterio científico actual, sin exageraciones de escuela, ni abanderizamientos de ninguna clase y ojalá esta imparcialidad dé a mi obra el valor que ella no tiene como trabajo de erudición y resultado de observaciones que no han estado a mi alcance verificar.

Noviembre de 1916.

CAPITULO I.

Descripción general del país.—Sus tres regiones: la Costa, la Sierra y la Región Oriental.—Características climatéricas, etnográficas y geográficas.

CUANDO la inmensa cadena de los Andes, después de haber atravesado el territorio que formaba el antiguo Virreinato de Nueva Granada, pasa el páramo de Cumbal, se divide en dos ramales que corriendo casi paralelos el uno al otro de norte a sur dejan entre sí un ancho valle, el cual, cortado por trozos de montañas que de una a otra cordillera se dirigen, como emisarios que mantuvieran unidas sus dos divisiones y que subdividen el valle en otros tantos menores. Preséntase entonces una gradiente de planicies y de colinas, de valles y de quebradas, de ríos de rápida corriente, de verdes llanuras y de yermos solitarios, que constituyen el más variado y original paisaje de una grandeza primitiva, en el que todas las tintas y todos los colores se mezclan, desde el gris melancólico del páramo abrupto hasta el verde riente de los prados que bordean el riachuelo y el blanco inmaculado de la nieve que cubre los picachos de las altas cordilleras en cuyas elevadas cimas el sol quiebra sus rayos multicolores produciendo juegos y cambiantes de luz como si fueran diamantes de un aderezo monstruoso, en el cual se hubiera engastado una esmeralda. Al este y al oeste las montañas bajan en pendientes abruptas y rápidos declives a perderse en las llanuras bañadas por las aguas del océano Pacífico y en las selvas inmensas que bordean los ríos que forman el curso superior del Amazonas. Tal es la región que constituye la República del Ecuador, donde el clima de los trópicos modificado por las condiciones topográficas reproduce con cortas diferencias, bajo la línea ecuatorial, desde la estepa siberiana hasta los valles y collados de la Europa central y la selva milenaria del Africa tenebrosa.

Tres regiones quedan así netamente demarcadas: la que se extiende desde las faldas de la Cordillera Oriental hacia las riberas del Amazonas, región de las selvas orientales o Región Oriental como se le llama: la de la sierra o sea el callejón situado entre las dos cordilleras; y la de la costa que se extiende desde las vertientes de la Cordillera Occidental hasta las márgenes del Océano Pacífico. La primera, casi despoblada, se halla sometida al clima tropical no atenuado por las causas locales que influyen sobre el de la costa. Esta

inmensa región, poco conocida todavìa, se halla habitada sólo por tribus indígenas que viven errantes y en estado salvaje. La autoridad del Gobierno Ecuatoriano se encuentra reducida a cuatro o cinco pequeñas poblaciones situadas a muchos centenares de kilómetros unas de otras en el curso superior de los ríos que surcan la región. A la orilla de los mismos se han establecido algunos colonos que poseen plantaciones y que hasta aquí se han dedicado al tráfico y al comercio de caucho con Iquitos.

Toda la opulenta vegetación de los trópicos se muestra aquí en su forma primitiva con todas sus ventajas e inconvenientes, con toda su exuberancia y su fertilidad, pero con la salvaje y bravìa fuerza de producción que constituye el peor obstáculo para su aprovechamiento; abundan las maderas en las selvas que las lianas y plantas trepadoras vuelven impenetrables, el caucho, las gomas, la canela y la vainilla, y se producen además el cacao, el maíz, el arroz, la yuca o casabe y todas las frutas de los climas tropicales. Esta región se halla en gran parte disputada por las naciones limítrofes y en especial por la República del Perú que ha ocupado la desembocadura de los ríos y sigue extendiendo su soberanía aguas arriba, sin respetar tratados, arreglos y protestas diplomáticas. Su extensión es casi el doble de la parte habitada del Ecuador.

La sierra, por su clima, que por lo general es suave, igual y templado, con excepción de las altas mesetas denominadas páramos, que se extienden al pié de los grandes nevados y que son muy frías, ha sido la parte preferida por los conquistadores españoles o indígenas para establecerse, por lo que es la región más poblada del país y aquella en la cual se han desarrollado los acontecimientos que más influencias han tenido en la vida pública de la nación.

Su producción es la de los países de clima templado: se da el trigo, el maíz, la avena, el centeno, la cebada, las papas o patatas, las lentejas, las arvejas, los fréjoles o porotos y las frutas de los países templados. Se ha ensayado también el cultivo de la vid, aunque en corta escala, sí bien existen en la república extensiones de terrenos apropiados para este objeto. Lo mismo puede decirse del lúpulo y de la morera. Sinembargo, la tierra formada casi toda por toba o greda de origen volcánico, no es tan fértil como otros territorios de la República o como otros suelos que gozan de igual clima. Este, por su uniformidad, es asimismo un inconveniente, pues la temperatura no alcanza a la exigida para la perfecta evolución de los vegetales. Las lluvias son además muy irregulares y el terreno sumamente poroso y deleznable en muchos sitios, se agrieta con facilidad y deja filtrar el agua, con lo que la irrigación se dificulta. Además, no todo el terreno de la hondonada andina es cultivable: los valles y las mesetas y colinas de altura media entre 1.500 y 3.000 metros son los terrenos mejor apropiados para el cultivo, pero los páramos, que forman una gran extensión de territorio, sólo tienen una vegetación gramínea y

sirven para lugares de pasto hasta la altura de 5.000 metros. Según Wolf, la parte cultivable de la sierra sólo alcanzaría a la tercera parte de su extensión total. En cambio, la ganadería tiene grandes extensiones de terrenos para la cría de ganado de toda clase.

Zodiro cree que el Ecuador podría procriar y mantener una cantidad de ganado dos o tres veces mayor que el que actualmente apacenta en la región andina. Los ríos que descienden de las faldas de ambas cordilleras, después de haber regado los valles del callejón, rompen por portillos abiertos en ambas cadenas y se precipitan ya hacia la región oriental para formar la cuenca del Amazonas, ya hacia la región occidental para llevar sus aguas al Océano Pacífico.

Contrastando con el verdor de los valles, que hacia lo hondo se divisan, los páramos tienen algo de la majestad sombría de la puna boliviana, y sus habitantes, los indios, guardan aún más analogía por sus usos y costumbres con los pobladores de aquel territorio. Descendiendo por las rápidas vertientes de la Cordillera Oriental hacia el Océano Pacífico y pasando por la gradación floral no interrumpida desde la región de la nieve y los páramos hasta las selvas tropicales, se entra en la porción baja y húmeda de la costa. Templada por un ramal de la corriente antártica y por las brisas marinas, la región de la costa no es ni tan húmeda ni tan malsana como generalmente se le considera y antes bien es mucho mejor que otras regiones situadas bajo la línea equinoccial. Las selvas que se extienden desde el pie de la cordillera, van siendo transformadas poco a poco en terrenos de cultivo; las llanuras que le siguen hacia el oeste encierran numerosas tropas de ganado y si bien la orilla del mar, por la falta de lluvias, es árida, en las provincias del Guayas y Manabí encierra en cambio salinas y petroleras.

Los productos de esta región son los más valiosos que produce la región oriental y constituyen el principal renglón del comercio de exportación. El cacao, el café, el tabaco, la caña de azúcar, el caucho, la tagua o marfil vegetal; las frutas tropicales más variadas; el maíz, el arroz, el plátano, la yuca, las maderas de construcción y muchos otros productos valiosos.

La quina y la zarzaparrilla originarias de los valles hondos de la Provincia de Loja se dan también en la vertiente occidental de la Cordillera, al estado silvestre, si bien, la mala forma de la explotación, ha destruído los bosques y nuestra decidia ha permitido que ingleses y holandeses emprendieran en su cultivo en la India y en la isla de Java y nos arrebataran su comercio.

Los ríos que atraviesan la región son navegables y por ellos se hace casi todo el comercio del país, principalmente, por el de Guayaquil, que desagua en el golfo de su nombre.

El mar Pacífico que baña las costas se le ha dado en este lugar el calificativo que merece, pues no hay en ellas tempestades ni ci-

clones y las furias de las olas rara vez dan lugar a naufragios, aún de las pequeñas embarcaciones que hacen el servicio de cabotaje.

Encierra bastante variedad de peces y de moluscos comestibles de los cuales se alimentan los habitantes.

A unas quinientas millas de la costa se hallan las islas de Galápagos, grupo de origen volcánico de formación bastante moderna que pertenecen al Ecuador. Su clima que es el ecuatorial moderado por las influencias de las corrientes antárticas y de las brisas del mar es sumamente benigno y la temperatura baja hasta 14° y no pasa de 25° cg; el suelo compuesto en gran parte de rocas eruptivas sólo es fértil en determinadas regiones que por desgracia no son muy extensas. Sólo dos de las islas están habitadas y cultivadas: las demás permanecen desiertas. La pesca es muy abundante. El nombre oficial de estas islas es el de Archipiélago de Colón, pero se le sigue llamando Islas de Galápagos, aunque oficialmente se las designa con el primero.

De las tres regiones que hemos descrito, la oriental, aunque es la más extensa, interesa poco al objeto de este libro, pues es la menos poblada o habitada por tribus nómadas o selváticas.

La sierra y la costa son las dos secciones de la República en las que, por haberse concentrado la población, se ha efectuado la formación y la evolución del actual pueblo Ecuatoriano. Las características geográficas de una y otra, que acabamos de describir, marcan con precisión las diferencias del medio ambiente en una y otra región. La sierra, país de montaña, disfruta de clima suave y templado, de cielo azul y puro, de sol brillante; pero que alumbra y calienta sin achicharrar. La actividad humana no se encuentra coartada ni por el aplastante calor ni por el frío glacial. La altura no es un inconveniente porque las poblaciones no se hallan a un nivel demasiado elevado para que el aire, por falta de densidad, se vuelva irrespirable. Aún las personas enfermas pueden ascender a las cordilleras sin que se produzcan en ellas accidentes violentos. Al contrario, los enfermos del pecho buscan su alivio en el clima de la sierra.

La costa, sin ser malsana en la verdadera acepción de la palabra, y sin que se pueda decir que su clima ejerce una acción deprimente marcada sobre el organismo, es indudablemente, como todo país tropical, una región en la que el calor, la humedad, el brillo del sol y todas las demás características de esta clase de clima, hacen necesaria una aclimatación especial, sobre todo para los que no han nacido en el pais.

En la costa, existen muchas causas de debilitación que no existen en la sierra y el organismo tiene que luchar para reponer sus pérdidas con más energía que en otros lugares cuyas condiciones vitales no exigen un trabajo de adaptación y de defensa tan intensos; pero si bajo el punto de vista de las condiciones biológicas la sie-

rra tiene indudablemente francas ventajas sobre la costa, en la concurrencia vital, ésta le lleva ventajas, por la fertilidad de su suelo y la abundancia y el valor de su producción y aún por su misma topografía, ya que su proximidad a las costas del mar, le dan gran facilidad para la salida de sus productos por sus ríos navegables.

Esta diferencia de producción influye notablemente sobre la vida económica y social de las dos regiones, tanto como sus características topográficas. El habitante de la sierra labra fatigosamente un suelo poco fértil, arenisco o pedregoso, corre el riesgo de ver sus cosechas destruídas por la helada o por la falta de lluvias, recoge un producto a veces en sí mismo poco valioso y que la dificultad de transportar deprime aún más, encontrándose reducido a limitar su producción a las necesidades del consumo local. En cambio, en la costa la naturaleza hace por el hombre la mayor parte del trabajo, no lo exige ni gran contracción ni grandes esfuerzos y lo retribuye con una producción valiosa y exuberante.

El habitante de la sierra blanco, «chagra» o indio, es en todo caso un montañez: hombre de anchas espaldas, de mediana estatura, de musculatura desarrollada, gran caminador y ágil para trepar cerros y laderas. El habitante de la costa es de complexión más delgada, aunque siempre ágil y robusto, de movimientos más dúctiles y resueltos. Su elemento está en las llanuras, en los bosques y en los ríos correntosos que cruzan la región baja.

No me he ocupado hasta aquí sino de la producción agrícola, porque aunque el subsuelo encierra bastantes riquezas minerales, éstas no son aún explotadas sino en muy pequeña escala y en escasos puntos del territorio.

Dos compañías extranjeras explotan algunas minas de oro en el cantón de Zaruma. Se extrae una pequeña cantidad de petróleo en las minas de Santa Elena, los indígenas del Oriente y de las cabeceras de los ríos Santiago y Esmeraldas lavan un poco de oro y a eso se reduce toda la extracción minera del país.

De las salinas que se hallan a lo largo de la costa sólo se explotan las de Santa Elena, cuya producción está monopolizada por el Gobierno.

He aquí el país descrito a la ligera. Teatro pintoresco y multiforme, donde sin exageración puede decirse que todos los climas y todas las producciones se han aglomerado siquiera en pequeña escala unas veces, en gran abundancia otras. No es posible quejarse de la naturaleza que así nos ha brindado con sus dones. No son estos tan ópimos como los que otros países han alcanzado; pero tampoco desmerecen, ni son inferiores a los de muchas naciones más extensas y poderosas que la nuestra. Saberlos aprovechar es lo que hace falta, saber sacar de ellos el mejor partido es lo que se necesita.

La población se encuentra distribuída en las ciudades, villas y aldeas y en los campos, en caseríos diseminados, principalmente en

la costa, a orillas de los ríos o en chozas aisladas, lejos de toda población. En la sierra las ciudades, villas o pueblos son en mayor número que en la costa, donde el núcleo mayor de la población habita en los campos. Las ciudades más populosas son: Quito, capital de la República, cuya población oscila según los cálculos, al rededor de 60.000 habitantes: Guayaquil, a la que se le asigna de ochenta a cien mil habitantes; Cuenca, la que se dice tener cuarenta mil habitantes; Riobamba, 20.000: e Ibarra, Latacunga, Ambato y Loja, a las que desde hace muchos años se les calcula una población de 12.000 habitantes. En la costa, después de Guayaquil, sólo se asigna una población de 10.000 habitantes a Portoviejo, capital de la provincia de Manabí. Las restantes capitales de provincias y cabeceras de cantón son villas que oscilan entre tres y ocho mil habitantes. Por lo demás, estas cifras son bastante arbitrarias; no se ha podido levantar un censo exacto, ni de la población total, ni de la de cada ciudad.

El aspecto de éstas es como el de muchas otras ciudades de Sudamérica, un recuerdo de la época colonial, una mezcla de ciudad española de tercer orden a la que los trajes pintorescos de los indios, dan un colorido local. En los últimos años, algunos de los beneficios de la civilización han ido penetrando en ellas. La luz eléctrica brilla en la mayor parte; algunas poseen ya canalizaciones de agua potable o las tienen en proyecto; pero falta en casi todas un buen sistema de desagües y una pavimentación conveniente, pues aunque las ciudades de la sierra son pavimentadas, su pavimento hecho en su mayoría con cantos de río, es inadecuado y fatiga al paseante. Un cierto velo de tristeza, de tedio y de ociosidad cubre la mayor parte de ellas; gracias al ferrocarril que las atraviesa, algunas como Riobamba y Ambato, se han animado y es de esperar que cuando las demás vías férreas en proyecto se terminen, adquieran las ciudades que de ellas se beneficien más animación, se desperecen y entren en movimiento, por medio de la industria y del comercio que en ellas se desarrolle.

El aspecto de las ciudades de la costa y de la sierra es muy diverso. En aquella, las casas son de madera y caña, con portales; pero las calles son, por regla general, más descuidadas. Sinembargo, hay más animación y más movimiento que en las dormidas y silenciosas urbes serraniegas. Lo mismo puede decirse de las villas y pueblos. Estos, por regla general, en ambas regiones, son míseras agrupaciones de chozas de indígenas al rededor de una plaza donde hay una iglesia y algunos edificios de mejor aspecto. En los campos, los caseríos son por regla general la población de las plantaciones o haciendas, principalmente en la región cálida donde las vastas soledades se encuentran sólo hacia el interior, en tanto que en la sierra, a pesar de la mayor densidad de la población, se atraviesan grandes extensiones de terreno inculto y despoblado.

En cuanto a la población total, los cálculos oficiales la fijan en dos millones de habitantes; pero como ya dijimos anteriormente no hay seguridad absoluta en esta cifra, pues no ha sido posible hacer un buen censo de la población y es preciso, atenerse a cálculos más o menos verídicos.

En el capítulo referente a las razas, estudiaremos el reparto de éstas proporcionalmente al número de habitantes.

CAPITULO II.

Las razas primitivas.---La raza indígena antes y después de la conquista.---
El coloniaje.---La República.---Su estado actual.---
Su psicología actual.

LA raza autóctona o aborígen es la raza india de idioma «quechua» que parece haber sido introducido por los Incas después de haber conquistado el Reino de Quito.

A pesar de las investigaciones arqueológicas que se han hecho, no han podido hallarse rastros del idioma que primitivamente hablaron los pobladores. Aún parece que cada tribu hablaba el suyo propio o un dialecto distinto y aún los conquistadores hallaron tribus que no hablaban el «quechua».

«Puruhaes» y «Quitus» habíanse unido políticamente, pero no fundido etnológicamente cuando llegaron los «Caras», que conquistaron el reino y le impusieron sus leyes y costumbres. Pero, aunque guerreros y conquistadores, no pudieron los «Caras» ligar sino con lazos muy débiles, las tribus del sur, más allá de Tomebamba, y las tribus de la costa, que, aunque reconocieron la autoridad del Shuy de Quito, vivían una vida casi independiente. A esta debilidad de lazos políticos y etnológicos entre tribus, que aunque de origen común se creían separadas por diferencias de razas y de lengua, se atribuye la facilidad con que el Inca pudo conquistar las provincias de la costa y del sur del Reino de Quito, no hallando resistencia seria, sino en el norte, donde habitaban tribus principalmente de origen «Cara».

Bajo los «Incas», los indios vivieron en la condición social del régimen de castas, sometidos a los «curacas» y a la raza militar conquistadora, que formaba la aristocracia. No eran propietarios del suelo, sino vasallos o siervos; pero tenían derecho a sus productos, porque aunque todo pertenecía al «Inca», el «Inca» con paternal solicitud atendía a su subsistencia. Humilde y dócil, el indio vivía contento bajo el despotismo dominador del Hijo del Sol, trabajando sin quejarse, pero viviendo en la imprevision y en la indolencia. Las tribus de la costa no cultivaban el suelo, el bosque les daba sus frutos y el río su pesca. Así, la vida era indolente y ociosa, fomentada ésta, aquí por las condiciones naturales, allá por las condiciones sociales y la natural incuria de la raza. Al arribo de los conquistadores que hallaron el país dividido por una guerra civil, fácil les fué dominar

un pueblo poco guerrero y acostumbrado a la servidumbre. La resistencia de «Rumiñahui» no les fué difícil de vencer, lo mismo que la de los «Huancavilcas» y la conquista no presentó mayores dificultades, pues la epopeya magna de ella es la expedición de Gonzalo Pizarro a la Región Oriental, única parte del país que permaneció y permanece todavía indómita y salvaje. El indio de la antiplanicie más bien opuso al conquistador su resistencia pasiva, su indolencia, su disimulo y se adaptó lentamente a las nuevas costumbres y a los nuevos hechos que el conquistador le imponía. Esté, por su parte, se adaptó asimismo a las costumbres indias, continuando parcialmente el régimen político y social bajo el cual habían vivido los indígenas.

Mucho se ha hablado del trato inhumano y cruel que los españoles dieron a éstos; mas, si bien es verdad que no fué blando, como no podía serlo el dado por una raza que vestía armadura de hierro y que había manejado la lanza ocho siglos y sólo volvía su punta de los moros infieles y de los protestantes luteranos, para conquistar tierras selváticas e ignoradas, debemos declarar que leyendo a los historiadores españoles y extranjeros y las relaciones de viajeros, como Jorge, Juan y Antonio de Ulloa, no fué tan duro en nuestro suelo como en otras comarcas de la América. Es verdad que se instituyeron los repartimentos y que más tarde los obrajes y fábricas de hilados y tejidos consumían hasta el cansancio las fuerzas del indio, mal alimentado y mal vestido; más no hubieron entre nosotros las minas que absorvían hombres y hombres y diezmaban la población, como en Méjico y Bolivia. Los minerales de Zaruma solo comenzaron a explotarse a mediados del siglo XVI, mas su trabajo no era tan duro, ni hecho en tan malas condiciones como en el cerro de Potosí, por ejemplo. Sinembargo, alguna que otra insurrección, más bien causada por abusos y vejámenes de autoridades rapaces que exigían tributos, se señalaron en las poblaciones indias sometidas. En el Oriente, los indómitos y crueles jíbaros destruyeron las poblaciones que los españoles habían fundado allí y desde entonces viven independientes, sin que los blancos hayan logrado volver a colonizar su territorio.

Algún trabajo costó a los dominadores reunir a los indios en poblados y hacerles renunciar a sus creencias fetichistas y a la adoración del Sol y de la Luna: mas poco a poco fueron los curas logrando reducirlos, inculcándoles las principales máximas del Cristianismo: aún cuando conservaron largo tiempo y conservan todavía prácticas y creencias idólatras que mezclan con la de la religión cristiana.

Quedó pues bajo el régimen colonial el indio, colocado en la condición de siervo de la gleba, sobre el que pesaban los tributos, los servicios personales, las contribuciones y la odiosa institución que hasta hoy perdura del arrendamiento de servicios que denominan «concertaje». El cura y el encomendero, sustituídos ahora por

el gamonal y la autoridad política, fueron sus amos y también sus verdugos implacables; vino la independencia, pero no para el indio, que vió pasar esa época turbulenta como ha visto pasar tantas otras, indiferente y pasivo. No cambió de amo porque fueron los mismos los que lo siguieron dominando. Las clases dirigentes, las que constituyeron la República ¿qué hicieron por el indio? Poco o nada: lo colocaron bajo la tutela del cura como antes había estado y lo dejaron en una situación incierta, sin acertar a hacer de él un ciudadano o a lo menos a ponerlo en camino de llegar a serlo algún día. Los primeros congresos se preocuparon algo por la raza aborígen, tratando de mitigar la dura situación en que vivía y de concederle alguna libertad, quitándole los tributos y los trabajos personales y aún pensando en instruírla. Pero en la práctica, los abusos continuaron y casi continúan hasta ahora: es verdad que el indio ya no paga la «mita», ni derechos parroquiales: pero los priostazgos o fiestas religiosas que por una vieja tradición cada indio se considera obligado a costear, pesan sobre él y listo está el hacendado a facilitar el dinero que necesita para hacer de él un ciervo de toda la vida.

Si el soldado o la autoridad política necesitan transportar efectos, no vacilan en convertir al indio en bestia de carga y se le recluta sin compasión, exigiéndole servicios personales que casi nunca son remunerados.

La más grave falta de la República consiste en haber dejado a la raza india abandonada a su propia suerte. Se ha observado que solamente el aprendizaje del idioma español que pone en comunicación al indio con la población blanca y mestiza, levanta ya mucho su condición moral; pues bien, el Estado, nunca se ha cuidado de proveer la creación de escuelas donde especialmente se le enseñe el idioma y donde se le dé una educación apropiada a sus condiciones mentales y así el indígena, ignorante y aún mantenido en la ignorancia casi deliberadamente por el propietario o gamonal, vive como un paria, inerte e indefenso, sin conocer las reglas de la moral y teniendo por consuelo los enervantes efectos que en él causa la embriaguez.

Se ha dicho que la embriaguez, que es hoy uno de los peores vicios que más consumen y hacen degenerar la raza indígena, tiene por origen la inadaptación del indio a la civilización actual: pero en primer lugar, esta proposición no tiene verdadero fundamento, porque habría que demostrar antes, que los pueblos menos adelantados, es decir, los menos adaptados a la civilización moderna, son los que consumen más alcohol, cosa que está desmentida por la estadística, y en segundo lugar y en el caso especial de la raza indígena, está desmentido por la Historia. En efecto, parece, según nuestros histotoriadores y cronistas, que ya desde antes de la llegada de los españoles eran los indios muy dados a la embriaguez, y durante la Colonia y casi desde su comienzo, tuvieron que dictar fuertes disposicio-

nes para reprimir la borrachera en los indios. No es que el indio buscara en la «chicha» o cerveza de maíz y más tarde en el alcohol de caña, el lenitivo o el olvido de sus dolores y sufrimientos, sino que el vicio arraigado ya entre ellos, tomó mayor desarrollo cuando el aumento del trabajo aumentó el consumo de sus fuerzas y disminuyó su energía vital. El aumento de sensaciones nerviosas trajo como consecuencia la necesidad de calmarlas, buscando lenitivo en el alcohol, única manera de proporcionarse una falsa sensación de alegría.

La indolencia de la raza indígena ha sido atribuida por algunos autores, tales como Ingenieros, al factor económico: el indio sabía que por más que se esforzara no podía ser terrateniente, por consiguiente, no ponía ningún empeño en cultivar un suelo que no sería nunca suyo. Pero a esta afirmación podremos objetar con una observación de lo que actualmente sucede en algunas regiones de la actual República: los indígenas de la costa y de algunos lugares de la sierra son propietarios del suelo en que viven, constituídos en Comunidades, ya por compra, ya por donación hecha desde los tiempos coloniales. Pues bien, aunque se trata de suelos por regla general áridos por falta de lluvias, o de páramos desolados en la sierra, no por eso son incultivables y un cultivo racional o siquiera constante los haría fértiles y productivos: pero el indio no sabe aprovecharlos: indolente y apático el indio de la costa, se limita a circundar un cierto espacio de terreno con ramas y espinos y siembra allí algunas legumbres y frutas en espera de que haya lluvias y germinen las semillas, que con escaso trabajo depositó en el suelo, recoge el producto de una cosecha escasa o abundante, según quiera dársela la Naturaleza y consume de ella una parte y vende la restante, sin que sea mucho el provecho. Hace lo mismo el indio de la sierra, pero uno y otro disputan fieramente la propiedad del suelo o su aprovechamiento, al blanco o al mestizo que quieran hacer en él plantaciones. Este asunto de los terrenos comuneros, pertenecientes a indígenas, constituye hoy uno de los problemas agrararios más importantes y que se acrecentará cuando las extensiones de terreno que aún faltan cultivar, lo estén ya, pues gracias a èl, extensas y dilatadas llanuras quedan sin cultivo, sirviendo a lo más para alimentar tropas de ganado en escaso número, que se nutren del pasto seco que queda durante los años en que las lluvias fecundan el suelo. En todo caso el indio siempre permanece indolente y entregado a su miseria. Su frugalidad acaso explique más bien esta indolencia o quizás al contrario sea hija de ella misma: el indio tiene muy pocas o escasas necesidades, se alimenta muy poco. El de la sierra teje por sí mismo el poncho que lo abriga y el sombrero que lo cubre y en ocasiones hasta el lienzo de que se viste. El de la costa tiene por única industria el tejido de sombreros de paja toquilla, de la cual viven casi exclusivamente los que habitan la porción ribereña de las provincias del

Guayas y Manabí. Cualquiera que sea la causa de la indolencia indígena, sea ella debida a un instinto natural o a la influencia artificial de una causa económica, es indudable que trae como consecuencias, el desaseo y la miseria en que viven los indios. La tristeza de la raza indígena se debe a causas más complejas, la miseria entre ellas: más también las demás condiciones de su vida: la opresión y los vejámenes que sobre ellos han ejercido blancos, mestizos y mulatos, durante siglos de esclavitud y vasallaje, la desesperanza y la falta de confianza en sí mismos para alcanzar un éxito, y su ignorancia, que no les permite encontrar los medios adecuados para ello y que los entrega maniatados en poder de sus opresores. Fuera de estas cualidades negativas, el indio se distingue por otras, quizás secundarias, pero más aparentes: el servilismo, producto talvez de los largos siglos de esclavitud en que ha vivido; la astucia y el disimulo que le sirven para defenderse de la codicia de sus amos; la desconfianza y el recelo que les hacen a cada paso creerse engañados, en tanto que ellos mismos tratan de engañar a sus contrarios; la paciencia y la resignación y su impasibilidad ante los sufrimientos, características todas más o menos comunes a todas las razas indígenas de la América. La «quechua», además, es reconocida por su docilidad y mansedumbre: su facilidad de adaptación y su sentido de imitación. No es una raza que carezca de imaginación, solo que esta se halla como embotada y adormecida por la incultura. Cuando despierta, es al contrario exhuberante y fantástica en demasía, aunque huera y de poco lastre y fundamento. No es una fantasía dulce, tranquila y razonada, casi filosófica, como la de la raza sajona: ni poética y soñadora como la del árabe del desierto; ni tan simiezca y burda como la del negro; pero sí carece de idealidad definida, solo se enamora de la brillantez, de la forma externa de las ideas, lo mismo que de las palabras y de las cosas materiales, sin fijarse en la vaciedad de los conceptos o en la utilidad de éstos. Un autor ha hecho notar que son los coloros más vivos y los que más impresionan la retina, los que más agradan al indio, de la misma manera en el indígena que adquiere alguna educación son las palabras y las ideas más brillantes las que más lo sugestionan y en cuanto a preducción, ésta se caracteriza por su exhuberante vaciedad que semeja a la de ciertas plantas que producen ramas y ramas cargadas de hojas pero sin dar ningún fruto y que abundan solo en follaje. Talvez a esta afición por los vivos colores se deba que el indio escape a la ley del mimetismo animal; según la cual, a semejanza de los animales que adaptan la coloración de su tegumento externo al color general del paisaje en que viven, los hombres adaptan también para su vestido un color semejante. Por el contrario, en el páramo gris, cubierto de pajonales amarillentos, la única nota viva y alegre la dan los ponchos y rebozos de colores chillones, rojos, verdes o azules, de los indios que por ellos cruzan. Una observación acerca de la música in-

dígena, cuya característica melancólica ha servido de asunto para tantas disertaciónes a escritores y poetas, dá idea de la disociación de la mentalidad del indio. La música es tierna, gemebunda, dulce, sollozante, de una languidez y melancolía que concuerdan muy bien con el paisaje de las altas mesetas de los Andes: en cambio la letra de las canciones que la acompaña no suele por lo general expresar ninguna idea concreta. Pareciera que el indio no acertara a expresar con la palabra sus sentimientos y solo en la música concretara toda la intensidad de ellos.

En este estado de aplanamiento cerebral vive el indio de las mesetas andinas, aislado del resto de la población, en contacto pero no en comunidad con la civilización que lo rodea, sin preocuparse de los intereses materiales y morales del resto de la población, apegado al terruño que labra por necesidad, viviendo, o más bien dicho, vegetando, sin más alegrías que las festividades religiosas que consumen sus escasos ahorros y sin más esperanza que la de la muerte, que venga a librarlo de los padecimientos y vejámenes a que el blanco lo sujeta. La idea de la justicia apunta confusamente en su mente; con la astucia, la desconfianza y el recelo, se defiende de patrones y gamonales y a veces, harta ya su paciencia, recurre en tumultos y asonadas a los actos de violencia, para defender su mísera propiedad, amenazada por la codicia de los blancos.

Una sociedad en que una tercera parte de sus componentes vive aislada del resto, sin comunidad espiritual, es como un cuerpo que tuviera uno de sus miembros paralizado y que caminara rengueando y arrastrando el miembro enfermo, y así la marcha del país tiene que hacerse como la de un paralítico, lenta y penosamente por culpa de la viciosa organización social, que ha abandonado a su propia suerte a la raza aborígen, sin hacer nada por su educación y por incorporarla a la vida civilizada, de cuyas ventajas no participa y cuya utilidad no comprende.

El robo y la ratería son otros de los vicios más arraigados en la raza indígena y el propietario tiene que andar siempre vigilante y alerta, pues al menor descuido el indio, sobre todo el de los campos, se sustrae cualquier objeto, cualesquiera que sea su valor, y por insignificante que parezca. En las cosechas, se ha hecho necesario recurrir a mil estratagemas para evitar que los indios mermen el producto, apoderándose de una parte de él. Así por ejemplo, los propietarios de frutales, se ven obligados a vender sus cosechas antes de la recolección que queda a cargo del comprador, el cual, para evitar el robo de las frutas, tiene que cogerlas antes de su completa maduración. Esta propensión al robo proviene en los indios del odio íntimo y secreto que tienen siempre para el propietario blanco, por el cual se creen estafados.

En los últimos años ha parecido producirse un movimiento de simpatía por la raza india y diversas leyes que tienden a favorecerla

se han presentado en los congresos, aunque hasta ahora no han sido aprobadas. El «concertaje», sobre todo, ha sido objeto de vivas discusiones, pues mientras sociólogos extranjeros y nacionales y algunos intelectuales, piden su abolición, los propietarios son por regla general opuestos a ella y apoyan con argumentos de bastante peso, fundados en la psicología misma del indio y en su actual condición social, la oposición que hacen a esta reforma. El de más fuerza entre todos es el de que el indio mismo, libre y expontáneamente se concierta muchas veces a fin de que su amo o patrón lo defienda contra los abusos de las autoridades políticas o militares, que, como ya hemos dicho, lo extorsionan exigiéndole sus servicios personales y el de sus bagajes o bestias de carga. Pero de todas maneras, el concertaje es una institución odiosa que, como ha dicho un escritor, solo se diferencia de la esclavitud, en que no es trasmisible a la familia y cesa con la vida del concierto, y ni aún eso, porque hay propietarios que pretenden hacer que los hijos mayores respondan de la deuda de los padres a la muerte de éstos y, con amenazas o engaños, los inducen a firmar documentos en quo se confiesan deudores de la cantidad que al morir debían sus padres.

Otro argumento de algún valor, es el de que la agricultura sufriría grandemente con la supresión del concertaje, pues la indolencia del indio y su afición al alcohol, le harian olvidar el trabajo y solo recurriría a él cuando necesitara llenar sus escasas necesidades. Los propietarios de la costa se ven obligados a mantener un número considerable de peones conciertos con el objeto de no interrumpir sus labores, pues de otro modo, los jornaleros solo trabajan los días que les place, que en general, solo son cuatro por semana. A esto responden los adversarios del concertaje que, si los jornales o salarios fueran lo suficientemente remunerativos, los jornaleros trabajarían con gusto pues hallarían bien remunerado su trabajo, y que es antieconómico mantener estancado en deudas un gran capital, una parte del cual se pierde anualmente por muerte de los conciertos y que resulta más ventajoso el aumento de dichos salarios, que aumenta también la capacidad productiva de cada trabajador. Como quiera que sea, y aún refiriéndola solo a la raza indígena, la institución del concertaje verdaderamente solo puede existir en un pueblo atrazado y es propio solo de la Edad Media, dando además origen a multitud de abusos que repugnan a la naturaleza humana.

Mantener en un estado vecino a la esclavitud una gran parte de la población del país, deprimir sistemática y crónicamente su estado moral, aboliendo en ella todo sentimiento noble y elevado, que exalta al hombre convirtiéndolo en un ser racional, y al contrario, hacer que permanezca en la ignorancia y en la abyección, en un estado próximo al de los animales irracionales, es verdaderamente criminal y sólo el egoísmo y la avaricia de los propietarios pueden inculcarles tales ideas e inducirlos a perdurar en una conducta tan completa-

mente opuesta á la moral y a la civilización. Los políticos, desgraciadamente más ocupados de embrollos, de intrigas y de satisfacer su vanidad o su ambición de lucro personal. no se ocupan de mejorar la suerte de estos desgraciados, que son sinembargo la fuerza motriz del trabajo agrícola en la planicie interandina.

Solo en estos últimos tiempos, determinado grupo de intelectuales, ha tratado de influir en la opinión para mejorar la condición del indígena, sin que sus esfuerzos hayan tenido éxito alguno. La Iglesia ha querido dar muestra de que aún se encerraba en su seno un poco de la caridad y de amor al prójimo, que son el fondo de la doctrina del Patriarca de Judea, y en un Congreso Catequista, ha habido una sección destinada especialmente a tratar de la suerte del indígena. Mas poca esperanza hay que abrigar en este movimiento, por desinteresado y generoso que aparezca a primera vista. Los curas de pueblo, están demasiado interesados en mantener al indígena bajo su tutela, para que traten de levantar su espíritu y hacer de ellos verdaderos aptos para comprender la civilización actual: se contentarán con predicarles el Catecismo, la resignación y el temor al castigo y el indio continuará creyendo que es su deber obedecer al blanco y resignarse con su suerte, buscando un consuelo material en el alcohol.

Una sola cosa puede levantar el estado moral del indígena, y es una educación bien graduada y conducida, que se adapte a la psicología especial y al estado actual de su mentalidad, que poco a poco la vaya desbrozando, por decirlo así, y quitándole la corteza que los años de abyección y servidumbre han hecho crecer en su imaginación, encerrándola en los estrechos límites en que hoy se encuentra.

Desgraciadamente, ningún paso se ha dado hasta ahora en ese sentido, y mientras tanto, la fuerte raza de los «puruhaes» y de los «caras», irá degenerando agotada por el alcohol, la miseria, la suciedad y la inopia.

CAPITULO III.

La raza conquistadora.--Su mentalidad, su cultura y su influencia en la formación de las nacionalidades hispano-americanas.

CUANDO los paladines de Isabel y de Fernando dieron con la toma de Granada fin a la épica lucha que durante siete siglos tuvo que sostener la España cristiana contra los moros invasores, no podía decirse que con la unidad política se había logrado la unidad étnica de la Península, Como muy bien dice el ilustre estadista español Sánchez de Toca, España no era una nacionalidad adaptada a un cuadro geográfico determinado. Pueblos de distintas razas y de distintos orígenes, de lenguas diferentes, unidos por nexos políticos aún bastantes recientes y cuyos intereses materiales estaban más de una vez en contraposición, poblaban a España. Iberos y Eúskaros, Catalanes y Valencianos, Castellanos, Astures y Gallegos, Judíos y Moriscos, todos tenían distintas características etnológicas, y así mismo, correspondían a grados de civilización distinta. El afán de sentar axiomas en historia, ha llevado a algunos escritores a decir, que el pueblo más civilizado vence en luchas al menos civilizado; sinembargo, durante la edad media y hasta la época del Renacimiento, la cultura de la España morisca del sur era superior a la de los bárbaros que destruyeron el Imperio decadente de los Césares. Lo que sucede es que los pueblos que han llegado al apogeo de su civilizacion aflojan nexos morales, que constituyen para la guerra, manifestación de barbarie y de incultura, uno de los principales auxiliares de la victoria. Este aflojamiento de nexos morales es una de las causas de degeneración de los grandes pueblos. Mas, sea de ello lo que fuere, es el caso que la civilizacíón godo-ibera predominó sobre la civilación al árabe. La mezcla de sangre no había sido lograda, los pueblos del Norte no habían cruzado aún suficientemente su sangre con los del Sur por antagonismo de raza, de cultura y de civilización: el país estaba desangrado por los largos siglos de lucha que había tenido que sostener y fué en estas condiciones cuando por razón de su proximidad geográfica, España fué llamada a ayudar a Colón a descubrir primero. y a conquistar un Nuevo Mundo y para esta empresa fué la España caballeresca del Norte la que tuvo que dar su sangre; fueron vascos, catalanes, gallegos, castellanos y extremeños los que primero acometieron la empresa; fueron pues los gue-

rreros de la Cruz y los descendientes de Pelayo, es decir, los godo-iberos, los que primero vinieron a la América. Mas, al mismo tiempo que en ésta fundíanse dos razas, la de los conquistadores y la aborígen, fundíanse también, aunque incompletamente, los distintos pueblos de la Península y formábase una unidad etnológica, tan homogénea como podía serlo, dada las características de su forma de gobierno y de sus aptitudes para confundirse entre sí.

La mentalidad de la raza hispana cnando la conquista era, pues, la de la España del Norte: el elemento judío y árabe no había penetrado aún suficientemente ni se había fundido lo bastante en su pueblo por oponerse a ello razones de religión y de política. Por eso, los aventureros españoles, acostumbrados a la lucha y a la conquista, al manejo de la lanza y de la espada, a las proezas caballerescas, lograron, en el corto espacio de medio siglo, explorar y conquistar tan extenso continente, desde la California hasta la Tierra del Fuego. No era propicio el momento para la raza conquistadora, que aún no había terminado su evolución política y cultural y que así debilitaba su organismo, enviando a tierras lejanas sus mejores energías, ni era tampoco favorable para la tierra conquistada esta circunstancia; pero el fatalismo geográfico, más real y evidente que el fatalismo histórico, lo determinó así y precisa acatar sus fallos. Desenvolvióse pues, paralelamente la civilización americana con la de la civilización española; chocaban y confundíanse allá diversos pueblos y dos civilizaciones: chocaron y confundiéronse aquí dos pueblos y dos culturas. Evolucionó la España de los Austrias hacia la unidad religiosa y hacia la predominancia de la fé en los sistemas de gobierno, y así mismo, si la España de los caballeros nos conquistó, tocóle a la España del fraile colonizarnos.

La raza conquistadora nos dió todo lo que podía darnos, su mentalidad, tal como entonces estaba constituída, sus formas de gobierno, su fanatismo político y religioso, propio de los pueblos que habían vivido largos años luchando por la fé y por el predominio de su raza y al amoldarse al nuevo marco geográfico, el pueblo conquistador que nos trajo sus costumbres y sus leyes, creó fuera de su país una nueva patria, modificada por las influencias del clima y de la topografía.

Se ha fundado una de las características de las diferencias que se notan en el carácter de los diversos pueblos hispano-americanos en la predominancia, en los elementos blancos de ciertas agrupaciones étnicas de la Península, sea el elemento vasco, el catalán y el castellano o extremeño. Por el estudio de los apellidos predominantes en el Ecuador, se ve, que son los últimos los que vinieron a esta parte de América en mayor número, aunque no faltan los otros. En la época actual, la escasa inmigración peninsular es casi exclusivamente catalana.

Nos legaron pues los conquistadores su altivez y su orgullo, su

concepto especial del honor, su solemnidad, su particularismo, al mismo tiempo que nos educó en el centralismo político, impidiendo en la Colonia la tendencia autónoma, por el gobierno municipal. De las características psíquicas y va la educación que recibimos proceden en gran parte muchas de nuestras cualidades y defectos, que por lo demás, tenían que serlo, como inherentes al estado de desarrollo de las razas que al fundirse dieron origen al pueblo sud-americano.

CAPITULO IV.

Los criollos, mulatos y mestizos, la raza negra.

SE ha dicho que el verdadero tipo del sud-americano es el criollo, es decir, el descendiente directo de españoles con poca o ninguna mezcla de sangre indígena. En nuestro país, es muy raro que la primera condición se cumpla: son muy escasas las familias que habrán logrado conservar pura y sin mezcla, la raza blanca, pues por lo general, los criollos ecuatorianos siempre tienen alguna mezcla con las razas de color por más que su piel sea tan blanca como la de un europeo y tengan los cabellos rubios. Un refrán popular dice: «lo que no tiene de inga tiene de mandinga», lo que quiere decir, que casi todos los pobladores tienen en sus venas algunas gotas de sangre india o negra. Sinembargo, aunque el número de individuos de raza blanca pura sea muy restringido, el de individuos de raza blanca con estigmas de mestizaje de indio o negro es muy crecido y los escritores más exigentes como Wolf, calculan su número en la tercera parte de los habitantes del país. La población blanca es más numerosa en la Sierra que en la Costa, tanto por razón del clima, cuanto porque la población española se estableció de preferencia en la antiplanicie. Asimismo los mestizos de la Sierra lo son de blanco y de indio exclusivamente; en tanto que en la Costa predominan los mulatos, es decir, los de blanco y negro. Es de advertir que la raza negra sólo se ha establecido en la Sierra en los valles hondos y calientes de la provincia de Imbabura a orillas de los ríos Chota y Guaillabamba. El color de la piel en los blancos varía naturalmente mucho desde el moreno al blanco mate; pero en general al hablar de blancos o criollos, no comprendemos en ellos sino a los ecuatorianos en los que los caracteres de la raza blanca son predominantes. En el país como en otros de América se denomina «cholos» a los bastardos de un primer cruzamiento entre blanco e indio y «zambos» a la mezcla de indio y negro. Mulatos son los hijos de blanco y negro. Los primeros son los que por cruce con individuos de raza blanca se asimilan más fácilmente a los caracteres antropológicos de ésta. Los mulatos guardan largo tiempo la impresión y los caracteres de la raza negra y sólo después de tres o cuatro generaciones, siempre que no haya habido nuevo apor-

te de sangre africana, conservan estigmas de su origen de color.

El zambo y el mulato predominan en la costa y su número es mayor que el de los habitantes de la raza india y que el de los cholos; por el contrario, en la sierra, el cholo es tipo predominante en las ciudades, en tanto que el indio de la raza aborigen más o menos pura predomina en los campos. La mezcla de razas es sinembargo bastante grande para que haya una graduación desde el blanco puro hasta las razas negra e india puras también. Respecto a la pureza de la raza india, ya hemos dicho que ella sólo es relativa a sí mismo; pero no a las diversas tribus en que estaba dividida, pues hoy no es posible encontrar los caracteres antropológicos exactos de ninguna de ellas, ya que su mezcla los ha desvirtuado todos.

La raza negra fué traída por los españoles al Ecuador como al resto de la América en calidad de esclava, con el objeto de reemplazar el trabajo de los indios que no soportaban ciertas faenas, demasiado duras. En la Costa son bastante numerosos los negros, aunque no podríamos determinar su número exacto, talvez de pura raza lleguen a 20.000, quizás a 30.000. Es en la provincia de Esmeraldas donde hay mayor número de ellos. Según el historiador Ceballos, èstos provienen de una fragata española con cargamento de esclavos que naufragó en las costas de esa provincia a mediados del siglo XVII. Los negros se sublevaron diseminándose por la provincia que siempre había sido poco poblada, pasaron a cuchillo a sus habitantes y se establecieron en ella, siendo después muy difícil a los españoles el someterlos a la obediencia; otros, principalmente los que ocupan las cabeeeras del río Santiago, provienen de los esclavos que trabajaban en las plantaciones de los valles calientes de la provincia de Imbabura y que al recibir su libertad por la ley de 1853 trasmontaron la cordillera y se establecieron en las poblaciones de Carondelet y Uyumbi. Estos últimos, viven en un estado semi-salvaje y apenas si han conservado nociones de la religión cristiana. Se ocupan en lavar oro y sólo con escasa frecuencia bajan a las poblaciones de la desembocadura del río. No nos ocuparemos de la psicología especial de la raza negra, ya bien estudiada por diversos autores: ella es la misma en nuestro país que lo es en otros diversos. Están de acuerda casi todos los sociólogos en pronunciarse contra la mala influencia que su mezcla con las demás razas ha ejercido para la constitución del tipo sud-americano, aportando caracteres psicológicos y cualidades mentales inferiores. Esta influencia es notoria y se hace sentir en las diferencias regionales que existen en el Ecuador, ya que las clases inferiores sobre todo de la región caliente están en su mayor parte compuestas de zambos y mulatos, en tanto que los de raza india predominan en la región alta, quizás ésta sea una causa más del regionalismo que existe en el Ecuador.

Raza servil, creada en la esclavitud, y que sólo de dos o tres ge-

neraciones a esta parte, disfruta de la libertad, es sinembargo la más levantisca y la más exaltada, al mismo tiempo que la menos apta parai ncorporarse a la civilización y tiende a desaparecer más fácilmente que la raza aborigen, absorvida por las demás. Pero dejando como secuelo: el mestizaje que ejerce a larga distancia su influencia en la constitución definitiva del cuerpo de la nacionalidad.

CAPITULO V.

La Colonia y la Conquista.

CUANDO el conquistador español don Francisco Pizarro acompañado de un puñado de aventureros, se apoderó por sorpresa del vasto imperio de los Incas, el Reino de Quito, ligado desde hacía poco tiempo al Imperio de Manco Cápac por las victorias del Scyri Atahualpa sobre su hermano Huáscar fué fácilmente sojuzgado por los españoles, a pesar de la resistencia del General Rumiñahui que, vencido por Benalcázar, halló en la derrota y en la muerte el término final de su carrera de guerrero.

Las poblaciones indias divididas en pequeñas naciones y tribus y en feudos caciquiles, aunque sometidos a la autoridad del Inca, no tenían entre si un sentimiento homogéneo de solidaridad y se juntaban entre ellas, sólo en los casos de peligro para defenderse de un enemigo común más poderoso. Las tribus de la Costa sólo estaban débilmente sometidas y vivían en un estado de semi-independencia.

El Gobierno patriarcal de los Incas había acostumbrado a las poblaciones a la sumisión y a la obediencia, quitándoles todo sentimiento de iniciativa y acostumbrándolos a mirar su autoridad como divina y emanada del Sol, padre de los mortales.

Los productos de la tierra misma le pertenecían y sólo volvían a los habitantes por la gracia y la bondad del soberano. Las cosechas almacenadas en los trojes o depósitos eran repartidas al pueblo en épocas de mala cosecha y así vivían los indios confiados en el cuidado paternal del Inca. Al faltar éste, fácilmente se entregaron a aquellos hombres que habían vencido al hijo del Sol y admiraría ver la pasibilidad con que soportaron los vejámenes y las cargas que les impusieron los conquistadores, sino se explicara fácilmenteé sto por el fatalismo y la inopia característica de los indios del idioma «quechua».

Las leyes y ordenanzas de Indias que luego dictaron los españoles, fueron calcadas en las costumbres que los Incas habían establecido y el Gobierno no cambió de forma legal aparente; pero el carácter de los nuevos dominadores se hizo más duro y cruel como no lo habìa sido en tiempo del imperio.

Con su carácter de orgullo y de altivez dominadora, los conquistadores reflejaron en sus colonias la época sombría, mística y supers-

ticiosa por la que atravesaba la España decadente de los Austrias. Agravar más la triste y sombría época del coloniaje con las calamidades públicas que venían a arrojar una mancha de sangre y de lágrimas sobre la vida conventual de los países ultramarinos. La crónica de los siglos XVI y XVII, sólo registra terribles erupciones de los volcanes de la Cordillera que sepultaban ciudades y pueblos, e irrupciones de piratas que devastaban las costas, o pestes que diezmaban los habitantes, cuando no salmodian las querellas y disputas que sostenían entre sí los conventos de frailes que abundaban en las ciudades. Si la metrópoli se despoblaba por las guerras y la emigración, si cundía la miseria y en los campos y ciudades campaban bandoleros y truanes a despecho de la Santa Hermandad, si la Inquisición quemaba herejes y judíos, la Colonia hacía una vida medioeval, lánguida como un crepúsculo de los trópicos. Su situación sobre las Costas del Pacífico alejada de la madre patria, considerada como pobre con relación a los opulentos territorios ricos en minas de oro y plata que los conquistadores poseían, la hacían vivir apartada del fausto y del explendor que circundaba a aquellos virreyes; grandes señores que rodeados por una corte de aristócratas gobernaban en Méjico, en Santa Fé o en Lima.

Los Presidentes de la Real Audiencia, togados o militares, y nobles de segunda categoría no hicieron de Quito una ciudad fastuosa, centro de atracción de los aventureros del nuevo mundo como aquellas otras capitales.

Si el poder civil no ejercía influencia ni deslumbraba por el brillo de su esplendor, en cambio el poder religioso guardaba la atracción de sus ceremonias y procesiones, funciones de gala en las que la curiosidad de las gentes podía satisfacer al par que su misticismo, el afán de exhibición y de espectáculos de esplendor.

Así la vida colonial no tiene entre nosotros más que el aspecto místico, tétrico y conventual; pero no el lado galante y frívolo de nocturnas aventuras donjuanescas que tuvo en las demás metrópolis virreinales.

Hasta el indio que, sumido en sombrío y duro vasallaje, arrastraba todas las penurias de la servidumbre, buscaba apoyo y consuelo en el cura o «taitico» que le hablaba en nombre de la Divinidad y que si lo conminaba con las terribles penas del infierno le prometía en cambio las dulzuras del paraíso eterno en pago de su paciencia y sufrimientos y así mientras faltaban los caminos y los edificios públicos, se levantaban en cambio templos, conventos e iglesias y las comunidades religiosas se hacían propietarias de ricos y extensos latifundios. Verdad es que en la metrópoli tampoco se levantaban hospitales ni escuelas, ni se abrían canales de riego, ni se cuidaban las carreteras. Si allá las campiñas quedaban incultas ¿qué extraño que las del Ecuador se cultivaran como en época de la antigüedad Romana? La producción del suelo de-

be haber sido muy escasa, pues mucho tiempo más tarde, el cacao, el producto más valioso del Ecuador, sólo se exportaba en cantidad insignificante.

Así la riqueza privada no debe haber sido ni muy grande ni muy extendida, toda vez que no existiendo las grandes plantaciones, que hoy constituyen la principal fuente de ella, no habría otro medio de conseguirla.

El comercio monopolizado por la metrópoli, era escaso y mínimo.

La pobreza traía consigo la frugalidad y por consiguiente la simplicidad de las costumbres.

Los empleos públicos estaban reservados a los conquistadores en su mayor parte.

Los criollos, fueran descendientes puros de europeos o mestizos, tenían cerradas las puertas de los cargos y dignidades. Algunos propietarios que se habían enriquecido adquirían títulos de nobleza, a fuerza de dinero y de empeños.

Los más se contentaban con títulos de Alférez real o Coronel de milicias o con ser Regidores de los cabildos y Jorge Juan se burla de la vanidad de estos criollos.

Las costumbres públicas eran una mezcla exótica y extravagante de rezagos de la barbarie incaica y de los hábitos de los conquistadores españoles. Nada más chocante que los ritos sagrados en los que se mezclaban danzas bárbaras al son de arpas y tamboriles y que recordaban las religiones primitivas de los pueblos orientales; nada más repulsivo que la estereotipación de las modas europeas, aún aquellas que procedían de las épocas más remotas como la de los disfraces de carnaval y de inocentes a las cuales se les daba un sello local que rocordaba el origen semisalvaje del pueblo aborígen, y que por desgracia se han perpetuado casi hasta nuestros días.

Compañeras inseparables de las festividades religiosas, las corridas de toros, infames suertes de capear en las que ni siquiera se hacía gala de destreza y de valor personal y en las cuales una muchedumbre abigarrada toreaba y acozaba al animal recibiendo golpes y testarazos y rodando por el suelo en medio de la mayor confusión y alboroto.

Como ha dicho muy bien un moderno escritor español, el conquistador no era colono, dueño del suelo el labriego castellano o extremeño, o el hidalgo de capa y espada, que sólo buscaba la fácil riqueza, dejaban al indio que cultivara la tierra, en tanto que ellos adormecidos en la holganza, distraían la monotonía de su vida en el uego o en fútiles querellas y pendencias. El indio padecía todas las servidumbres y todas las torturas, desde el hambre hasta la des-

nudez y desde la «mita» o tributo hasta la encomienda o repartimiento que lo condenaban al trabajo forzado en el obraje o en la mina.

Raza indolente y perezosa e imprevisiva, dada al alcoholismo ya desde tiempos remotos a la conquista, vivió en la colonia como hasta hoy sigue viviendo, extraña al movimiento social sin participar de la civilización y sólo sufriendo toda clase de ultrajes.

La educación pública estaba reservada sólo para los privilegiados y reducida a la lectura y escritura y a nociones elementales de aritmética en su grado inferior: al estudio del latín y de la gramática en su grado medio y al del derecho o teología en la enseñanza universitaria. Las clases de física y matemáticas se establecieron solamente al fin del período colonial. La enseñanza se encontraba entregada exclusivamente en manos del clero y los Dominicos, Agustinos y Jesuítas abrieron colegios y Universidades que difundieron por lo menos en las clases elevadas los conocimientos que entonces se daban en España. El pueblo quedaba sumido en la ignorancia y aún la práctica de muchas artes útiles era desconocida. Es preciso reconocer sinembargo que si el clero español se apoderó de las conciencias y educó en el fanatismo religioso a la colonia, en cambio, fué a su manera y según el sistema de su época, un elemento de progreso, puesto que a él se debe la introducción de muchos conocimientos aportados desde el viejo mundo por los miembros de las comunidades religiosas. La inquisición era muy severa en lo que se refería a la introducción y circulación de libros y la difusión de la cultura se dificultaba más por esta causa. Admira que en estas circunstancias sobresalieran hombres de ciencia como Maldonado y Franco Dávila, poetas como Orozco, y más tarde como Olmedo, que casi pertenece a la época subsiguiente: industriales como el Marqués de Casa Jijón; geógrafos como Alcedo; escritores como Espejo y oradores como Mejía Lequerica.

Las artes también florecieron y tuvieron representantes cuyas obras han adquirido renombre, sobre todo, en la pintura, en la que sobresalió la famosa escuela quiteña discípula de la de Sevilla y de la que Miguel de Santiago y Samaniego fueron los mejores representantes, habiendo sido llamados los Murillos y Velásquez ecuatorianos.

Hasta hoy se conservan sus obras que aunque no exentas de defectos de étnica son sinembargo, admirables, sobre todo porque los autores las ejecutaban sin haber visitado nunca una academia ni haber tenido verdadera escuela, admirándose en ello más aún la inspiración y disposiciones naturales de los artistas. La escultura tuvo también representantes, si bien reduciéndose a la escultura de madera; y tanto este arte como el anterior tuvieron el carácter místico y religioso de la época. Los templos que entonces se levantaron y que aún perduran, demuestran el adelanto de la arquitectura colonial que si no llegó a levantar grandiosos monumentos como las ca-

tedrales de las ciudades europeas, nos dejó en cambio edificios, que aún hoy son la admiración de los inteligentes.

La industria se hallaba casi reducida a los tejidos de paños, liencillos y balletas y el comercio de estos artículos se hacía principalmente con los virreynatos vecinos. La costa exportaba muy poco cacao, su principal producto, a consecuencia de que produciéndose éste en Méjico, la metrópoli impedía que las colonias se hicieran competencia entre sí. Por esta razón, dice el historiador, se mandaron a destruír las viñas que se habían plantado en Pimampiro y que producían excelentes uvas, debido a que se había convenido que el Virreynato del Perú surtiera de vinos a la Presidencia y ésta a su vez le suministrara sus paños y lienzos. La imprenta estaba muy restringida y no se publicaban periódicos, pues el primero que vió la luz fué «Las Primicias de la Cultura del Reino de Quito», que publicó don Francisco de Santa Cruz y Espejo ya a principios del siglo XIX. Por esto era muy frecuente recurrir a pasquines manuscritos, sea para combatir a los gobernantes, sea para zaherir a algún enemigo y el mismo Espejo fué acusado por este delito.

La bibliografía de la época registra la mayor parte de las obras publicadas como de filosofía y teología y algunas de poesías e historia. Como dice un escritor, parece que el pensamiento no pudiendo concentrarse ni discurrir sobre las ciencias y los conocimientos de utilidad práctica, tenía que remontar su vuelo a las esferas de lo ideal y de lo metafísico y concentrarse a divagaciones o investigaciones de orden subjetivo.

Los gobernantes coloniales poco o nada hicieron ni podían hacer, dados los limitados recursos de que disponían, por el progreso de la colonia: entrabada su acción por el ambiente y por las mil vallas que oponía a su autoridad y a su iniciativa la recelosa política de la metrópoli; ocupados generalmente en apaciguar querellas entre las comunidades religiosas o en reprimir vicios y corruptelas propias de la época.

El errado concepto que de la economía política tuvieron los gobernantes de entonces, cerraba la puerta al comercio con el extranjero e impedía todo aporte de cultura de las naciones más civilizadas. Los libros eran decomisados por el Santo Oficio y si eran juzgados eréticos, se condenaba con fuertes penas a sus poseedores. Esto no obstante, las leyes del progreso se cumplieron y aunque lenta y defectuosamente, la sociedad colonial fué evolucionando y creciendo hasta tal punto que su independencia fué posible debido al esfuerzo de sus propios elementos. Es preciso reconocer, sinembargo, que a la Madre Patria se debe la introducción e implantamiento de todos los elementos civilizadores que a este resultado contribuyeron, y atribuir sus errores más bien a las ideas de la época y a la política que la dinastía de los Austrias, sobre todo, siguió en Europa empeñándose en guerras continentales que la arruinaron y la empobrecie-

ron, en tanto que descuidaba el rico patrimonio que en suerte le había tocado. No podemos quejarnos de ella, ni más ni menos que los demás pueblos de América, pues la suerte de todos fué casi igual en el Continente, ni achacarle ser la causa de todos nuestros males porque ellos dependen en realidad de causas más complejas y múltiples.

CAPITULO VI.

La Independencia y la República.

Al comenzar el siglo XVIII, si bien con mucho retraso y confusamente, llegaban a los oídos de los colonos de la América española, los ecos de la gran tragedia que conmovía a la Europa, el estruendo producido por las batallas y por el derrumbamiento de los tronos seculares, conmovidos por la revolución del 89 y más tarde, por la espada vencedora del corso de Marengo. Algunos americanos que más tarde fueron ilustres, eran testigos o actores del drama: Miranda, Bolívar, San Martín, Carrera y Montúfar, o militaban en la Convención o viajaban por los países en guerra o servían en los ejércitos combatientes y bebían allá mismo en las fuentes primitivas las teorías de Libertad, Igualdad y Fraternidad, que había proclamado la Francia y se inflamaban en el valor y heroísmo de sus hijos. Algunos espíritus elevados, cuya cultura los hacía sobresalir entre sus coterráneos, se adelantaban a su época y predicaban, a pesar de la escasa libertad que les dejaba la autoridad española, las nuevas ideas y trataban de hablar de libertad y de independencia a los pueblos que vivían en el coloniaje. Entre nosotros, uno de estos espíritus, Francisco Eugenio de Espejo, médico inteligente y literato notable, comienza la publicación de un periódico: «Las Primicias de la Cultura del Reino de Quito», y más tarde, la de una serie de folletos, que le merecieron la prisión en que murió, insinuando a sus compatriotas la idea de separarse de la madre patria; mas, tal idea llegaba a parecer absurda, en la mayor parte de los colonos, acostumbrados al régimen colonial y sumisos a la corona de España.

El historiador Ceballos, estudiando la Constitución de la sociedad de Quito a principios del siglo XIX, nos cuenta que estaba compuesta de cinco o seis criollos aristócratas que ostentaban el título de marqués, de sus familias y parientes y de algunos jurisconsultos o letrados, adictos o allegados a las personas de los marqueses. Cada marqués tenía a su lado dos o tres letrados. Excepción hecha de la vida administrativa, todo lo demás giraba al rededor de estas cinco o seis familias privilegiadas, poseedoras de grandes extensiones de terreno y de la escasa industria, fábricas de hilados y tejidos, que constituían la riqueza de la Presi-

dencia. Comerciantes y menestrales, industriales y artesanos, campesinos y pequeños propietarios, todos dependían de ellos y con ellos tenían intereses creados, que les hacían solidarios de cada casa. Los marqueses se hombreaban como iguales con los Presidentes de las Audiencias y con los Oidores y formaban además una aristocracia separada del poder español, sólo por las riendas del Gobierno.

Entre el elemento intelectual o sea el clero y los letrados, había algunos que a hurtadillas y a pesar de las prohibiciones del Santo Oficio, habían logrado leer a los enciclopedistas y las ideas de Rousseau y de Voltaire los habían embriagado como a todos los hombres de su época. ¡Ni Madrid ni Roma!, decía don Juan de Dios Morales, uno de los próceres de la Independencia patria. Pero el pueblo, toda la masa de la población criolla o mestiza, era completamente inculta y en ella las ideas de patria libre y de nacionalidad, sólo podían ser comprendidas de una manera confusa, o pasaban como hemos dicho por absurdas o atrevidas. Fué sólo la crueldad de las autoridades españolas y la solidaridad de intereses entre el pueblo y los aristócratas dirigentes, lo que produjo la difusión del incendio, cuya primera chispa estalló en Quito el DIEZ DE AGOSTO de 1809.

Los primeros patriotas ni siquiera se atrevieron a hablar de independencia y separación de la metrópoli y disimularon sus intenciones bajo el pretexto de formar Juntas que defendieran las colonias de la invasión francesa que en España había destronado a Fernando VII, y sólo un año más tarde, en 1810, proclamaron la independencia en la colonia. Pero este movimiento, si bien más tarde se generalizó por casi toda la América y Popayán y Caracas, Méjico, Santiago y Buenos Aires, imitaron el ejemplo de Quito: era aislado, por cuanto, encerrados en sus montañas, sin comunicación con el exterior, los patriotas del año diez, faltos de armas y hasta de apoyo en la opinión, careciendo de práctica en el manejo de los negocios y de experiencia en la guerra, tenían que sucumbir inevitablemente.

El economismo histórico, tan preconizado por Marx, ha sido duramente juzgado y su doctrina acusada de mirar las cosas bajo un punto de vista unilateral que no podía explicar todos los fenómenos de la vida colectiva por los conflictos económicos. Ingenieros, basándose en los trabajos de Alberdi y de Echeverría, busca sinembargo, los orígenes de la independencia argentina en el conflicto económico entre criollos y españoles. Aunque es verdad que ya hemos dicho, que el comercio estaba monopolizado por la Metrópoli, no puede decirse que sólo las causales económicas fueron las que empujaron a los patriotas del año diez a la lucha por la independencia: en manos de los dirigentes estaban en efecto la agricultura y la industria y como la producción se limitaba al consumo local, las trabas impuestas al comercio no pesaban grandemente sobre ellos. Si

algún motivo interesado podría guiarles, era el de los beneficios de la burocracia y el afán de los empléos o el deseo de mando y de gobierno. Pero no debemos descuidar la influencia que las ideas ejercían sobre los hombres dirigentes a lo menos, y los inflamaban a tal punto, que llegaron al heroìsmo y al sacrificio formando su època una epopeya en la vida hispano americana.

La revolución iniciada en las quiebras del Pichincha, tuvo una vida efímera, aún antes de conseguido el triunfo y ante la vista misma del enemigo, comenzaron las disenciones y ésto unido a la impericia de los improvisados guerreros, y a la falta absoluta de elementos de guerra, dieron el triunfo a las tropas españolas bien organizadas, armadas y dirigidas. La Presidencia volvió al régimen colonial; pero ya en los espíritus habìa nacido la idea de independencia, y avivada por los ecos de las luchas que en otras regiones de América sostenían los defensores de la Libertad, mantuvo vivo el fuego sagrado en el corazón de los ecuatorianos. Una bien tramada conjuración militar estalló en Guayaquil el NUEVE DE OCTUBRE de 1820 y la toma de los cuarteles donde se alojaba una numerosa guarnición, dió el triunfo a los independientes. No se sabe qué pensar cuando se juzga de modo imparcial este acto inicial de la independencia del Ecuador, en que como símbolo y prólogo de una serie de actos sucesivos, reprobables todos ellos, se perpetra un pronunciamiento militar, hecho tan frecuentemente repetido posteriormente en la vida de la República. Y ésto, que vendría a ser su bautismo heróico, desmerece algún tanto, si se considera que en él comienzan y toman nacimiento los hechos luctuosos que han ensangrentado nuestro suelo. Y no es que desconozcamos el ardor y el entusiasmo que animó a los hombres de Octubre y que no sean probados y proverbiales su valor y su energía; pero es que esos asaltos a cuarteles, donde la tropa y hasta parte de los oficiales se han comprometido a faltar a su fidelidad, quebrantando la disciplina, o en los que el Jefe arrastra a sus subalternos a la insubordinación contra el orden constituído, que había jurado defender y sostener, han sido tantas veces borrones de baldón y de vergüenza, y han servido para cometer hechos delictuosos en que el cohecho y la traición juegan el principal papel y merced a los cuales la suerte del paìs ha estado al arbitrio de un grupo de hombres armados, que no se puede menos que sentir aversión a los pronunciamientos militares.

España, nuestra madre patria, estuvo contemporáneamente con nosotros durante una larga época condenada a presenciar estos mismos pronunciamientos, que llegaron a hacerse tan frecuentes y repetidos y que la condujeron al imperio del desorden y al predominio del militarismo. De ella pues, quizás, nos haya venido la herencia. ¿No era el mismo año veinte y en el mes de Julio que Riego se pronunciaba en Cádiz contra el régimen teocrático y absolutista de Fernando VII? Sea cualquiera la gènesis de este movimiento militar, ojalá

en él hubieran terminado las intervenciones del ejército en la vida política de la nación. Algunos autores, han pensado que, cuando la tiranía domina y aniquila todas las energías y las fuerzas vivas del país, la libertad puede tener su refugio en el alma del soldado, encarnación armada del pueblo, que puede reivindicar los derechos absorvidos por el dèspota. Si todos los pronunciamientos se efectuaran con tan saludable objeto y si alguna poderosa valla moral contuviera las ambiciones de los caudillos militares, sin que los tentara la ambición y el deseo de predominancia, hubiera de considerarse como un recurso salvador, la sublevación militar: mas por desgracia entre nosotros nos ha llevado derechamente al despotismo militar y al régimen del caudillaje.

La revolución de Octubre efectuada con mejor preparación, abundancia de elementos, con franca comunicación al exterior y cuando ya el régimen colonial se hallaba quebrantado por las victorias de Bolívar y San Martín y tras de algunos reveses y triunfos, el inmortal Sucre alcanzó en Pichincha uno de los éxitos más decisivos de la independencia americana que libertó por completo la Presidencia de Quito del vasallaje de la madre patria.

La libertad se habìa conseguido, mediante el auxilio de las huestes vencedoras de Bolívar y bajo su influencia el nuevo Estado, muy débil aún para subsistir por sí sólo, se anexó a Colombia. Durante la década que permaneció unido a ella bajo la égida del Libertador, la juventud ecuatoriana subyugada y atraída por la gloria militar, siguió deslumbrada al brillo de la espada que centelleó en Junín y en Ayacucho y selló la epopeya de la Independencia americana. En estos diez años, ocupados en tareas guerreras, poco o nada podían hacer nuestros padres por organizar la vida política y administrativa del país, viciada ya de graves faltas desde la época del coloniaje. Ni orden ni método, ni honradez ni escrúpulos, había habido durante éste; los caudales públicos se habían manejado con muy poco cuidado, la instrucción no había sido atendida y las obras públicas casi no existían. Algo se hizo durante la época de la Independencia, sobre todo en el ramo de Instrucción Pública, puesto que se establecieron las primeras escuelas y colegios; pero en lo demás todo quedaba por hacer, porque al separarse el Ecuador de Colombia en 1830, el desorden predominaba.

Así, lanzados en la vida independiente, por una revolución militar, inmediatamente contrarrestada por otra, nos vimos entregados al poder despótico de los militares extranjeros que nos habían ayudado a libertar del yugo español; pero que suplantaban una tiranía con otra. Estos bravos y hasta heróicos conductores de ejército, eran malos conductores de pueblos, a los que creían gobernar con la vara de cabo de cuartel o con la contera de la lanza que esgrimían en el campo de batalla; pero a los cuales, no sabían dar una organización

adecuada a sus condiciones sociales, a sus tendencias y a su carácter.

El primer Presidente, hombre vanidoso y versátil, locuaz y frívolo, guardaba en cambio una gran ambición de mando: rodeado de su ejército, aguerrido y veterano, pero vicioso y corrompido, sólo se ocupó en guerrear contra sus enemigos del interior o en intervenir en las contiendas políticas de la vecina república de Nueva Granada. En vano algunos hombres civiles que a su lado estuvieron, trataron de organizar algo la administración, sobre todo en el ramo de Hacienda. Mas era imposible luchar contra los vicios que contaminaban la administración y percepción de las rentas y caudales públicos. El agio, el peculado y el contrabando, se ejercían pública y descaradamente y eran admitidos como métodos correctos de administración. Necesitábase dinero, y los gobernantes de arriba lo mismo que los inferiores, lo obtenían a cualquier precio. La organización social, estaba en una época de transición. Al iniciarse la independencia, la burocracia no existía, ya que los empleos estaban monopolizados por los españoles. La burguesía acomodada, que pasó a ser la clase dirigente, estaba formada por criollos y algunos mestizos y mulatos, propietarios de fincas rurales. Como las profesiones liberales, el comercio y la industria, no habían adquirido importancia, la pequeña burguesía, intermedia entre el pueblo y los ricos, aún no había tenido tiempo de formarse. La ignorancia era casi general, en un país donde leer y escribir había sido patrimonio de los ricos.

Para organizar y constituír en estas circunstancias un Estado era menester, no la turbulenta y atrabiliaria voluntad de un militar, salido de las clases populares inferiores, y educado en medio de la relajación de la vida de cuartel, sino un espíritu elevado y noble, de apreciaciones más altas que el deseo de mando y la firme y enérgica constancia desplegada por un grupo de hombres bien intencionados que se hubieran propuesto moralizar y educar el país. De todas las democracias hispano-americanas, una sola tuvo esta fortuna, y tan benéfica influencia se siente hasta hoy en la organización de ese país, que más de una vez, ha podido ser puesto como modelo a los demás de su origen igual al suyo.

Los desmanes del militarismo extranjero, dieron origen a una reacción violenta contra él y después de una sangrienta lucha, Rocafuerte, el hombre civil, que había encabezado la oposición, subió: mas no en brazos de sus amigos, sino en los de los que habían sido sus adversarios. No obstante, su gobierno marca una época de civilización y de adelanto y una fuerte represión de los abusos del poder militar. Vuelto al poder el Presidente Flores, hacia el año 45, una nueva revolución lo obligó a abandonar el mando y expatriarse del país y un nuevo partido, enemigo de todo lo que había sido «floreano», es decir, del militarismo extranjero, gobernó el país. Más des-

pués de dos administraciones civiles, la de los Presidentes Roca y Noboa, los militares nacionales que habían ayudado a combatir el despotismo militar de la primera época, reclamaron la predominancia y con la revolución de 1852, se inicia la segunda época de la Historia de la Vida Independiente, o sea la de la dictadura militar nacional.

Una gloria cabe sinembargo al régimen militar que terminó en 1860: Rocafuerte había suprimido el tributo que pagaban los indios de la costa: el Presidente Urvina dictó la liberación de los esclavos negros y del tributo que pagaban los indios de la sierra.

Después de los sangrientos sucesos de 1859 y 60, un caudillo civil, García Moreno, aparece en la escena política y encabezando una reacción nacional, funda e implanta en el Ecuador, un régimen teocrático, apoyado netamente por los elementos reaccionarios y por el fanatismo religioso. Esta época de lucha y de sangre, de reacciones violentas, de abusos y exacciones del poder, de humillación de las conciencias, en la que todo queda subordinado a la voluntad del autócrata que manda, es no obstante una época de adelanto material e intelectual. Se inician muchas obras públicas, se engrandece y se mejora la Universidad, se establecen enseñanzas de artes y ciencias, hasta allí desconocidas en el país, se multiplican las escuelas primarias, se comienza a construír el primer ferrocarril, y en una palabra, bajo el férreo yugo del despotismo teocrático, la civilización, a pesar del tinte rojizo de la sangre derramada en los patíbulos y de la sombra negra del bonete jesuíta, gana terreno en el país. García Moreno, se equivocó en la elección de los medios.—¿Pudo sin excitar a tal grado el fanatismo religioso del país, organizar y disciplinar la naciente sociedad de los primeros tiempos de la República?—¿Qué idea lo llevó a las exageraciones de misticismo erótico, que como ridícula farandolería, están en abierta oposición con el frío cálculo y el golpe de vista certero que se advierte en el fondo de su carácter?—¿Obró así por convicción o por disimulo?—Puntos son éstos acerca de los cuales no es posible pronunciarse definitivamente; pero es indudable, que el Presidente cometió grandes errores políticos y no sería extraño, que se equivocara también, en la elección del medio para dominar y mantener en la obediencia a la turbulenta y desorganizada democracia que las pasiones banderizas y la demagogia cuartelera había puesto en sus manos.

En efecto, si bien es verdad, que el fanatismo religioso dominaba las conciencias, y si bien es cierto, que uno de los mejores agentes que tuvo el Presidente García Moreno, fué el clero, sinembargo no es posible aplaudir, ni aún siquiera explicarse, las extravagancias místicas del mandatario, entremezclando con ellas, actos de barbarie, reñidos con la religión y sobre todo, el afán teocrático de imponer el dominio de Roma sobre un país democrático como era el Ecuador. Como héroe y mártir del espíritu religioso, como apóstol de una doc-

trina, puede hallarse fácil explicación a muchos de esos actos; pero no como a mandatario deseoso de organizar un país en estado de revuelta y de incongruencia social y política.

La violenta reacción producida por sus actos despóticos, armó el brazo de una conspiración siniestra, cuyos impulsores aún han quedado escondidos entre las sombras, que acabó con la vida del Presidente y que puso fin a este tercer período de la Historia del Ecuador. Elegido un nuevo Presidente, el Dr. Antonio Borrero, fué derribado por una sublevación militar encabezada por el General José Ignacio de Veintimilla. Fué ésta una reacción liberal contra el régimen que había dominado los últimos quince años; pero, desgraciadamente, tomó el mismo camino que han tomado siempre en el Ecuador esta especie de reacciones. Del despotismo teocrático, se pasó al despotismo de cuartel: el nuevo Presidente, bajo el aspecto externo de un gobierno liberal, hizo un gobierno autoritario personal de derroche y de despilfarro. Una nueva revolución, en la cual unidos conservadores y liberales, arrojó a Veintimilla del poder, entronizándose entonces los elementos tradicionalistas que gobernaron enseguida al país durante trece años. En este período de régimen conservador, aunque en su primera época el país no disfrutó de paz, se hizo notar algún progreso que hubiera podido ser mayor si la Administración hubiera sido más honrada y más rigurosa en el manejo de las rentas, reproche que por lo demás puede dirigirse a casi todos los gobiernos que ha tenido el Ecuador.

Sobrevino en 1895, la revolución liberal que improvisó este partido, pero el juicio sobre esta época corresponde a la actualidad. Como se vé, la historia nos marca en nuestra vida independiente, primero, una época de dominación militar extranjera, luego otra dictadura militar también, pero nacional, que sustituyó a aquella; en seguida, una reacción civil nacionalista, que formó un partido apoyado en el clero, contra el cual reaccionaron los elementos liberales, apoyados por el militarismo. Estas son actualmente las características de la política: de un lado los elementos liberales, apoyados por el elemento militar; del otro los reaccionarios apoyados por el clero: honda división que en sí misma es a su vez originada por causas más complejas que más tarde estudiaremos.

CAPITULO VI.

La Epoca actual

La época actual o sean los últimos veinte años, no es sinó como una de las definiciones que más comunmente se dan de la Historia, es decir, la repetición de los mismos hechos en diferentes tiempos y con otros hombres. Por lo demás, tan turbulenta y tan anómala como las anteriores, como si poca o ninguna experiencia se hubiera adquirido durante casi un siglo de vida independiente. Los partidos no han llegado a encontrar otro medio que el de la revolución para subir al poder, ni han cambiado sus métodos, ni han mudado sus orientaciones. Los errores de los hombres son los mismos, los defectos de los pueblos iguales a los anteriores y como lo vamos a ver, si ligeras diferencias podrán hallarse más en la forma que en el fondo de los acontecimientos.

La revolución de 1895, elevó al poder al señor General don Eloy Alfaro, que gobernó al país hasta 1901. Durante la mayor parte de su gobierno, una violenta reacción conservadora se produjo en forma de contínuas y sangrientas revoluciones, dando lugar a represiones violentas y a exacciones odiosas. Las contínuas revoluciones crearon la necesidad de un ejército numeroso y dieron ocasión a que los caudillos militares, cometieran depredaciones no castigadas en un país donde la necesidad de la defensa común, vuelve solidarios a los gobernantes de los actos de sus subordinados. Algunas reformas liberales se introdujeron en la Constitución del país, entre otras, la tolerancia de cultos y la libertad de la enseñanza y de la prensa. Pero el espíritu liberal penetraba lentamente en las masas populares. El más grande anhelo de la administración fué la construcción del ferrocarril de Guayaquil a Quito, que ponía el valle central de los Andes, en comunicación con la costa. A trueque de grandes sacrificios se celebró un contrato en 1897, con un empresario norteamericano, Mr. Archer Harmann, quien se comprometió a construir el ferrocarril hasta la capital de la República. Pero el crédito del país estaba completamente abatido, su deuda externa que había sido motivo de tantas controversias, pesaba sobre él, como loza de plomo y habiéndose suspendido el pago de los cupones de intereses a los tenedores de sus bonos, el país se hallaba considerado como insolven-

te. Como la compañía constituída por Mr. Harmann necesitaba recurrir al crédito, para dar valor a sus acciones, hizo un arreglo con los tenedores de bonos que permitió levantar el capital necesario, comenzándose los trabajos con gran actividad en 1899; pero las continuas revueltas y la desmoralización admininistrativa, la desconcertada política del Gobierno que lo hacían tomar medidas represivas de extremado rigor, llevaron al país a un estado de postración y de abatimiento lamentables. Así, cuando en 1901, el Presidente impuso como su sucesor al General don Leonidas Plaza Gutiérrez, haciéndolo elegir por los medios del fraude y de la coacción electorales: el país lo aceptó cansado de las luchas intestinas y en espera de una época de paz y tranquilidad. Y no solamente esto, sino que, cuando por una de esas veleidades y caprichos, muy comunes en los déspotas sudamericanos, el Presidente Alfaro comprendió que su sucesor no seguiría completamente sus inspiraciones, y pretendió hacerlo renunciar, la opinión pública se puso enteramente de parte del Presidente electo, y éste, aunque elegido por la fuerza, subió con la adquiescencia de casi todo el país. Cesaron las persecuciones políticas y se restableció la paz y la tranquilidad, y habiendo tenido el nuevo mandatario el talento y la perspicacia de elegir sus ministros entre los hombres nuevos de su partido y entre los más ilustrados y honorables, se encausó la administración por una senda de honradez y de economía. Mejoráronse los descuidados servicios públicos, reorganizóse el ejército sobre mejores bases de moralidad y disciplina, se atendió a la Instrucción Pública introduciéndose en ella reformas muy apreciables, fundáronse nuevos institutos y se echó las bases para la fundación de otros, se estableció la escuela naval, se dió impulso a las obras públicas, continuándose el ferrocarril que llegó hasta Riobamba, en la planicie interandina y se iniciaron los trabajos de otro, que partiendo de Ambato, llegara al río Curaray, en la región oriental y aparte de otras muchas mejoras, el país en los cuatro años de la administración Plaza, llegó a un estado de prosperidad desconocido desde 1894, merced a los beneficios de la paz y de una administración honrada, inteligente y animada de buenos propósitos.

Mas, desgraciadamente, en la política interna, a pesar de una aparente calma y tranquilidad, fermentaban violentamente las pasiones políticas: no podía olvidar el General Alfaro, sus resentimientos, por causa de lo que él creía una ingratitud de su sucesor, con motivo de los acontecimientos de 1901. Aunque viejo y achacoso, anhelaba aún el poder y aunque ni él ni sus amigos se encontraban alejados de la administración pública, conspiraban secretamente, para volver al mando de la nación. Con motivo de las restricciones que el nuevo régimen había puesto a la Compañía del Ferrocarril de Guayaquil a Quito, tratando de obligarla al fiel cumplimiento de su contrato, se ha dicho y aún casi ha quedado plenamente comprobado que dicha Compañía favoreció abiertamente el movimiento revolu-

cionario; motivo por el cual, además del amplio apoyo que el Presidente Alfaro dió a todas las pretensiones de la citada Compañía, se le ha acusado de complicidad y de cooparticipación en los negocios de ésta, en perjuicio de los intereses del Estado. Sea de ello lo que fuere, es el caso que dos meses después de subir al poder el señor don Lizardo García como sucesor del Presidente Plaza, y al parecer con el aplauso unánime del país, una serie de vergonzosas traiciones del ejército y aún de los empleados civiles, hizo triunfar la revolución en 19 días y ante el estupor general, el viejo caudillo subió al poder e inauguró una nueva era de gobierno. Renunciamos a describir, porque aún están muy recientes los hechos y muy vivos y latentes los odios, esta época tempestuosa que aún perdura de revoluciones y de contiendas políticas a cual más violentas. Ha sido tal, que acaso sólo en los primeros tiempos de nuestra historia se halla un período que le aventaje en disturbios y trastornos. Con todo, la evolución social se ha hecho en medio de esa vida azarosa e inquieta y el progreso se ha efectuado a pesar de la contínua alarma de los espíritus. Obras públicas de importancia se han terminado o están en vías de estudio y de ejecución, ideas nuevas y de gran valor y alcance, se han lanzado y discutido y hallado eco y arraigo en la opinión, la instrucción pública, ha mejorado notablemente y pese a la violencia ambiente, el odio de las facciones, a la lucha encarnizada en que se ha echado mano de todos los medios, hay en el fondo del alma ecuatoriana un manifiesto y vivo anhelo de paz y una tendencia al mejoramiento y al progreso, que a cada paso se manifiesta. Las ciudades van perdiendo el aspecto colonial triste y melancólico, que hasta hace pocos años presentaban; se animan, se urbanizan y se aumentan sus construcciones y si dos provincias, las más ricas, en frutos naturales y las más fértiles, han estado hasta hace poco azotadas por el bandolerismo, es de esperar que en adelante la paz reine en el país. Esto no aquietará los espíritus, no arrancará la cizaña de los corazones, ni el agua turbia dejará asentar su sedimento que ha subido a la superficie por la violenta sacudida que a la sociedad impone la guerra civil: ésta será la obra lenta de muchos factores, algunos de los cuales son extraños a nuestra propia existencia nacional; mas, la obra se verificará, porque la ley de las transformaciones en los pueblos como en los individuos es inevitable y por consiguiente, el país que no podrá esquivar las influencias que han de ejercerse sobre él y que superarán, al influjo étnico y biológico que ejerce la mezcla de razas y el clima, así como los defectos que una educación viciosa han dejado como fermento nocivo en el alma nacional, creando un ambiente de artificialismo y de agitación en las conciencias y que ha echado hondas raíces, orientando la mentalidad de nuestro pueblo por tortuosos senderos, hasta conducirnos al yermo árido y solitario que hoy atravesamos.

Mas, toda época de la Historia tiene su significación en la vida

de un pueblo: todo período de su desarrollo corresponde a una época de su evolución social y ésta no puede sustraerse al influjo de las leyes biológicas y psíquicas que rigen y determinan esa evolución. Las que nos parecen causas esenciales a primera vista no son sino causas secundarias miradas a través del prisma de un estudio imparcial y serio y juzgándolas con la lógica que nos dá la comparación de las causas que han influído en el desarrollo de otros pueblos de constitución análoga al nuestro. Mejor dicho, cada pueblo hace su historia; pero en esa historia no hay que atenerse sólo a la parte externa, sino también, a la parte interna; de la misma manera que socialmente no se juzga al individuo, al ser moral, al ente psicológico, sólo por los actos de su vida exterior sino que se le sigue hasta su vida íntima y se investiga la clase de su educación, sus atavismos, sus circunstancias económicas, sus costumbres privadas, y sólo con estos datos, puede darse cuenta perfecta y cabal del sujeto a quien quiere estudiarse. Del mismo modo, para darnos cuenta del valor histórico de los acontecimientos políticos contemporáneos, tenemos que hacernos cargo de la influencia que anteriores acontecimientos han podido ejercer sobre los actuales y de los demás datos de la historia interna, para poder juzgarlos de modo imparcial y ecuánime. Los períodos anteriores de nuestra historia son la consecuencia lógica de nuestra constitución política y social. Traídos a la vida independiente por un grupo de militares inquietos e indisciplinados, que trataron luego de gobernarnos con los mismos métodos con que se mandaba y dirigía un campamento o cuartel en aquellas épocas y por estas tierras, era natural que surgiera una reacción nacionalista que nos llevó a la transformación de 1845; pero los vencedores, educados en la misma escuela de los vencidos, no resultaron mejores gobernantes que éstos y la reacción nacionalista de 1860 nos llevó a un civilismo oligarca que trató de gobernarnos como si aún viviéramos en la primera época de la Edad Media, cuando los reyes recibían sus coronas de manos de los pontífices romanos. Produjéronse luchas religiosas en un país donde el fanatismo místico había venido a mezclárse a los disturbios políticos y erigídose en sistema de Gobierno. Triunfante la revolución liberal en 1895, continuóse la lucha hasta que, obtenidas las reformas más urgentes y vencido el partido tradicionalista, se rompió la unidad del bando vencedor. Esto es inevitable porque toda evolución hecha precipitadamente y como protesta violenta contra situaciones anteriores, trae como consecuencia, un desquiciamiento total de las instituciones añejas y un estado de fermentación y exitabilidad particular de la conciencia pública que predispone las masas al disturbio y al tumulto.

Rotas las antiguas vallas; derribadas las barreras que aprisionaban las conciencias; pero que también refrenaban ambiciones y apetitos no confesados; libres de freno las pasiones populares; suelta

la brida a todas las audacias y a todos los atrevimientos; franco el camino para todos los encumbramientos rápidos; desbordado todo este torrente, es bastante difícil contenerlo y nunca podrá decirse hasta dónde irá y hasta dónde llegará. Con justicia decía un personaje de la revolución francesa, que la revolución como Saturno devora sus propios hijos.

Los triunfos de la democracia dan con mucha frecuencia ocasiones a los excesos de la demagogia y un país acostumbrado al caudillaje y a los gobiernos militaristas, en que el liberalismo y el jacobinismo se confunden fácilmente por cuanto la masa popular, no teniendo mentalidad suficiente para la comprensión de ideas abstractas y demasiado sutiles y complejas para ella, ni habiendo vivido bajo el régimen independiente, un tiempo suficientemente largo, para que en la conciencia del pueblo se hubieran podido cristalizar los hechos, de modo que pudiera adivinar su porvenir, de un modo intuitivo ya que no darse cuenta clara y precisa de él, es también muy fácil que encarne sus ideas en un hombre y concentre todas sus aspiraciones en un ser providencial al que rodea de una aureola de gloria con toda la exageración y toda la vehemencia que las imaginaciones tropicales ponen en sus pasiones y en sus afectos.

En los partidos avanzados, no todos combaten en la misma fila ni todos marchan con igual rapidez; mientras los unos se contentan con reformas, más de forma que de sustancia, los otros tratan de volcar todo lo existente para reedificarlo luego con materiales nuevos. Y como estos reformadores exagerados suelen atraer más vivamente la atención de las multitudes por la vehemencia de su lenguaje, la violencia de sus pasiones, su falta de escrúpulo en la elección de los medios, pues no hay vallas que se opongan a su ambición; si a esto se añade que con el furor partidarista se mezcla el mezquino interés y la codicia; si se considera que la constitución social está erigida sobre bases de injusticia y de opresión, se comprenderá fácilmente, que los más audaces a son de preconizar reformas radicales, atraigan a sus filas a pueblos ávidos de libertad y de justicia que nunca alcanzaron y que sólo vagamente comprenden. Esto pasó entre nosotros y por eso el jacobinismo caudillezco ha encontrado tantos partidarios en determinados elementos de las clases bajas de nuestro pueblo.

Puede compararse, pues, nuestra época a esas crisis de accesos tetánicos en que una convulsión engendra los fermentos y las toxinas de poder tetanizante que han de dar origen a la próxima convulsión.

De un estado revolucionario ha salido otro, del sedimento dejado por antiguas prácticas políticas, se ha originado la revivicencia de las actuales viciadas prácticas y esto en un cuerpo social predispuesto por su constitución a ser fácil presa de las ambiciones y concupiscencias, al que el tópico sedante de una educación bien dirigida no

ha podido curar ni modificar de una manera apreciable. Pero estas crisis convulsivas, agotando y extenuando el cuerpo del paciente, conducen al cabo a un estado de laxitud y de cansancio y esto es el principio de una curación sino radical y definitiva, por lo menos bastante estable para darnos idea de la salud, y si a esto se añade las influencias de otro orden a que antes hicimos mención, podremos esperar la mejoría tan anhelada. No nos desesperen, pues, las prácticas de principado florentino que mezcladas con racias de tribu africana, parecen constituir la característica de nuestra política; ni nos desanime el que la vida pública parezca no haber variado gran cosa desde nuestra independencia: no es porque no hayamos progresado ni ganado nada, pero la evolución de la conciencia popular se hace muy lentamente y si esto ha sucedido en pueblos de constitución étnica más homogénea que el nuestro, si la Europa central, hoy tan civilizada, cuna y foco de la cultura, ha dado a la historia un largo período tan turbulento y tan lleno de ignorancia y fanatismo, como la Edad Media, por qué admirarse de que nuestro pueblo, en un siglo de vida independiente, no haya llegado al grado de progreso que otros, ni se haya podido desprender totalmente de la costra de fanatismo y de ignorancia en que vino envuelto a la vida, ni de los vicios que contrajo luego en su desarrollo, raquítico e incoherente.

Todas las revoluciones presentan el mismo fenómeno que las nuestras y si en éstas hay la tendencia a perpetuarse, es porque causas de otro orden mantienen vivo no ya el espìritu revolucionario, sino el fuego de la revuelta y porque los frenos que podrían sujetarla no se aplican ni hay mano firme y resuelta que logre ponerlos y manejarlos de modo firme y seguro.

Democracia y demagogia se han encontrado frente a frente y los excesos de esta última que por desgracia aún perduran, han dado origen a los dolorosos acontecimientos de estos últimos años de nuestra vida pública. Mas, como antes ya expresamos, es posible que el cansancio fatigue nuestro pueblo y le haga entrar en un período más ordenado y tranquilo.

Aunque no somos partidarios incondicionales de la teoría marcista o sea del economismo histórico, como no desconocemos que ella tiene aplicación en muchos casos y se comprueba la verdad de su emisión, hemos tratado de averiguar hasta qué punto las fuerzas económicas han obrado en la dinámica nacional, haciendo que nuestro pueblo vaya escribiendo su historia en medio de hechos luctuosos y sangrientos; pero no hemos hallado, quizás por insuficiencia de perspicacia y exactitud en nuestro análisis, que pueda dicha teoría ser aplicable al desarrollo histórico de nuestro país. Si en la lucha regionalista puede encontrar aplicación, en la lucha política no hallamos ningún indicio a qué atribuir que por una causa económica se haya establecido ninguna de nuestras contiendas: son más bien causas espirituales o biológicas las que quizás hayan influído; pero no

las económicas, pues los intereses que se han encontrado eran contrapuestos en ideas pero no de un modo material y tangible. Mas, en lo porvenir, cuando el desenvolvimiento de las fuerzas vitales del país traiga otros contingentes y haga presentarse problemas de otro orden, es muy posible que sean las causas de origen económico las que principalmente influyan en los acontecimientos de la vida nacional.

CAPITULO VIII.

Las clases sociales.—Las clases dirigentes, la clase intelectual, la clase militar, la clase eclesiástica, los comerciantes, industriales y agricultores.—La burguesía, su ausencia o escasa preponderancia durante la Colonia, su formación durante la República.—La burocracia.—Los "Chullas".—El conflicto económico de la burguesía.—Influencia de la descendencia en la formación de las clases sociales.—La clase popular, el pueblo de las ciudades, y el pueblo campesino.—Chagras y montuvios.

En una democracia, en la que el origen étnico ha influído más que nada en la formación de las clases sociales, nada más difícil que establecer la distinta gradación de ésta y analizar e investigar como se han ido formando y separando las diversas capas en que se ha cristalizado la sociedad ecuatoriana. Ya hemos dicho, que fueron las clases elevadas, los criollos, ricos descendientes de españoles, los letrados, los terratenientes y propietarios, los que hicieron la independencia y dirigieron los primeros movimientos insurreccionales contra España. Fué, pues, esta clase la que adquirió al nacer a la vida independiente el nuevo Estado, mayor importancia política, como ya la había tenido económica y social, durante la Colonia. A este elemento autóctono dirigente vino a añadirse otro elemento preponderante; fué éste el elemento militar extranjero, que ayudó a conquistar la independencia, parte de él europeo, pero en su mayoría criollo, mulato o mestizo. Frente por frente de esta especie de oligarquía dirigente que aspiraba a gobernar el nuevo estado y a fundar una nacionalidad, se hallaban en calidad de reaccionarios, o tradicionalistas, los españoles avencidados en el país y los criollos aún afectos al rey de España, que aceptaron el nuevo règimen tan sólo por la fuerza de las circunstancias y que miraban como advenedizos a los nuevos gobernantes. Estos formaban una clase, que también tenía tradiciones monárquicas y aristocráticas que más tarde fué uno de los elementos componentes de la clase tradicionalista o conservadora del Ecuador.

Como los empleos públicos habían sido monopolizados casi totalmente por los españoles; como las propiedades agrícolas se hallaban en manos de unos pocos, el comercio era escaso y asì mismo monopolizado; como las profesiones liberales casi no existían, los orígenes de la burguesía o sea la clase intermediaria de empleados comerciantes, pequeños propietarios, profesionales, artistas e industriales, apenas si habían adquirido algún desarrollo en el país y fuè sólo en los comienzos de la República, cuando ella empezó a formarse y a desarrollarse lentamente. Así, pues, al comenzar a figurar el Ecuador como nación independiente, sólo podría considerarse dos clases: la di-

rigente, formada por los propietarios y los pocos letrados que junto con ellos habían hecho la revolución y la clase popular, formada en su mayoría por mestizos, mulatos, negros esclavos e indios sometidos al tributo. Dado el cruce de las razas, aún es de suponer que la clase mestiza, lo que hoy llamamos cholos y que constituye en su mayor parte, el pueblo de las ciudades, era mucho menos numerosa que lo que es actualmente; el obrero y el campesino aún no habían tomado la importancia que más tarde han tenido, y por otra parte, dada la escasa difusión de la enseñanza, su ignorancia debe haber sido tanta, como la del indio y la del negro; de tal modo, que es indudable que el analfabetismo debe haber sido la regla, y la instrucción tan sólo de un patrimonio muy escaso, reservado únicamente, a las clases dirigentes y aún en éstas muy limitado.

El mayor desarrollo de la enseñanza durante la República, el acrecentamiento de la burocracia y accesibilidad de los destinos públicos a todas las categorías sociales; la elevación de las clases populares, por las contínuas revoluciones que exaltaban a los hombres de las capas inferiores, la mezcla de razas por estas causas se hacía más fácil y rápida; el desarrollo de los pequeños propietarios y comerciantes, fué creando poco a poco, una clase media intermediaria, entre el pueblo y la dirigente, participando a la vez de una y otra, aunque procediendo más bien del seno de aquel, hasta llegar a adueñarse casi completamente de los destinos del país y a ser una fuerza poderosa e influyente.

En el primer período de la República, la lucha se verificó exclusivamente entre las clases dirigentes, entre la parte militar y la civil, hasta que el triunfo de ésta en 1845, puso en sus manos el gobierno del país; mas, bien pronto hemos visto, que una clase militar improvisada en las guerras civiles vino luego a adueñarse del poder. Como una reacción contra ésta, las antiguas clases aristocráticas de la Colonia que se habían hecho conservadoras y oligárquicas, reaccionaron en 1859. De esta época, puede decirse, que nace el definitivo establecimiento de las clases sociales, tal como actualmente existe en el Ecuador.

Las clases ricas, procedentes unas de la época colonial, otras de la Independencia y de los que han ido haciendo fortuna o elevándose por medio de la lucha política. Esta clase dirigente, está formada por criollos blancos en los cuales el mestizaje es más o menos perceptible, siendo en ella donde puedan encontrarse quizás algunas familias, aunque muy raras, de raza blanca pura. Generalmente, se aleja de los intereses políticos y de la dirección de los negocios públicos, para ocuparse sólo de sus intereses particulares; pero ejerce poderosa influencia porque, estando compuesta por grandes terratenientes y capitalistas, es una plutocracia que dirige sin mandar y que indirectamente hace sentir su influencia en la marcha del país. Sin que podamos llamarla ignorante, tampoco puede decirse que es pa-

trimonio de ella la ilustración: aún es más, los hijos de los más acaudalados, rara vez reciben una cultura elevada, contentándose con una educación frívola y superficial, lejos de toda técnica administrativa o profesional. Así no es de admirarse, que gran parte de sus componentes, sean empíricos y rutinarios en sus procedimientos y que más de una vez se vean obligados a dejarse dominar por las clases inferiores más audaces o más hábiles y mejor preparadas en la lucha por la vida. Sólo ejercen su influencia como los cuerpos pesados, en virtud de la ley de la gravedad. Esto, por otra parte, es muy explicable en una democracia: pero es al mismo tiempo, una de las causas del desorden y de la desorganización social que entre nosotros se nota y explica como en la lucha de intereses, más de una vez no llegan a comprenderse bien los generales y como cada clase no acierta a entender los suyos propios. En otros países, como en Chile, por ejemplo, donde una oligarquía poderosa es la dirigente, al mismo tiempo que la disciplina social es mucho más perfecta, los intereses de clase están mucho mejor definidos y la lucha por ideales es más firme y decidida que entre nosotros, donde puede decirse que apenas se esboza.

La verdadera clase dirigente del país, el verdadero cerebro social de él, es la clase intelectual, la que sale de las Universidades o recibe una educación superiór y que llega a un grado de cultura mayor que el de la generalidad. Por lo mismo que el nivel medio de la cultura, es muy bajo entre nosotros, los que llegan a alcanzar grados más elevados de ella, son los que más se distinguen y los que en unión de la clase militar preponderante, a causa de su participación en las luchas políticas y de la clase eclesiástica, por cuanto ella ha tenido durante largo tiempo, el dominio casi exclusivo de las conciencias: los que pueden aspirar a ejercer, y de hecho ejercen, influjo más preponderante en la sociedad ecuatoriana.

La clase intelectual, procede en parte muy escasa, de la porción menos acomodada de la clase elevada del país, y en su mayor parte, de la burguesìa o clase media, pues ya hemos dicho, que en nuestro país, el grado de educación está, en razón inversa de los medios de fortuna.

Aunque mucho más escasamente, también la clase popular, ha comenzado a dar su contingente a las Universidades, si bien es de notar que tal contingente viene siendo dado desde los primeros tiempos de la República. Pero se nota un hecho curioso, y es, que sin duda, por falta de acostumbramiento de las funciones cerebrales, en virtud de la ley de herencia, los primeros tipos de hombres cultos salidos de la clase popular que generalmente son hombres de color, no son espíritus sobresalientes, ni por la fuerza de él, ni por la solidez de los conocimientos adquiridos. Es necesario que pasen dos o tres generaciones, que adquieran el mismo grado de cultura, para poder hallar cerebros verdaderamente cultivados. Por lo demás, cualquie-

ra que sea su origen, provenga de blancos o de mestizos, nuestra clase intelectual, comprendiendo en ella a todos cuantos hacen de su cerebro un instrumento de trabajo, no tienen una cultura refinada y con excepción de tipos representativos que han llegado a dársela a fuerza de trabajo y contracción, su nivel cultural, se halla por debajo del de los de igual clase en naciones más adelantadas. Verdad es que desde los primeros tiempos de nuestra existencia libre, hemos llegado a producir hombres tales como Mexia Lequerica, Olmedo y Montalvo, que fuera del país, forman parte de la legión universal de hombres de talento y que por lo menos dentro de las naciones de habla castellana, han brillado en la oratoria, en la poesía y en la literatura. Pero tales muestras de ingenio no son la regla en países en que, por su característica de falta de originalidad, los mediocres se imponen por lo menos por la fuerza del número, y en donde la incultura del medio ambiente, el aislamiento y la falta de aspirabilidad posible, coartan el desarrollo de las inteligencias. Un puesto de profesor universitario es una situación cómoda y hasta envidiable, reservada a las notabilidades en los paìses cultos: pero entre nosotros, ese puesto se gana fácilmente, por medios muy distintos de los de la ilustración y el talento, no es considerado sino como un empleo transitorio, un modus vivendi ocasional, que ayuda a ganarse la vida. Los caminos de la literatura, de la ciencia, del arte, son difíciles y espinosos y al fin de ellos, sólo se llega a una celebridad local que talentos de improvisación y de mediocridad evidente, alcanzan con igual facilidad, pues la incultura ambiente, no distingue lo ínfimo de lo superior. Así el camino de la política, aunque más tortuoso, es mucho más seguro para alcanzar grados y honores y no es de extrañar que por él se vaya casi toda la clase intelectual que no quiere adocenarse en el ejercicio rudo y estéril de una profesión casi siempre ingrata. Como éstas se han limitado solamente a dos, lo mismo que en casi todas las naciones sudamericanas, la de abogado y médico, el campo de acción resulta monótono y limitado. Aunque se ha ensayado ya desde largo tiempo, el establecimiento de otras carreras técnicas, sólo en estos últimos años, se ha notado un movimiento verdaderamente acentuado en favor de ellas, y como una buena parte de la juventud vá adquiriéndolas en las universidades europeas, esa porción culta, esa élite de hombres escogidos, todos por cierto muy jóvenes, van esparciendo buena semilla en el país, haciendo sentir la necesidad de impulsar la energía intelectual por otros derroteros. De ésto, al grado de cultura que es necesario alcancemos para figurar entre los pueblos realmente civilizados va mucha diferencia; pero es innegable, que los primeros elementos, existen entre nosotros y como ha dicho el profesor Vaz Ferreira, los sudamericanos, hemos demostrado, que podemos alcanzar todos los grados de la más alta cultura. Una de las razas que nos dió origen, se enorgullece con ingenio como Cervantes y hoy mismo, aparte de gran número de escritores, en punto a sólida cul-

tura científica, puede enfrentar, frente a los sabios de primera fila de otras razas, al insigne Ramón y Cajal, uno de los cerebros mejor equilibrados de nuestra época. Si los hispano-americanos, hemos heredado las cualidades mentales de la raza ibera, por qué no hemos de aspirar a producir lo mismo, cerebros que originen bellezas de lenguaje, obras de arte, que los que engendren ideas nuevas y doten a la ciencia de nociones recién adquiridas por la investigación y la experiencia? Es más bien de atribuír al medio ambiente, poco propicio, la escasés de cerebros de esta última clase que entre nosotros se ha notado, pero sin que falten ejemplos que comprueben que no hay ineptitud para los estudios serios y de meditación. Después de la clase intelectual, nervio de la sociedad ecuatoriana, puesto que priva aún sobre la plutocracia, debe contarse como la más influyente, la clase de los militares y no es de extrañar, que sea así en un país tan sujeto a revoluciones y a luchas civiles, en que la fuerza de las armas, decide todas las cuestiones. Es de advertir, que al hablar de clase militar, lo mismo que al hablar de clase en general, no consideramos éstas, sino en la categoría de agrupaciones actuales que se renuevan incesantemente; pero no en el de gerarquías hereditarias, como sucede en las clases aristocráticas o burguesas de los países monárquicos.

Aún como ocupación profesional no existe la tradición familiar y así se observa, que los descendientes de famosos militares, muchos de ellos, héroes de nuestra Independencia, no siguen la carrera de sus padres o abuelos. Las familias de los Illingworth, Wright, Elizalde, etc., tan famosos en la Independencia, no han vuelto a contar un solo militar en sus numerosos descendientes.

La clase militar se recluta muy escasamente en la clase acomodada; en mayor número en la burguesía y mucho más en la clase popular. De las familias de ésta, no es raro que se eleven hombres obscuros y sin instrucción, hasta los más altos grados de la milicia. Este es uno de los peores efectos del militarismo, que es uno de los males de la Nación, pues esta clase de hombres, sin moral y sin cultura, llenos de ambición y ávidos de honores, riquezas y placeres, no reparan en los medios que ponen en juego para alcanzar su objetivo, ya apoyando a caudillos tan incultos, pero más audaces que ellos, ya aspirando por propia cuenta al poder público. Los grados inferiores de esta clase, están formados en su mayor parte, por improvisados, que salen por regla general, de los artesanos mal avenidos con su ocupación, de los campesinos que cambian el instrumento de labranza por el fusil, y de los jóvenes de la clase media que abandonan el pupitre del estudiante o el escritorio de comercio, para cubrirse de galones y bordados. Sino en la selección de sus elementos a lo menos en la educación y preparación de éstos, se ha dado un gran paso en el mejoramiento de la clase militar, con la fundación de las escuelas para oficiales, que desde hace unos doce años, enxisten en el

país; pero, desgraciadamente, el número de los salidos de ellas, forman una escasa minoría, en relación con los improvisados, y si bien se nota su influencia en la instrucción y disciplina de las tropas, ésta se encuentra contrarrestada por los malos hábitos adquiridos y que persisten a pesar de todas las leyes y todas las reformas. Al ocuparnos del militarismo, insistiremos acerca de los vicios y defectos de la clase militar, contentándonos, por ahora, consignarle los caracteres que ya dejamos enunciados y que la hacen semejar, como dice el joven escritor don Daniel Hidalgo, más a la horda armada que a los ejércitos modernos de las naciones civilizadas.

La clase eclesiástica, ha ejercido una influencia preponderante en la dirección y dominio de la conciencia pública, durante largos años. La evolución de las nuevas ideas y el triunfo de los liberales, le ha quitado gran parte de su antigua influencia: pero no deja aún de ser bastante poderosa, sobre todo en la sierra. Su capacidad intelectual es bastante escasa: hay en ella hombres de gran ilustración, como el Arzobispo historiador Sr. González Suárez, alguno que otro eclesiástico aficionado a la literatura y otros que sobresalen como oradores, pero éstos son en corto número; la mayoría del clero, es ignorante y aún en asuntos de teología se ocupa muy poco de su estudio. Los conventos, no han producido nada en muchos años, y el clero secular, es más bien de lo que se llama de misa y olla, no preocupándose uno y otro más que en las ceremonias del culto externo, para inflamar la piedad de los fieles, sin ejercer misión social alguna y aprovechar de su influencia en beneficio de la educación moral del pueblo. Aliado desde los comienzos de la vida independiente, con el partido reaccionario, su tendencia ha sido siempre, a intervenir directamente en los asuntos del Estado, imponiendo al país un régimen teocrático y adueñándose de la educación pública, como medio para dominar mejor las conciencias: todo esto en provecho propio y llegando a exageraciones místicas que dieron lugar a que el Ecuador se lo llamara la República del Corazón de Jesús.

Como el comercio del país, está casi todo en manos de los extranjeros, siendo muy escaso el número de los nacionales, forma una clase extraña que mira más por sus propios intereses, ligándolos poco o nada a los generales de la Nación. Puede decirse lo mismo de una parte de la industria; pero es indudable que a pesar de eso uno y otro han contribuído y contribuyen mucho al progreso de ésta, a pesar de que aún no salen de la rutina y del atraso. Los agricultores son en su mayoría grandes propietarios, siendo mucho mayor el número de los latifundios que el de las pequeñas propiedades. Como la riqueza del país es eminentemente agrícola, de esta clase proceden casi todas las grandes fortunas, por lo mismo la plutocracia es ante todo agricultora o comercia con los productos de agricultura. Sinembargo, como la extensión cultivable del país es muy grande, la división de la propiedad podría hacerse aún en proporción

equitativa. Las tres clases van adquiriendo día a día más influjo y acabarán por imponerse a los militares, en beneficio de la paz y de la tranquilidad del país.

La burocracia procede casi exclusivamente, de las profesiones liberales y en general de la burguesía, pues es raro, que las clases acomodadas, los propietarios principalmente, dejen sus ocupaciones transitorias y de corta duración. Salida de las capas inferiores de la burguesía, deshecho de las clases acomodadas venidas a menos y mezclándose con la clase obrera, hay sobre todo en la sierra, una parte de la clase media, que recibe el nombre de «chulla» o de «chulla-leva» designación quichua que equivale a la española de Currinches y que literalmente quiere decir, única levita. De esta porción de la sociedad, que tiene todos los prejuicios y todos los defectos de la clase elevada, sin poseer su instrucción, al mismo tiempo que participa de los vicios populares, procede el cura, el militar de poca graduación, el empleado de escaso sueldo, el abogado ramplón y en general, todo el proletariado de levita, que busca ocupaciones de fácil desempeño y posiciones brillantes aunque equívocas. Tan llena de orgullo y prosopopella como vacía de estómago y de bolsillo: esta clase trata de llenar todos los huecos de la administración pública, odiando el trabajo, viviendo en la simulación y en la miseria, alimentando un falso lujo y recurriendo para ésto a expedientes tan pueriles, como poco dignos. Uno de los conflictos económicos de la sociedad ecuatoriana, consiste, en la manera de dar ocupación a esta clase que habiendo perdido los hábitos de trabajo, no encuentra manera decorosa de vivir, no siendo suficiente los cargos públicos para darle empleo. El desarrollo del comercio y de la industria en la sierra, podrían quizás salvarla. Muchos de los individuos de esta clase, emigran hacia la costa: pero la mayor parte de ellos fracasan por falta de preparación en la lucha por la vida. Bohemios incorregibles, gentes de quiero y no puedo, son los chullas, el mejor elemento para las rovoluciones y la clase donde la prostitución y el alcoholismo hacen más víctimas, después de la popular.

No debemos dejar de anotar, que en la formación de las clases sociales, influye por mucho la descendencia y el color de la piel. Los blancos o descendientes más o menos directos de ellos, forman la clase elevada y parte de la burguesía: los mestizos o mulatos, se infiltran en esta clase: pero más bien, forman la mayoría de las capas inferiores y en general, puede decirse, que los primeros, tienen siempre sobre los últimos, mayores ventajas y más seguridad de subir y formarse una posición; no por la mayor energía del esfuerzo, sino por la mayor cantidad de facilidades que la sociedad les presta para ello. Esta superioridad del blanco, es tan reconocida, que los peones del campo suelen designar con el nombre de «el blanco» a su amo o patrón, aún cuando no pertenezca a esta raza y sea a veces tan mestizo o mulato como ellos, y juzgan indigno, que

un hombre de raza blanca, se ocupe de bajos menesteres. La mezcla de razas y el aumento de la inmigración, podrían acabar con este predominio que ejerce grande influencia en la constitución social. Otra de las causas que influye en la formación social es la procedencia, sea de una antigua familia colonial, sea de los hombres de la Independencia o de los mandatarios posteriores, pues ésto parece acreditar cierto orgullo aristocrático de clase que se trasluce a pesar de la influencia del régimen democrático y ésto, cualesquiera que sea la raza y el color de la piel de los individuos que así se creen privilegiados.

El pueblo de las ciudades, está compuesto de indios y méstizos en la sierra; de indios, mestizos y mulatos en la costa. En el campo, la población de la sierra, es casi toda de raza indígena pura y en la costa de mestizos y mulatos, con excepción de la Provincia de Esmeraldas, donde la población campesina es negra. Para designar a los campesinos se emplean en el país las palabras «chagra» en la sierra y «montuvio» en la costa. El chagra es el campesino no mestizo, generalmente pequeño propietario, aunque con la misma voz se designa aún a los grandes propietarios de la sierra. El «chagra», es laborioso y emprendedor, tenáz en sus empresas, muy apegado al terruño y viste y habita en mejores condiciones que el indio que vive miserablemente. El «montuvio», es el campesino rico o pobre de la costa: es levantisco, fanfarrón, de aire reservado y silencioso, cuando está bueno, bullicioso y amigo de la algazara cuando se emborracha. Campesinos y ciudadanos, las clases populares, están desgraciadamente muy contaminadas con el vicio del alcohol, tanto en las ciudades, como en las poblaciones pequeñas y aún en los campos, como no se tienen otras distracciones, se apela a la chicha o al aguardiente de caña, para alegar las horas de los días de fiesta.

En las ciudades, donde la instrucción está bastante difundida, el pueblo sabe generalmente leer y escribir, aunque muy mal; pero en los campos, el analfabetismo es la regla, sobre todo en los indígenas de la planicie andina. Hay diferencias capitales, entre el pueblo de la sierra y el de la costa: excluyendo al indígena que forma una raza aparte, el cholo de la sierra es más humilde y sumiso, más propenso a la disciplina que el zambo de la costa, que participa con mucho, de los caracteres de la raza negra. Quizás ésta sea una de las causas que más influyen en el regionalismo y una de las diferencias más esenciales entre la sierra y la costa.

CAPITULO IX.

La clase popular, el pueblo.—Cultura y mentalidad de las diversas clases del Ecuador.—Nivel cultural medio.—La educación pública.—Su necesidad y su aficacia en la formación de la nacionalidad.

AL hacer el estudio de la formación y desarrollo de las clases sociales en el Ecuador, hemos esbozado el grado de mentalidad y cultura de cada una de ellas, más trataremos de ahondar en esta cuestión tan importante para conocer a fondo, la constitución social de un país. Continuando en el mismo orden que hemos seguido, hablaremos primero de las clases acomodadas que son las dirigentes. Si por cultura hemos de entender el más completo y perfecto desarrollo de las funciones cerebrales de la inteligencia y de los sentimientos, lo mismo en el sentido intelectual que en el sentido moral, tendremos que el número de individuos verdaderamente cultos es sumamente escaso en el Ecuador. Siendo la educación tan deficiente, como atrasada e incompleta, no tiende por regla general, a desarrollar de una manera perfecta la mentalidad de los educandos, y esta falta de integralidad se refleja en la cultura general de la masa de los pobladores.

Bien es verdad, que la amplitud de la educación perjudica a la profundidad de ella; pero que ésta en cambio, sólo puede dar una cultura unilateral y por consiguiente incompleta. Sinembargo, en nuestro país, no por ser profunda nuestra educación, sino al contrario por ser superficial y falta de objetivo es que adolece la cultura de incompleta y escasa.

Las clases elevadas que como hemos dicho, forman la plutocracia del país, creen en efecto que es suficiente dejar a sus hijos la riqueza y por consiguiente, no les es necesaria una educación superior y elevada, o que ellos entienden por cultura, es la desenvoltura en el trato social, la ligereza y la frivolidad, para tratar superficialmente las cuestiones más corrientes de la actualidad y una instrucción que no pasa del grado de la primaria, con el adorno de la posesión de uno o dos idiomas mal hablados. Su mentalidad es por consiguiente muy poco desarrollada y aunque esta clase está ya bien distante de los prejuicios populares y de las clases inferiores, se halla sinembargo, bien lejos del nivel que debía corresponderle, dada su situación privilegiada. De entre los suyos, es muy raro que alguno de sus miembros ingrese a la Universidad, siendo ésto un poco más

frecuente en la Sierra que en la Costa, ya que el grado de doctor es allá un título honorífico más buscado que en la segunda. Una parte de las clases ricas hace pasar a sus hijos algunos años en los Gimnacios y Liceos del extranjero; pero no busca darles una educación técnica de acuerdo con su situación que les facilitaría el manejo de sus negocios y de sus bienes de fortuna. La educación de mujer corresponde más o menos al mismo grado de educación de los hombres. En la Sierra y antes en la Costa, las jóvenes eran educadas en colegios dirigidos por comunidades religiosas. Ahora se prefiere la enseñanza particular en su propia casa; pero una y otra se reducen a la instrucción primaria elemental, al estudio de algún instrumento de música, generalmente el piano, y al aprendizaje de labores manuales, muchas de ellas de puro adorno. Añádase a esto, el conocimiento de triviales nociones de religión que no pasan de las explicaciones del catecismo y del aprendizaje de muchas oraciones. La moral sólo es comprendida como un aditamento de la religión y se desprende que siendo ésta tan superficial, su conocimiento se reduzca a bien poca cosa; pero el natural recato y la sujeción en que de un modo atávico ha sido educada, para la vida del hogar, la mujer ecuatoriana, su natural desparpajo y su vivo ingenio, la hacen ser agradable en sociedad, buena esposa y madre tierna en el hogar. La gasmoñería religiosa y los prejuicios, casi rayanos en superstición, que se le inculcan, hacen que aún en las clases altas, en la Sierra sobre todo, las mujeres segan asérrimas partidarias de la Iglesia y del clero que explota su cándida credulidad, exaltando su imaginación hasta el fanatismo; pero a pesar de ese exagerado espíritu místico. no se llega a los extremos que en otros países hemos visto y aún vemos actualmente. Así la intromisión del clero en los hogares va desapareciendo poco a poco y perdiendo su antigua influencia. El confesonario bajo este punto de vista es hoy solamente para la mayor parte, el tribunal de la penitencia, pero no tiene el dominio absoluto de la conciencia y la dirección de la conducta pública y privada como antaño acontecía. Las ideas religiosas no son ni elevadas ni hieráticas: se dá más importancia al culto externo que a la ética misma de la religión y se atribuye gran importancia a las ceremonias del culto, costumbre que es exacerbada por el clero como medio de mantener el fervor más religioso. Las demás ideas se hallan a la altura de la idea religiosa. La moral sin ser de una extrema rigurosidad, es observada con bastante exactitud y la hidalguía castellana tiene en la clase elevada su mejor representación. La duplicidad y la doblez, la debilidad de carácter, son cualidades que en los últimos tiempos han comenzado a aparecer como signo de decadencia.

Las clases dirigentes de la Costa, son de ideas más liberales y democráticas que las de la Sierra, más apegadas a los principios reaccionarios y tradicionalistas. Esta clase, sinembargo, es la más fácilmente culturable por su vivo ingenio y su talento despejado pre-

dominando en ella los individuos de la raza blanca y por tanto, las cualidades mentales del criollo o descendente de europeo. La burguesía en su parte más acomodada, participa de las ideas y cualidades de la clase dirigente, en tanto que en sus capas inferiores se confunde por su mentalidad y sus prejuicios con la clase popular. De esta clase salen sinembargo vivos y claros ingenios y talentos muy cultivados, aún entre los mulatos y mestizos. La instrucción está bastante repartida, siendo èsta la clase que dá más contingente relativamente a las Universidades, colegios y escuelas. Aunque las ideas religiosas son también muy predominantes, están en menor grado que en la clase elevada y en la clase popular. El grado medio de la mentalidad y de la cultura, puede hallarse en mayor nivel en esta clase contrabalanceando la ignorancia popular.

Las clases populares varían mucho en nivel de cultura. En el pueblo de las ciudades, los obreros o artesanos, son los que adquieren mayor grado de instrucción: en tanto que la población de los campos queda inculta y casi analfabeta. En efecto, el analfabetismo es la regla, principalmente en la raza indígena, que es la que dá mayor contingente y que vive sumida en la ignorancia. Los campesinos de la Costa, indígenas o mestizos, adquieren algunas nociones de lectura y escritura: pero en grado muy restringido. La clase popular de la Sierra, se ha distinguido siempre por su fanatismo religioso y por el dominio que sobre ella ha ejercido el clero. La idea religiosa está mezclada en el pueblo por una especie de superstición o fetichismo, unido al fanatismo indígena. La idea de la divinidad más que de dulzura y mansedumbre, es de airada cólera. El temor al castigo por los pecados, la resignación por los sufrimientos, son las dos ideas capitales que predominan en punto a religión. Las ideas morales no se comprenden sino unidas a las religiosas y como una consecuencia de ellas. Son de lo más extrañas y absurdas en más de un caso, y esto se comprende fácilmente, en un pueblo en que la educación se preocupa poco de inculcar el sentido ético y los más triviales principios morales. En muchos puntos del país, la familia sólo existe en virtud de la actuación religiosa, pues de otro modo, llegaría a deshacerse, debido a una escandalosa poligamía, a la cual tienen gran tendencia las clases inferiores. El desarrollo cerebral es enteramente rudimentario en estas clases y vá ensanchándose poco a poco, hasta llegar a la de los obreros o artesanos, en los cuales la inteligencia tiene un grado de desarrollo normal, lo que los pone en actitud de asimilar más fácilmente las ideas, aún las abstractas y puramente subjetivas.

Además de los prejuicios religiosos y morales, multitud de supersticiones de todas clases, hijas de la ignorancia, tienen su asiento en la clase popular. La instrucción que se dá en las escuelas, no alcanza a borrarlas: pero sí tiende cada día más a hacerlas desaparecer. Como en todas las sociedades, el grado de cultura vá dis-

minuvendo desde las clases elevadas hasta las inferiores; pero con la particularidad de no ser la plutocracia la que la posea en más alto grado sino la clase media: la burocracia, la clase universitaria o intelectual y luego en grado descendente hasta el pueblo de las ciudades y de los campos. Este en la Sierra, donde en su mayor parte se compone de indígenas, es completamente analfabeto y en la Costa gran parte de él no recibe ninguna instrucción.

Por razón de este bajo nivel de cultura, el criterio público sufre muchos extravíos y presenta a cada momento desviaciones cuyo origen es interesante estudiar. Propio es de los pueblos de poco desarrollo cerebral el dar a todas las cuestiones un aspecto simplista y elemental, desechando por incomprensión todo lo alambicado y complejo. La tendencia general de nuestro país es reducirlo todo a una sola fórmula. El empirismo que en todo reina: lo mismo en política que en economía, en industrias, en agricultura, hasta en lo puramente ideológico como la moral, tiende a eliminar todo lo que no sea fácilmente accequible a inteligencias poco acostumbradas al análisis y a la percepción. Esto que podrìa ser característico de las multitudes, es en nuestro país patrimonio de la masa en general. De aquí que sea muy difícil el hacer que hasta ella lleguen ideas cuya elevación parece superior a su alcance y favorece el imperio de la mediocridad que se adapta mejor a sus condiciones mentales. A favor de esta la charlatanería logra fácilmente imponerse en el criterio público al verdadero talento ya que no sabe distinguir los engaños de la una, del verdadero mèrito del otra y que por expontáneo y natural movimiento tiende a dar más crédito a las patrañas y mohatrerìas, antes que a las verdades mejor demostradas. En el ánimo del pueblo, lo más fantástico, lo más ilusorio es siempre mejor creido que lo real y verdadero, porque este, está despojado de toda vistosidad y de todo oropel; en tanto que el otro aparece a sus ojos brillante y deslumbrador. La ignorancia es la mejor favorecedora de la superstición, de la supercherìa y el político, el industrial, el comerciante, el profesional, se aprovechan de ella para alcanzar fácilmente empresas poco recomendables y lograr fáciles triunfos. Otra consecuencia de la ignorancia es la falta de consistencia en la opinión pública y sobre todo la ausencia de energìa en esa masa de opinión neutral, que, no tomando parte en las luchas de la vida diaria, pone sinembargo en la balanza el peso de su fuerza y decide las cuestiones entre dos bandos en uno u otro sentido. Esta masa neutral que en las luchas políticas ejerce en realidad una sana influencia porque no toma parte activa en ellas, está formada de agricultores, de propietarios, de comerciantes y de gente más o menos acomodada, de sus obreros y clientes.

Pero en el Ecuador las cuatro quintas partes del comercio está en manos de extranjeros que parecen no preocuparse para nada de los asuntos públicos, y cuyo único papel se reduce a pagar los im-

puestos que se le imponen, sacándolos luego del valor de las mercaderìas que importan o exportan y haciéndolos pagar en definitiva a los consumidores. Parece como que se consideran huéspedes molestos que trataran de pagar a cualquier precio su permanencia.

El elemento extranjero no ejerce, pues, ninguna saludable influencia ni aporta como a otros países un contingente de luces y de progresos apreciables: sobre todo en la clase que hemos mencionado. En cuanto a los agricultores y propietarios, si no toman parte por conveniencia en la política, se encierran dentro de su propio egoísmo o procuran encontrarse bien con todos los partidos, mostrándose indiferentes a todo lo que concierne la vida pública. Ser hombre de bien es para un individuo de esta clase, desconocer los sentimientos de humanidad, de altruìsmo y de amor a la patria que deben ligar a los hombres en una sociedad. Mientras más inteligente es un hombre, dice Emérson, percibe mejor los lazos que lo ligan al interés común, favoreciendo sus propios intereses. En nuestro pais el concepto emersoniano no tiene gran cabida, pues en general todo ciudadano cree que los intereses públicos y sus propios intereses son antagónicos o sólo están unidos por un vínculo que a costa de los primeros pueda sacar para los segundos.

Tantas faltas de integridad y de honradez en la Administración de los caudales públicos, pueden tenerse por originados por esta creencia, profundamente arraigada en la mentalidad de la mayor parte de los ciudadanos, y si el pueblo está habituado a considerar a los administradores de fondos públicos como a defraudadores, éstos parece que creyeran que están obligados a justificar la creencia popular. Proviene esto de vicios ancestrales sumamente arraigados en las costumbres públicas desde los tiempos coloniales, en los cuales se enviaba a América a los segundones arruinados de la Península para que se enriquecieran; y en que se vendían los empleos públicos de los cuales los compradores procuraban resarcirse sacando el precio y sus ganancias por cualquier medio.

La falta de esta masa de opinión neutral que si no vive preocupada de la política o de los asuntos públicos, decide ya de un lado ya de otro de las cuestiones que se suscitan, trae como consecuencia un desequilibrio que se traduce por la facilidad con que los políticos pueden llevar a cabo audaces revoluciones, sin arraigo en la opinión, imponiéndose a las mayorías y de allí una de las fuerzas del caudillaje, que en países donde esa opinión vigila alerta, no logra imponerse y triunfar.

Mucho se ha hablado y se habla de la exuberancia tropical y del exceso de imaginación de los pueblos situados en latitudes análogas a la nuestra: pero poco exacta es esta afirmación cuando se trata de nuestro pueblo; por el contrario, más que el vaniloquio de los políticos o de los poetas exalta su imaginación un hecho de fuerza y de violencia. Sin que sea insensible a los influjos espirituales, son prin-

cipalmente los actos materiales los que más vivamente atraen su atención y entre un orador y un militar, éste atrae siempre su preferencia. Hasta en nuestra literatura se encuentran huellas de esta sequedad, pues no se la puede acusar de exageradamente retórica. Al hablar de ella en capítulo especial insistiremos a este respecto. Ahora sólo haremos constar que nuestro pueblo antes puede ser tachado de apático y apocado que de exaltado y vehemente. La tristeza indígena se impone en él con más fuerza que la influencia del clima y del medio ambiente si es verdad que estas causas influyen en los climas tropicales para volver a sus habitantes exaltados, bulliciosos e impresionables.

CAPITULO X.

El Arte y la Literatura.—La cultura científica y las demás manifestaciones culturales.

La literatura y el arte no son sólo, como ha dicho Taine, el reflejo del alma de un pueblo, sinó su encarnación misma porque ellas revelan la psicología íntima de los hombres representativos de una nación ó de una raza. Por grande que sea la diferencia entre la mentalidad colectiva y la de los hombres de espíritu cultivado, dice Waldiun, el medio físico y el medio ambiente social no dejan de influir sobre los escritores y artistas, comunicándoles las mismas impresiones que al conjunto de los asociados. Sólo los genios pueden sustraerse á estas influencias y elevándose por encima de estas barreras, constituirse en directores espirituales de la humanidad, pudiéndose decir que ellos no pertenecen á ninguna nación porque están imbuídos del espíritu de universalidad que caracteriza sus producciones. Así, pues, uno de los elementos psicológicos y uno de los índices más seguros para juzgar la cultura y el estado mental de un pueblo es el estudio de su arte, de su literatura y de su producción científica.

Nada tenemos que decir del carácter de la literatura española, perfectamente juzgado y decidido por diversos autores y por tanto nos atendremos á lo que en sus libros han escrito críticos y filólogos tan eminentes como el P. Feijó, Vivens, Lista, Hermosilla, y en lo moderno Menéndez y Pelayo, Fitz-Maurice, Altamira y otros.

Respecto á la raza india, segundo elemento ancestral que sería necesario tomar en cuenta para estudiar las influencias étnicas en la formación de nuestra literatura, carecemos de datos porque es bien sabido que, no teniendo idioma escrito la lengua quechua, no nos ha quedado ninguna obra de esta clase, pero que la raza misma no era refractaria á las producciones artísticas del pensamiento, lo demuestra el poeta Garcilazo y en nuestro país el indio Jacinto Collaguazo, historiador de las guerras de Atahualpa y Huáscar, lo que manifiesta que, apenas aprendida la escritura española, los indios ya pudieron trasmitir las expresiones de su pensamiento, demostración bien clara de que su inteligencia podía, con un régimen de más libertad, haber alcanzado rápidamente los más altos grados de la civilización, toda vez que no se mostraban refractarios á una de sus

más elevadas manifestaciones. Durante la Colonia la literatura toma el mismo aspecto que toda la vida de esta época, es decir, que se hace mística y casi toda se reduce a disertaciones teológicas, distinguiéndose escasos poetas, entre los que sobresalen, Antonio de Orosco, discípulo de Góngora y el Padre Aguirre, poeta festivo de claro ingenio y fácil verso. No obstante y a pesar de la escasa difusión de la cultura, historiadores como Alcedo, Morán de Buitron y el Padre Velazco; sabios como Maldonado y Franco Dávila, geógrafo notable el primero y distinguido naturalista el segundo y pensadores como Espejo, fundador del periodismo nacional en el Ecuador y precursor de la Independencia Patria, sobresalen entonces. A los últimos tiempos de esta época pertenece Mexia Lequerica, orador eminente, que en las Cortes de Cádiz defendió con Olmedo los derechos de las Provincias Americanas, dominios del rey de España. Después de la Independencia, es Olmedo la primera y también la figura más elevada de la poesía nacional. Entre él y los escritores y poetas que desde 1850 comenzaron á sobresalir, sólo puede nombrarse a Julio Zaldumbide. Parece como que las generaciones de este período turbulento, más que del cultivo de la literatura, gustaban del ejercicio de las armas y de la política en una época tan conmovida y llena de sobresaltos. Admira que Olmedo no tuviera imitadores y aunque ésto se explica porque, además de las turbulencias, la falta de difusión de la lectura quitaba ambiente á los escritores, es sinembargo digno de notarse este período tan escaso en cultivadores de la literatura. 1850 marca una especie de renacimiento del pensamiento nacional: de cumbre á cumbre, ha dicho un escritor, no suele existir más que un abismo, así desde Olmedo a Montalvo no podemos anotar ningún nombre hasta hallarnos con el mejor prosador, filósofo, polemista y crítico que haya producido nuestro país. Después de él la poesía y la literatura han seguido produciendo numerosos cultivadores, anotándose el hecho de que cada generación sobresalía ó coincidìa su aparición con alguna de las convulsiones políticas que agitaban nuestro país. Así 1876, 1883, 1895, 1906 y 1911, han dado á conocer nuevos nombres y hecho aparecer una nueva serie de escritores contemporáneos los unos de los otros y con iguales tendencias y métodos literarios. Parecería esto justificar la frase de Ingenieros que dice que la época es la que influye sobre el hombre, haciéndole determinar y orientar el rumbo de las ideas.

En estas conmociones la pluma suele convertirse en una arma de combate: sinembargo, el carácter general de toda nuestra literatura no es revolucionaria ni aún en el mal sentido de la palabra, es decir, no es revoltosa. Excepción hecha de la desdichada oda de Olmedo a la victoria de Miñarica, nuestros poetas han desdeñado cantar las luchas partidaristas y aunque se hayan mezclado en ellas, su poesía ha quedado sin contaminarse. Ellos han preferido más bien que poner el arte al servicio de la política, divorciarse de ella y

en nuestro país se observa, como lo hace notar García Calderón, el divorcio que siempre existe entre las ideas políticas y las ideas estèticas hispano-americanas.

Pero como lo observa el autor ya citado, la poesía ecuatoriana, como toda la de Sud América, aunque literatura de imitación, ha andado retrasada de 15 a 20 años en la evolución de los gustos literarios de Francia y de España, naciones de las cuales ha tomado siempre los modelos. Olmedo imitaba a los clásicos de la poesía lírica de principios del siglo cuando el renacimiento se hallaba en pleno apogeo. Los poetas y escritores de la generación del año 50 y del año 76 siguen a Víctor Hugo y a Lamartine, cuando ya el romanticismo había pasado de moda en Francia. Los del año 83 imitan a Núñez de Arce o a Campoamor y los del 95 no se dan cuenta de que el parnasianismo, el simbilosmo y el decadentismo, escuelas que ya no tenían adeptos, habían pasado a la historia y desdeñan a Darío, entonces en pleno apogeo. Por último, en la época actual cuando ya Baudelaire, Verlaine y Mallarmé se encuentran en el panteón de la historia, los jóvenes literatos tratan de afectar las mismas formas retóricas y el mismo sabor acre y voluptuoso de los poetas modernistas: pero malos imitadores, sólo consiguen hacer juegos malabares de frases y palabras extrambóticas y retorcimiento de vocablos, haciendo consistir la belleza en una estereotipación de nuestro idioma y en paradojas de mal gusto. Este falso sensualismo que ha sido calificado por uno de nuestros escritores como un snobismo tropical, digno de «rastacueros» es de un gusto detestable y sólo acusa, antes que verdadero sentido estético, una precoz perversión del gusto y del sentimiento moral.

Esto no quiere decir que hayan ingenios que desechando las exageraciones de un modernismo retrasado veinte años del movimiento literario y pasado de moda en Europa y América, versifiquen sin atenerse a las antiguas formas, pero en lenguaje castizo, sin barbarismos ni vocablos exóticos.

Como muchos de los escritores de las viejas generaciones viven aún y siguen escribiendo, y como ellos no han evolucionado, siguiendo los nuevos gustos y tendencias literarias, se dá una confusa mezcla de escuelas desde el romanticismo de Víctor Hugo hasta el modernismo de Rubén Darío.

El ejercicio de la literatura no ha sido en el Ecuador nunca un oficio o una ocupación que siquiera dé para vivir. El escritor colombiano Vásquez Yèpez, hablando de los escritores catalanes, dice que en Barcelona pueden los autores llegar a ganar dinero, pero jamás a tener fama y dinero a la vez: en América sucede lo contrario, cualquier escritor o poeta que haya escrito media docena de composiciones o de artículos gana pronto fama de intelectual y éste es un certificado no sólo para merecer la admiración y el aprecio del público, sinó también para conquistar puestos y empleos administrativos, cu-

yo desempeño tiene que ver poco con la literatura; pero se le concede talento y esto basta según el concepto hispano-americano, para lograr cualquier dignidad. De aquí que la política arrastre muy pronto a los jóvenes que se dedican a escribir y que de cada generación que cultiva las letras con más o menos éxito, sólo algunos perduren en el empeño y éstos al llegar a viejos se consideran como fracasados, y en realidad lo son, porque la vejez de nuestros pocos escritores, si no han cuidado de conquistar una situación, mediante el ejercicio de cualquiera otra profesión que no sea la de poeta o escritor, es por cierto bien triste.

Los primeros poetas fueron grandes señores que escribían por puro «diletantismo»: Olmedo y Zaldumbide poseían bienes de fortuna y escribían por pura afición. Esto, añadido a la dificultad de imprimir y dar a luz sus escritos, hace que la fecundidad de poetas y escritores sea tan escasa que bien puede llamársela más bien pobreza literaria. En el Ecuador, no hay impresor que se atreva a dar a luz un tomo de poesías o una novela de un escritor nacional, pues sabe bien que la edición se quedaría en sus almacenes y que sólo se venderían unos cuantos ejemplares. Todos nuestros escritores han pasado por las horcas caudinas de no hallar editor para sus obras y se dice que actualmente muchos de ellos tienen una colección de manuscritos que las polillas y ratones se están encargando de destruir. Montalvo sólo pudo ver impresas sus obras gracias a la generosidad de algunos compatriotas que, admirando más la pluma del polemista político que la valía del escritor, costearon generosamente la edición de sus libros. En la actualidad los escritores apelan al socorrido medio de hacer que el Gobierno imprima sus obras; pero como para disfrutar de esta gracia no se tiene en cuenta el mérito del autor sinó las influencias que los hombres del Gobierno puedan poner en juego, sólo se imprimen folletos de propaganda o de controversia política y malos versos que antes desacreditan que prestigian al intelecto nacional. Otras veces el escritor, de acuerdo con algún impresor, hace por su cuenta la edición de sus obras, pero tiene que mendigar la compra de ellas remitiendo un ejemplar a cada uno de sus amigos o personas de alguna notoriedad junto con una circular suplicatoria en la cual se anuncia el precio del libro remitido o bien, logra mediante influencias, que alguna Municipalidad generosa compre un cierto número de ejemplares de la obra que luego van a las bibliotecas a quedar allí arrinconados o salen al exterior en forma de canje. Como esta clase de libros no son los de los escritores de valía, que desdeñan recurrir á estos expedientes, en el extranjero no se nos conoce sinó por esta clase de producciones; aparte de Olmedo y Montalvo, los escritores de otros países no conocen a ninguno de los nuestros. Más aún, no es raro que a éstos dos autores se los tenga por colombianos o peruanos.

Los Congresos decretan de vez en cuando la publicación de

las obras de algún autor, pero olvidan señalar una partida determinada en el presupuesto y aunque la señalan, el Gobierno no la invierte en el objeto indicado.

Así del Ecuador puede decirse, lo que Larra del país de los batuecas, que no se escribe porque no se lee y se lee sólo a los autores extranjeros en las ediciones económicas que publican las casas españolas o francesas. Los autores nacionales, incluso el propio Montalvo, son menos leídos por la juventud que Verlaine o Baudelaire. Las mismas revistas tienen una vida efímera y, para asegurar su existencia, necesitan obtener una subvención del Gobierno, lo cual equivale a decir que el Director debe ser amigo de los hombres dirigentes, para poder editar su revista. Como estas revistas no tienen para pagar colaboradores, tienen que suplicar a los escritores de más renombre les envíen sus artículos, y los más encastillados en su egoismo, o en su vanidad, rehusan hacerlo con escasas excepciones, de modo que las páginas de una de estas publicaciones se llenan con versos de principiantes y composiciones tomadas de las revistas extranjeras, de las cuales se apropian sin ninguna aprensión: sin duda en reciprocidad de lo que se hace por allá con alguna de las nuestras.

La prosa ha tenido también cultivadores, después de Montalvo, pero la mayoría de los escritores se ha dedicado al periodismo: la novela, el género literario hoy más en boga y que es el que más refleja la sutileza y agilidad del pensamiento del autor y el que más se presta para la pintura y caracterización del medio ambiente, puede decirse que está en su infancia, pues todas las que se han escrito sólo deben considerarse como ensayos, no habiendo entre ellas ninguna que pueda estimarse como obra definitiva. En los últimos años y a partir de la titulada «A la Costa» del malogrado Luis Martínez, se ha iniciado la tendencia saludable de hacer un arte nacional estudiando en él los problemas de nuestra vida y haciendo verdadera obra social. Pero es bien escaso todavía el número de obras de esta clase. La tradición histórica ha sido después de la novela, el género que nuestros autores han cultivado con más éxito. En crítica y en filología tenemos también algún bagaje literario. Las ciencias, sobre todo las exactas, son escasamente cultivadas y por consiguiente la literatura científica, con excepción de las obras de derecho e historia, muy raras. Toda nuestra cultura científica se la debemos a extranjeros y los estudios de más interés para el país, geográficos, etnográficos, geológicos y mineralógicos, han sido hechos por ellos. Y no es que la mentalidad de nuestro pueblo no sea lo suficientemente elevada ni incapaz de la concentración necesaria para esta clase de estudios, porque el Ecuador ha producido algunos hombres que a fuerza de contracción y perseverancia han logrado alcanzar un grado apreciable de cultura científica y efectuar trabajos dignos de ser tomados en cuenta; si nó que esta clase de estudios

requiere un ambiente especial y medios para ser llevados a cabo, de que en nuestro país no se ha podido disponer. En los últimos tiempos se nota una reacción favorable para cultivar las ciencias y en especial las técnicas, pero como ya hemos dicho, es el ambiente lo que favorece el desarrollo de esta rama de la cultura humana y pasará todavía algún tiempo antes de que nuestra intelectualidad pueda ejercitarse en su cultivo y dar frutos apreciables.

El teatro es así mismo incipiente y sólo puede considerarse como un arte de imitación, aunque las últimas producciones tiendan a la pintura de tipos y costumbres nacionales y se pretenda dar un cierto colorido local a las pocas obras que de tiempo en tiempo se estrenan; de todos modos, esta es una saludable tendencia, en la que sería de desear persistieran nuestros autores.

En punto a artes, nuestra época de florecimiento fué en los días de la Colonia, cuando Miguel de Santiago y Samaniego, discípulos e imitadores de Murillo y Velásquez, dieron origen a lo que se ha llamado la escuela quiteña, y que según dice nuestro historiador y arqueólogo González Suárez, no es más que la escuela sevillana, a la que los pintores de la época imprimieron un sello personal, de tal modo que aún hoy se conservan como obras de mérito sus cuadros en los conventos y museos hispano-americanos. Los asuntos religiosos fueron aquellos en que, casi exclusivamente sobresalieron esos pintores que dieron á sus cuadros el relieve místico y asceta de la época. El mismo González Suárez hace notar la falta de estudio de estos artistas que se notaba en la extraña indumentaria con que vestían a sus personajes. Esta misma falta que no revela mal gusto estético, sinó ignorancia, se nota en las obras de los demás pintores. Después de la época colonial, la pintura ha seguido cultivándose en el Ecuador; pero sólo en el mismo género: el paisaje, el cuadro de costumbres y la marina han tenido cultivadores; pero sólo como meros aficionados, sin que ninguno haya alcanzado renombre, aunque alguno de estos cuadros haya llamado la atención en el extranjero. Escaso ha sido el estímulo que los Gobiernos han prestado al desarrollo de las artes. La escuela de Quito se ha abierto y cerrado alternativamente varias veces, pero en los últimos tiempos el envío de algunos jóvenes a la Academia de Bellas Artes de Roma, nos ha dado algunos artistas que pudiera ser, sinó se malogran, inicien un renacimiento de la pintura en el Ecuador.

La escultura que cuenta entre sus predecesores al famoso Caspicara, se ha hecho sólo en madera y dedicada exclusivamente a asuntos religiosos: ahora comienza a haber algunos escultores en mármol.

Nuestra arquitectura si se envanece con algunos edificios é iglesias del tiempo de la Colonia: ha sufrido una especie de estancamiento y sólo ahora se nota alguna reacción del gusto artístico en este punto; si bien es verdad que ella se encuentra tan falta de

ambiente como las demás artes, no habiendo monumentos notables en que pueda admirársela. Es digno de notar sinembargo que a pesar de ser de madera los edificios y casas de la ciudad de Guayaquil y estar construídos por obreros faltos de toda clase de estudios, no carecen de buen gusto arquitectónico. Pero, por regla general y con excepción de la pintura, las artes plásticas, sinó tienen un sello nacional específico que refleja el gusto y los sentimientos de la raza, indican, que ésta no carece de ellos y que es no sólo capaz de imitar sinó de crear, ya que no un arte nacional, por lo menos obras que lleven un sello propio y especial.

La música indígena nos es común con los demás pueblos que formaban el imperio de los incas, Bolivia y el Perú, y es típica por su aire triste, lánguida y monótona, en la que se refleja y palpitan todas las angustias de la esclavizada alma india, tan hermética en otras manifestaciones y que sólo de este modo manifiesta sus angustias y lamentaciones. En la soledad de las punas el yaraví o el «san juanito» resuenan como una música bárbara de ritmo monótono y acompasado. En la Costa, las canciones populares de los campos se acompañan de una música voluptuosa, pero más alegre y jaranera y las coplas de «amor fino» con que ellas se cantan, son verdadero reflejo del alma popular. Casi todas, sean amorosas o burlescas, llevan un tinte de ironía y de jocosidad al mismo tiempo que cierta gracia y malicia de acuerdo con el carácter petulante, dicharachero y un tanto záfio del campesino de la Costa; el pasillo, especie de valse de compaz acelerado, originario del sur de Colombia, es una música así mismo triste y dulzona, propia para acompañar a la letra que generalmente habla de amores no correspondidos o de desesperanza por el abandono de una mujer. Es de notar que en medio de una naturaleza tan rica y tan exuberante, sea sólo la nota patética la que haga vibrar el alma del pueblo, creando un falso ambiente de pasionalismo, más bien voluptuoso y sensual que sincero. Las canciones sencillas en que se exaltaran las pasiones más nobles como el amor a la patria, al trabajo, al amor filial, son muy escasas y más bien de origen exótico, de modo que no puede decirse que formen parte de la antología y de la música ecuatoriana. La música elevada, sea la religiosa, sea la que se ha llamado de salón, no ha tenido en el Ecuador cultivadores que merezcan mencionarlos. Aunque los habitantes de la ciudad de Quito gozan de fama de aficionados a la música, y lo son en efecto, no ha habido hasta ahora sinó compositores medianos que no han logrado sobresalir, ni siquiera en un arte de imitación y buenos ejecutantes, pero no verdaderos artistas. Por otra parte, si los Gobiernos han prestado escaso apoyo al desarrollo de las letras, ha sido mucho menor el que han dado a las artes y a las ciencias: se ha iniciado es verdad una reacción sensible y sería de esperar el resultado de la nueva orientación para saber si con este impulso toman vuelo las facultades artísticas de

nuestro pueblo. Por lo demás es bien conocida la opinión de Le Bon, de que la prosperidad de éstas no se halla en relación ni con la mentalidad, ni con el adelanto material de los pueblos. En épocas de decadencia, las artes han florecido en tanto que, en pueblos, donde la actividad material se ha manifestado pujante y soberbia, las artes y las letras sólo han tenido escasos cultivadores, dignos de ser tomados en cuenta, sin duda porque la actividad cerebral estaba absorvida por otras atenciones: durante el Renacimiento de Italia se inicia la decadencia de los principados de la Península, el siglo de oro español corresponde a la época de los Austrias y la Alemania actual no ha producido un Gothe ni un Schiller como en los tiempos napoleónicos en que el país estaba dividido y subyugado. El ideal de la civilización sería aquel en que, junto con el desarrollo industrial y comercial y el buen orden en la administración pública, florecieran las artes, las ciencias y las letras, pero este perfecto equilibrio no siempre se verifica y hartos ejemplos de ello nos presenta la historia. Debemos considerar, pues, que el progreso material o moral no está ligado al orden político y que no siempre la prosperidad de un pueblo ha de medirse por uno sólo de estos factores. Lo interesante para la psicología colectiva es conocer las tendencias y el sentido artístico que es lo que dá la medida de la capacidad mental de una raza.

CAPITULO XI.

Las costumbres.

No hay cosa que revele más la índole y el carácter de los habitantes de un país, así como el grado de su adelanto y cultura, que las costumbres, tanto públicas como privadas, porque en ellas se reflejan el modo de ser y la mentalidad de los pueblos. Por eso interesan tanto las descripciones de los viajeros que pintan las costumbres de los países que visitan y es esto uno de los capítulos más interesantes de la vida humana. La descripción de las costumbres de nuestro país se reduciría a reproducir la de muchos otros pueblos de los llamados criollos, salvo ligeras diferencias debidas aquí también, más a la situación topográfica que a la educación, puesto que ésta ha sido común y semejante en la mayor parte de los pueblos de la raza hispana.

Durante la colonia la vida se deslizaba en medio de fiestas religiosas, que eran, puede decirse, las únicas que alteraban la monotonía de la vida y con ellas se festejaban, lo mismo los días señalados por la iglesia como tambièn el nacimiento o matrimonio de algún príncipe o princesa o el advenimiento de un nuevo rey. No es de extrañar pues que aunque tediosa y aburrida por regla general, fuera semejante a la que nos describen en sus comedias y novelas picarescas los autores de los siglos XVI y XVII, es decir llena de galanteos, de intrigas amorosas, de disputas y querellas, entregados los hombres al juego y a los amoríos y las mujeres a las aventuras de tapadillo y a la devoción. Todo esto cubierto por supuesto con un velo de rigidez y mogigatería conventual no obstante lo cual existían realmente casas coloniales donde la rigidez era real y verdadera y donde la virtud, si virtud es la abstinencia, se practicaba rigurosamente.

El amor al lujo y a la ostentación fué cosa importada de España y que ha quedado muy impresa en el carácter criollo y a pesar de la dificultad de las comunicaciones y de las trabas puestas al comercio traíanse de Europa mayor cantidad de cosas y objetos fútiles que de utilidad y verdadero provecho: en todo lo demás reinaba la frugalidad y aún la miseria y el hogar colonial no conocía el confort; otra de las características trasmitidas hasta nuestra època y que poco a poco va desapareciendo. El indio era cosa aparte: ya le hemos visto viviendo entregado al trabajo forzado, ignorante y abyecto, embriagándose por todo placer y vegetando en una vida de esclavitud y de miseria. Las costumbres coloniales de las cuales aún

quedan rezagos han evolucionado mucho y la facilidad de las comunicaciones, la llegada de extranjeros que se han domiciliado en el país, el número relativamente grande de nacionales que han salido a visitar los países más adelantados, la disminución del analfabetismo y la difunción de la lectura por la publicación de libros y periódicos, han ido al par que cambiando poco a poco la mentalidad del pueblo, borrando los restos de barbarie y de atraso en las costumbres, sobre todo en las populares, aunque aún perduren algunas en la masa general de la población y en determinados puntos del país.

Al decir Blanco Ibáñez que el español en América se hizo indio, ha querido significar que se asimiló en gran parte a la manera de ser de las costumbres indígenas, y en nuestro país esta afirmación es fácil de comprobar por el sello verdaderamente incásico que ciertas costumbres tenían en la Sierra y que han perdurado hasta nuestros días sobre todo en las pequeñas poblaciones. Nos referimos especialmente a las corridas de toros, a las fiestas de danzantes y a los disfraces usados principalmente en la capital durante largos días, desde el 28 de Diciembre hasta el 6 de Enero del siguiente año, es decir nueve o diez días sin tomar en cuenta los del carnaval, cuyo juego un tiempo general como en toda la América española, va desapareciendo y modernizándose a medida que se difunde la educación. Las corridas de toros no eran en nuestro país, y no lo son aún, fiestas en que el valor personal se pone de manifiesto, lo mismo que la gracia, la destreza y el arrojo de los lidiadores, sino algo repugnante y salvaje. Un toro con los cuernos embolados por medio de sendas bolas de lana aseguradas en sus puntas y cubierto con una colcha o gualdrapa de vistosos colores, a la cual iban adheridas monedas de oro y plata, era soltado en medio de un cercado en el cual se precipitaba una muchedumbre abigarrada de indígenas que lo hostigaban y acosaban arrancándole las monedas y las gualdrapas, en tanto que el toro en medio de la algarabìa de la muchedumbre arrojaba por los aires algunos indígenas, atropellaba a otros, pisoteaba a aquellos y algunos salían maltrechos y mohinos hallando la muerte a causa de las contusiones. Esta clase de corridas de toros, si así pueden llamarse, aún se ven en los pueblecitos y villorrios de indios de las quiebras de las cordilleras y aún en una que otra cabecera de cantón, a pesar de estar prohibidas por las leyes, gracias a la tolerancia de algunas autoridades que siempre buscan con ello algún provecho o algún medro.

Los danzantes se veían en las procesiones religiosas y eran cuadrillas de indios vestidos de un modo extravagante y abigarrado, pintarrajeado el rostro, que al són de un tambor iban bailando rítmicamente y golpeando en el aire unos palos de los que iban amarrados, a manera de esgrima, y que recuerda las danzas religiosas y guerreras de los pueblos primitivos. Como la anterior costumbre, aún subsiste èsta en las pequeñas poblaciones indígenas, a pesar de

todos los esfuerzos que se han hecho para extinguirla, pero el fanatismo de los indios y su apego a lo tradicional ha provocado fuerte resistencia, al extremo de amotinarse si alguna autoridad o algún cura de pueblo ha querido impedir que se verificase dicha fiesta. Los disfraces o mascaradas del carnaval tenían asimismo un sello de barbarie que recordaba la primitiva de los indígenas infiltrándose en la vida criolla a través de las traídas e impuestas por los conquistadores españoles. En la mayor parte de las veces no se trataba de trajes elegantes y de mascaradas que dejaran adivinar la espiritualidad, la gracia y el buen gusto, sino groseros disfraces de mono, de indios salvajes y de los llamados padres belermos, que recorrían las calles de la población ebrios, tambaleándose y ostentando su ridícula figura. Esta costumbre era casi exclusiva de la Capital, pues en las ciudades provincianas y en la Costa no se la observaba.

El último dìa de Inocentes y al rededor de la plaza principal establecíanse mesas con ventas de refrescos, comidas y bebidas alcohólicas y al són de una banda militar se bailaba desenfrenadamente hasta la madrugada, quedando la plaza cubierta de cuerpos de borrachos como resultado de aquella noche de orgía y de libertinaje. Las máscaras se han ido adecentando y modernizando y poco a poco van desapareciendo los disfraces ridículos y estrafalarios: pero la política que en todo interviene, muchas veces para daño de la moralidad y perjuicio de las buenas costumbres, ha hecho que ciertos gobiernos ansiosos de grangearse popularidad en las clases bajas halaguen sus instintos y gustos plebellos permitiendo las fiestas antedichas como un medio de ganarse la voluntad popular. Además, las Municipalidades no se han preocupado de modernizar y procurar la transformación de esas costumbres estimulando la decencia y originalidad de los disfraces, prohibiendo la venta de alcohol y estableciendo bailes de máscaras populares fuera de las plazas públicas. El carnaval era y continúa siendo jugado, arrojando agua y embarrándose los jugadores con polvos de colores y a veces con las sustancias más extrañas como harina y huevos, lo que les dá aspecto repugnante y ridìculo. En Quito y Guayaquil, las clases elevadas van adquiriendo las costumbres europeas de arrojar flores, confites y serpentinas, pero en los barrios bajos y en los suburbios, continúa jugándose como antes, a pesar de todas las prohibiciones de la policía que no son obedecidas. Las demás distracciones públicas populares se reducen, sobre todo en la Costa, a las carreras de caballos y a las lidias de gallos, en las cuales se hacen grandes apuestas de dinero. Los juegos populares son principalmente el de la pelota y en la actualidad el «foot ball» que importado recientemente se va aclimatando en todo el país aún en las clases trabajadoras. Aparte de esto y de las modernas distracciones de teatro, los circos de acróbatas y las funciones de cinematógrafo, que sólo se dan en las ciudades de Quito y Guayaquil únicas que tienen teatros, y ocasionalmente en las ciudades de fácil

acceso, el resto del país carece de distracciones y vive sumido en una monotonía triste y carcomido por el tedio y el aburrimiento. No es extraño que en las clases populares el alcoholismo esté tan generalizado, pues ellas buscan en él toda distracción y lenitivo a sus dolores y a su cansancio del trabajo. Al estudiar las plagas sociales veremos la extensión y las proporciones que alcanza este vicio en el Ecuador, uno de los mayores males que afligen a nuestro país.

Muchas de las costumbres privadas que antes existían, sobre todo en la Sierra, han ido borrándose poco a poco, pero la vida puede decirse que es casi uniforme y sin variación alguna, pues si las fiestas y diversiones públicas son escasas, las privadas son más numerosas y se reducen a uno o dos bailes anualmente en el Casino o Club de alguna de las capitales de más importancia y a las reuniones privadas que una o dos veces por año se celebran en cada casa con motivo del cumpleaños de algún miembro de la familia. Estas reuniones, si se verifican en las casas de gente perteneciente a las clases cultas y elevadas, tienen todo el boato y la corrección que exige una fiesta social entre personas bien educadas, pero en las clases medias é inferiores y en el pueblo, bajo la influencia del alcohol, se convierten en groseras orgías, de las cuales muchas veces no salen bien librados los concurrentes, pues se producen escándalos y reyertas en los que el garrote y los puñetazos hacen principal papel. No hablemos de las fiestas de indios, pues éstas se reducen a beber chicha y aguardiente y a bailar los monótonos trensados denominados san juanitos y a cantar los tristes y melancólicos yaravíes que son la música predilecta de la raza. En la Costa, el montuvio o campesino, es naturalmente alegre y juerguista y es raro que en los domingos en campos y poblados no se celebren con el menor pretexto bailes y reuniones que terminan como las anteriores con el aditamento de que el montuvio, que nunca deja de llevar el machete pendiente de la cintura, lo saca a relucir y fórmanse grandes algaravías y verdaderas batallas al arma blanca entre cuadrillas de campesinos beodos, de los cuales muchos salen heridos y alguna vez alguno de ellos muerto. Estas riñas son cosa frecuentísima y la falta de policía en los campos y poblaciones retiradas, permite que queden impunes y sin represión alguna. Las riñas en las ciudades son menos frecuentes, pero no dejan de producirse los domingos y días de fiesta, teniendo por origen las mismas causas que las anteriores. El culto al valor personal, muy desarrollado entre nosotros, exalta la matonería campesina lo mismo que la urbana y en los barrios bajos engendra rivalidades que terminan con escenas de sangre. Mucho se ha declamado contra la brabuconería, pero los atavismos ancestrales por una parte, la mala educación por otra, el ambiente favorable en la clase popular y por último la utilización que se hace de estos elementos nocivos para las luchas políticas hacen que este vicio persista a despecho de todo lo que se predique contra él.

La vida social es como se ha visto muy reducida y las relaciones se cultivan floja y recelosamente en una sociedad llena de odios y prejuicios. En la Sierra más que en la Costa estas relaciones son más fecuentes, más cordiales y afectuosas, pero bajo esta capa de disimulo y de fingido afecto se ocultan muchas veces las pequeñas intrigas y enemistades y las insidias propias de una sociedad retraída y gasmoña. En diversas ocasiones se ha tratado tanto en Quito como en Guayaquil, de establecer que las clases acomodadas dieran por turnos reuniones sociales; pero despuès de algunos ensayos casi siempre ha fracasado el intento, y la costumbre no ha llegado a establecerse. Las fortunas no son en el Ecuador sino muy medianas y es muy rara la que podría soportar el gasto que ocasiona una vida de bailes y saraos. En las ciudades de la Sierra y en las pequeñas de la Costa donde la vida es más íntima, los paseos a los campos y las cabalgatas constituyen unos de los motivos de diversión y de reuniones sociales; pero en ciertos pueblos de la Sierra aún esta clase de diversiones toman un aire repulsivo y grosero por el abuso del alcohol. En las demás relaciones de la vida diaria el trato personal es franco y desinteresado, muy cordial y expansivo. Pero no se pasa de allì, del trato de la calle a la intimidad del hogar hay mucha diferencia y este último no siempre está dispuesto a abrirse al extraño. La falta de reuniones colectivas hace más íntima y estrecha la vida de familia. Sólo en Guayaquil y Quito pueden hallarse trasnochadores pasadas las 10 de la noche; en las demás ciudades la vida es conventual y con excepción de alguna partida de mozos alegres que rondan, dando serenatas, o de empedernidos jugadores que se desvalijan en alguna chirlata, las calles están mudas y silenciosas pasadas las ocho de la noche y sin luz y cerrados los escasos cafées o tabernuchos que en el país llaman estanquillos. La vida en el hogar ecuatoriano varía un tanto en las dos regiones en que está dividido. En la Costa, las casas por razón de la consistencia del suelo son de madera y su disposición un poco diferente de las de la Sierra; por lo general son de dos pisos y en el interior tienen un portal o galería sostenida por estantes o columnas, el cual sirve para el tráfico, en vez de aceras, protegiendo así a los transeuntes de los rayos del sol y de la lluvia. El piso inferior está destinado a habitaciones para la gente menos acomodada o almacenes de comercio, cafées, restaurantes, etc., en tanto que el superior, claro, mejor iluminado y aireado, se halla destinado a habitaciones del propietario o de familias más acomodadas. La disposición de estas casas es la de un patio lateral y de una ala de edificio en el cual a lo largo de un corredor se abren las puertas de las habitaciones, quedando al final el comedor y la cocina. Las habitaciones que dan al frente de la calle son la sala de recibo y uno o dos dormitorios. Se deja entre el cielo raso de las habitaciones y la techumbre un espacio vacío, pero desgraciadamente por la falta de luz

y de buena ventilación se convierte en nidos de ratas lo mismo que las paredes, que cuando se hacen huecas de bambú revestido de tierra apisonada y cubierta luego de papel tapiz, son otros tantos criaderos de estos roedores y de insectos de diversas clases. En los campos generalmente se deja sin edificar el piso bajo ó bien se lo destina a bodega ó depósitos. En la Sierra las casas son de ladrillos o de adobes y su arquitectura casi uniforme tiene la distribución de un edificio levantado al rededor de un patio central: los pisos que generalmente son de ladrillos se recubren de esteras y alfombras más sucias y polvorientas aún, refugio de pulgas y otros insectos y almacenes de polvo que se levanta con el barrido que aún se tiene la antihigiénica costumbre de hacer en seco. En Guayaquil y en Quito, mucho más recientemente, las casas están provistas de baños y retretes inodoros, pero en los suburbios de estas poblaciones y en todo el resto del país este es un lujo desconocido, pues faltas casi todas las ciudades de canalización y de desagües, las inmundicias se arrojan ya en pozos negros ya a las acequias que corren al borde de las aceras, ya a estercoleros y aun a los patios que se convierten en pocilgas. Ya por los rigores del clima, ya también por un grado mayor de adelanto o por natural instinto, los habitantes de la Costa tienen mejor higiene corporal que los de la Sierra. El calor los obliga al baño con mayor frecuencia y a falta de establecimientos especiales, la abundancia de ríos y arroyos les sirve para satisfacer esta necesidad. Pero en la Sierra, donde la temperatura es muchas veces agria y destemplada por el viento frío que sopla de las cordilleras, hay verdadero horror al agua y los baños se toman con una parquedad inverosímil teniendo la gente imbuídos acerca de ellos multitud de prejuicios considerándolos maléficos para la salud si no se toman en determinadas y absurdas condiciones como la de que sea impar el número de baños que se toman en ciertas temporadas. A esto se añade que de alto a bajo en todas las clases sociales el cambiarse a menudo de ropa es considerado como un lujo, y se comprenderá que esos cuerpos se encuentran plagados de aquellos animaluchos que Sancho sacaba con tanta abundancia al meter la mano bajo la corva en la aventura de los batanes.

Esta abundancia de parásitos y animales chupadores de sangre es general y de lo más extendida en toda la Sierra; pero principalmente en la clase indígena, y se comprende la repugnancia que causa a los extranjeros que visitan el país al extremo que uno de ellos, el Capitán de Artillería Delbecque, escribe que no ha visto una suciedad más repulsiva en ningún otro país del mundo y que bajo este punto de vista, la planicie interandina del Ecuador sólo puede compararse con la China. La Costa mismo no se vé libre de los tales bichos ni sus habitantes dejan de ser portadores de ellos, pero no con la abundancia e indiferencia que los de la

Sierra que parece se hubieran acostumbrado a considerarlo como huéspedes habituales. Esta falta de higiene hace posible la trasmisión de las enfermedades infecciosas y aunque por fortuna, amén del paludismo y de la fiebre amarilla, no existe en el país otra enfermedad por los insectos que la peste bubónica: ésta se ha ido diseminando poco a poco y llegando a las poblaciones de la Sierra, en las que a pesar de la falta de higiene no ha hecho serios estragos, quizás debido a la bondad del clima. Sinembargo, la invasión de esta enfermedad ha servido de acicate para que se piense un poco más, tanto en la higiene pública como en la privada; pero aún faltaría mucho que hacer y una larga y paciente educación para lograr que en las costumbres el aseo tuviera una parte principal y predominante. Se trata de vieja y muy arraigadas preocupaciones, de gasmoñerías que datan de la época colonial y por lo tanto en un pueblo tan tradicionalista será bien difícil estirparlas. No es sólo el aseo de los cuerpos y vestidos lo que deja que desear sino también el de las habitaciones. El barrido de éstas que se hace en seco y la costumbre de escupir en el suelo trasmiten por intermedio del polvo los gérmenes de la tuberculosis, enfermedad que en la Costa hace más estragos que las infecto-contagiosas. El desaseo y la falta de higiene de las casas se trasmiten a las calles que las municipalidades descuidan y que generalmente son mal empedradas y carecen de pavimento y en ellas se hacinan basuras y desperdicios cuya recolección se hace imperfectamente y sin la presteza y oportunidad debidas.

Por otra parte, la falta de declive y de canalización en la mayor parte de las poblaciones de la Costa permite la formación de pantanos y lodazales durante el invierno, de tal modo, que las calles se vuelven intransitables y en estos pantanos se crían multitud de mosquitos, entre otros los trasmisores del paludismo, por lo cual esta estación es la más malsana del año. Las ciudades de la Sierra, están pavimentadas, pero su pavimento hecho con piedra menuda es muy imperfecto y el aseo se hace tan mal como en las ciudades de la Costa. Son muy raras las calles plantadas de árboles y sólo en Guayaquil se encuentran algunas; pero cosa irritante y verdaderamente reprobable, una gran parte de la población tiene horror al arbolado y le hace una guerra declarada: en primer lugar las niñas casaderas y las mamás, alegando aquellas que no les dejan ver desde el balcón al novio que rondan por la calle, y éstas a los transeuntes que pasan y de los cuales murmuran. Luego ciertos señores que tienen la errada creencia de que el mosquito se cría en ellos, y así es frecuente que el intentar la Municipalidad sembrar de árboles una calle el mismo vecindario arranque las estacas y aún destruya los ya crecidos. De este modo, en una ciudad que por su situación en la zona tropical tiene un clima ardiente y caluroso, el árbol que no sólo debía ser mirado como un adorno sino

como un defensor de la salud que detiene el polvo de las calles y una fuente de oxígeno, un refugio para el paseante que podría encontrar sombra y frescura, es tenido como un estorbo y perseguido como un criminal por los mismos a quienes beneficia. Este horror al árbol no es más que un indicio de atraso y de ignorancia de la masa social que no le permite percibirse de las ventajas que ellos proporcionan a las habitaciones. La alimentación se compone en la Sierra de legumbres y vegetales, frutas, hortalizas, leche, huevos y poca carne. Al contrario en la Costa la carne constituye la base de la alimentación, de tal modo que no falta de la mesa de los pobres, diferencia que no tendría razón de ser ya que la Sierra cría mayor cantidad de ganado de toda clase que la Costa y al mismo tiempo el clima impondría de preferencia la alimentación carnea en las alturas y la alimentación vegetariana en la región calurosa: es quizás otra de las causas de las diferencias en el carácter de los habitantes de ambas comarcas: los sociólogos é higienistas atribuyen gran importancia a la alimentación, pues según ellos los pueblos vegetarianos serían más humildes y apáticos en tanto que los pueblos carnívoros serían más enérgicos y emprendedores. La alimentación del indio es sobre todo muy frugal y consiste ante todo en patatas, maiz, coles, harina de cebada y como carne consume de preferencia la del roedor llamado cochinillo de indias ó cobayo que en la Sierra se designa con el nombre de cuy. En la Costa los vegetales que de preferencia se consumen son, el plátano, el maiz tierno que se llama choclo y la yuca ó casabe, el arroz y las patatas o camotes. El pescado se consume asimismo mucho en las poblaciones situadas a orillas del mar o de algún río, las frutas de los países tropicales que se producen con abundancia están al alcance de todas las fortunas. El número de comidas es generalmente tres por día; el desayuno al levantarse, el almuerzo al medio día y la merienda al caer la tarde.

Las comidas son, sino muy variadas, abundantes y bajo este punto de vista la alimentación no influye, a lo menos por la cantidad, en el modo de ser general. No puede decirse que la pobreza llegue al extremo de producir el hambre y si en la Sierra la pérdida de cosechas ha hecho encarecer las subsistencias, no se ha llegado a casos extremos, y hoy la mayor facilidad de los transportes, ha vuelto la penuria menos frecuente. Los vestidos de la gente pobre en la Costa son por regla general de telas de algodón; la clase media y las clases elevadas visten de casimires los hombres, y de tela de lana y seda las señoras. Las mujeres del pueblo se tocan casi siempre con la manta de lana negra que hoy se principia a abandonar por la mantilla a la usanza española. En la Sierra las indias visten sus anacos o follones de chillones colores y las cholas y chagritas faldas de lana negra y manta del mismo color. Los indios visten camisas y calzoncillos de liencillo blanco, doblado al hombro el poncho de color rojo y usan sombreros de lana que ellos

mismos trabajan. Las clases elevadas visten con gran lujo lo mismo que en la Costa.

El indio va casi siempre descalzo, el cholo o chagra usa ya alpargatas y en la Costa el uso del calzado es casi general en las clases pobres aun entre los campesinos, si bien estos reservan sus botas o zapatos para las fiestas domingueras. Es clásico el uso de los sombreros de paja toquilla o sombreros manabitas y en el campo el poncho, prenda indispensable que sirve de capa de abrigo contra el frío y de impermeable contra la lluvia.

En nuestro país, como en las demás naciones del continente, donde la población está formada por emigrantes europeos o descendientes de los conquistadores, por girones de las razas vencidas o esclavizadas, no es de extrañar que junto a las costumbres de los pueblos civilizados del viejo mundo, más o menos estereotipadas, se mezclen rezagos de la barbarie primitiva, de la cual, en muchos casos, han pasado estos pueblos rápidamente a un grado de cultura superior, pero cuya reciente adquisición testifica que aún es necesario que pase algún tiempo para que se afiance y fortifique en el carácter y en el modo de ser de los habitantes, modificando su psicología en lo que ellas pueden modificarla.

CAPITULO XII.

Caracteres psicológicos.—Los hispano-americanos tienen un carácter psicológico especial? —Diferencias y similitudes en los caracteres de las diversas naciones hispano-americanas? —El Ecuador forma un cuerpo de nación adoptado a un cuadro geográfico determinado?—Características psicológicas del conjunto de los ecuatorianos.—Diferencias según las regiones.

CASI no hay pueblo en la tierra que pueda alabarse de estar formado de individuos que tengan todos un mismo origen étnico, que pertenezcan a una misma raza: Jean Finot ha llegado aún a generalizar este concepto hasta las mismas razas probando que en el estado actual ninguna de ellas tiene caracteres antropológicos exactamente iguales en todos sus individuos debido a la mezcla de ellas, merced a las guerras, a las invasiones y a la colonización. Los pueblos más homogéneos están constituídos sin embargo por individuos de distinto orígen, lengua, costumbres y civilización. Inglaterra que por su situación ilesa fué uno de los pueblos donde las invasiones se verificaron con menos frecuencia y que llegó por tanto a construir su nacionalidad antes que los otros pueblos que poblaban la Europa, tiene no obstante diversos elementos constituyentes que aún conservan cierta separación étnica y social entre sí. En el concepto de raza y de pueblo no debe exigirse pues una igualdad absoluta en los caracteres antropológicos de los individuos que la forman. Para la primera es necesario sì, una serie de caracteres externos que establezcan un lazo de unión o de semejanza entre todos los individuos y para lo segundo más bien atributos espirituales o psicológicos y vìnculos políticos y sociales que mantengan unidos a los individuos que los forman; en esta virtud y a pesar de que el origen de los hispano-americanos es común a todas las naciones por ellos formadas, no puede hablarse de una raza hispano-americano. Además se trata de países en que la inmigración va transformando poco a poco los caracteres étnicos y en los que la fusión de las razas va haciéndose poco a poco y absorviéndose las unas a las otras; fundiéndose sus caracteres y constituyendo un mestizaje que dará al fin un pueblo formado por tres razas diferentes mezcladas en diversas proporciones. Hay algunos pueblos, como la Argentina, donde la cantidad de individues de raza blanca venido en los últimos tiempos, asì como sus descendientes inmediatos, forman los dos tercios de la población, predominando en ellos esta raza. Costa Rica, dice Garcìa Calderón, es una democracia de blancos. En cambio, en otros paìses, como Bolivia y México, los blancos están en minoría y la población indígena predomina sobre las otras, en tanto que en Santo Domingo y en el Brasil la raza negra constituye la gran parte de la población. Y sin embargo, a pesar de esta diversidad de mezclas de sangre no hay quien a prime-

ra vista no reconozca a un hispano-americano aún sin oirle hablar, cualquiera que sea el color de su piel y sus rasgos fisonómicos, ya se trate de un criollo descendiente de blancos puros, de un mulato o mestizo, sin que sea posible confundirlo con tipo de otra nacionalidad. Y esto que fisonómicamente no puede decirse que exista un verdadero tipo de hispano-americano en el cual se encuentren en forma equilibrada los caracteres etnológicos de las razas constituyentes. Psicológicamente es aún más grande su semejanza y así lo han admitido todos los sociólogos como Bunge e Ingenieros diferenciándose sólo por la cantidad y la proporción de sangre de tal o cual raza que circule por las venas de los individuos de tal o cual nacionalidad. Y esto que aún entre los pueblos de la razas constituyentes había diferencias psicológicas y aún étnicas bastante grandes, diferenciándose tanto un catalán de un andalúz como un azteca de un charrúa o un peguenchi y un quecha de un aimará o un mampuche.

Empero, es necesario considerar en esto la influencia de la superior mentalidad de la raza blanca sobre las otras dos razas constituyentes: los caracteres del pueblo español se ven reproducidos de una manera más o menos exacta cualesquiera que sea la proporción de su sangre que entre en la mezcla de razas. No se puede decir que un mulato o mestizo tenga en sus venas sangre española y a pesar de ello no se puede negar la afinidad en el modo de ser con el pueblo conquistador, ni aún se puede decir que no tenga los caracteres generales atribuídos a la entidad convencional que llamamos raza latina; así, aunque parezca ridículo en labios de un mestizo mexicano o de un mulato venezolano decir. «nosotros los de la raza latina», quien podría negar que ese mestizo o ese mulato piensa y siente a la latina? Esto prueba que más que nada es la comunidad mental y espiritual lo que sujeta a los individuos de un mismo pueblo y lo que atrae a los pueblos de origen y de educación comunes. La mezcla del español con la raza indígena de Amèrica dió por resultado un pueblo que tiene con nosotros un concepto particular del honor; que habla nuestra misma lengua y que siente y piensa y procede de un modo análogo al de los españoles, dice un autor español. Más que sus leyes y sus instituciones, la España nos dejó su espíritu y su educación y ésto y su lengua son los más fuertes vínculos que nos unen mútuamente con la madre patria. Bien pueden pues mulatos y mestizos considerarse hijos de España: hijos espirituales suyos son, aunque tengan en sus venas poca o ninguna sangre española; mientras su mentalidad no cambie, al tipo que más se semejará espiritualmente será al pueblo español. En efecto, su volubilidad que los vuelve fácil presa del entusiasmo y del desaliento alternativamente, su verbosidad, su espíritu abierto a las expansiónes, podrán no ser cualidades heredadas etnológicamente de un pueblo de origen latino pero, en todo caso, o por el hecho de ser semejantes á idénticas cualidades, características de muchos pue-

blos, los vuelven semejantes a ellos y fácilmente asimilables a su cultura. Es verdad que siempre existen grandes diferencias y yo me adhiero a la opinión de Bunge que cree que la falta de probidad y la hiperestesia de la aspirabilidad, son en ellos características: estas son por otra parte cualidades propias de advenedizos y como tales podemos considerar a los individuos de esta mezcla de razas.

De todas maneras, es innegable, la semejanza de carácter de los sudamericanos, a pesar de las diferencias que entre ellos pueden existir bajo el influjo de causas etnológicas, geográficas y biológicas, si como quiere García Calderón el tipo del hispano-americano debe ser el criollo descendiente de blanco de poca o escasa mezcla de sangre indígena, veremos que en una reunión donde se hallen individuos pertenecientes a las veinte repúblicas hispano-americanas, sus individuos, que pueden ser considerados como tipos representativos de su pueblo, presentan caracteres individuales que los diferencian entre sí pero que, en cambio, tienen cualidades semejantes que son comunes a todos ellos, aún fuera de la lengua y de las costumbres, que no varian gran cosa entre sí. Así pues si todos los hispano-americanos se parecen por su aspecto externo y por su modo de ser interno, parecería casi inútil e inoficioso describir caracteres psicológicos del pueblo ecuatoriano: pero como hemos dicho, siempre hay ligeras diferencias y es a éstas que nos vamos a referir haciendo la salvedad de que no pensamos que ninguna cualidad sea exclusivamente característica de nuestro pueblo. Ante todo cabe preguntarnos: entre el conjunto del gran pueblo hispano-americano, forma el Ecuador un cuerpo de nación adaptado a un cuadro geográfico determinado? Por este concepto entiende el insigne político don Joaquín Sánchez de Toca que para que un pueblo pueda constituir una entidad política independiente de las demás que la rodean, no sólo es necesario que sus individuos estén ligados por vínculos comunes de lengua, religión, costumbres, instituciones e intereses comerciales, leyes, etc., sinó también que la extensión geográfica en la cual viven este separada de las demás por accidentes que la limiten y dividan formando una como barrera o división natural que permita a sus habitantes saber hasta donde va su suelo patrio. Es verdad que la expansión de los pueblos, por el aumento de población, hace emigrar a sus individuos y romper las barreras de la naturaleza salvando estas vallas el pueblo que más crece en población, y de aquí nace una conquista pacífica que, intereses comerciales o de otra índole han convertido, más de una vez, en conquista guerrera: pero, a pesar de esto, queda en pié la afirmación del poeta que dice: no sucumben los pueblos que caigan. Los pueblos que han logrado afirmar su nacionalidad, que tienen una historia y una tradición, no mueren por las guerras de conquista: testigos Polonia, Alsacia y Lorena y las provincias irredentas de Italia, todas las cuales mantienen vivo aún su espíritu nacional. Aun los inmigrantes

que abandonan su tierra natal, expulsados más de una vez por el hambre y la miseria no olvidan nunca el terruño y el lugarejo en que nacieron por pobre y mísero que sea y solamente debido a causas sociales o económicas pueden resignarse a morir en suelo extraño pero, espiritualmente, siguen perteneciendo a la nacionalidad que les dió origen, con la cual, más de una vez, no les liga ningún vínculo, ni político, ni económico, ni simplemente afectivo y sí. sólo el sentimental de los recuerdos de la infancia y de la juventud y talvez el de la tradición de muchos años. Dice Lamartine que las nubes toman las formas de los países que atraviesan y en realidad sólo el suelo de la patria puede ser considerado como el propio solar: toda otra tierra donde se levante un nuevo hogar podrá llegar a ser un lugar querido pero nunca equivale a aquel en que se nació, aún los antipatrióticos y los cosmopolitas no pueden menos que confesar esta verdad. Los ingleses que emigran al Canadá, a la Australia o la Nueva Zelandia podrán trasformarse en canadienses, australianos o neo-zelandeses pero, no miran el suelo de su nueva patria con el cariño y el respeto que el de la vieja Inglaterra. Los españoles que emigran la América podrán olvidarse de España y no regresar más a ella pero, nunca mirarán la nueva tierra de la misma manera que consideraban a la antigua Boutmy hablando del sentimiento de patria en los Estados Unidos dice que los americanos, sobre todo los inmigrantes recién llegados o descendientes inmediatos, miran a su patria como una criada fiel y trabajadora que les sirve bien pero, no como los europeos que la consideran como una abuela o una ascendiente anciana cargada de hijos, de virtudes y merecimientos.

El suelo, la configuración geográfica, influye mucho para la conglomeración de los hombres bajo un sólo gobierno y unas mismas leyes. La frase, ya no hay Pirineos, no ha podido ser nunca verdad en la historia a pesar de todas las invasiones y de todas las guerras de conquistas; y la historia de la formación de los pueblos europeos, que es la que conocemos desde más antiguo. nos está diciendo que a pesar de ellas subsisten casi las mismas divisiones políticas que en la antiguedad, correspondiendo a determinadas regiones, limitadas por los mismos accidentes geográficos y ligadas tradicionalmente por los mismos vínculos, cualesquiera que sean las variaciones que en la raza, en las costumbres y en las leyes hayan introducido esas guerras y esas invasiones.

La misma historia así como la tradición, la homogenidad de la población, las costumbres y la configuración geográfica, nos demuestran que dentro del conjunto de los pueblos hispano-americanos, el Ecuador forma un cuerpo de nación incorporado a un cuadro geográfico determinado. En efecto, tanto en la época incásica como durante el coloniaje; más tarde, durante la Gran Colombia y después, como república independiente, el Ecuador, desde los más remotos tiempos de su existencia como nación, ha tenido más o menos los

mismos límites. Los pueblos indígenas que lo han habitado han sido todos afines o se han fusionado bastante íntimamente para formar un sólo pueblo diferenciándose en cambio la nación Cara o Quitu de la nación Muishco por el norte y de los quechuas peruanos por el sur, cuya lengua, gobierno y costumbres solo tomó después de la conquista por el inca Huaina Capac. Los ríos Mira y Macará, los páramos de Cumbal, y los desiertos arenales del norte peruano aislan por el norte y por el sur, perfectamente, nuestro territorio. Es en verdad que las poblaciones limítrofes tienen ciertos puntos de contacto y semejanza con las aledañas de las naciones vecinas, pero esto sucede con las poblaciones fronterizas debido a las relaciones comerciales que siempre existen y a la igualdad de usos y costumbres en determinada región. Sin embargo siempre se puede, a pesar de su somejanza, distinguir perfectamente un habitante de la provincia de Loja de uno del norte del Perú y un carchense de un colombiano de Túquerres o de Ipiales: basta la anchura de un río para marcar estas diferencias en el carácter de los habitantes. Por lo dicho podrá verse que los pobladores del Ecuador pueden ser distinguidos de los de las repúblicas vecinas, de la misma manera que es muy fácil decir cual es un chileno y cual es un argentino: el temperamento, los modales, el acento de la voz, son suficientes. Pero, no es esto solamente en su aspecto externo, sino también, en sus cualidades internas. Ahora bien, ya hemos hablado de las cualidades generales que se atribuyen a los hispano-americanos y que según Bunge, recordamos que son tres, derivadas de las características de las tres razas que combinadamente han dado origen al actual pueblo hispano-americano, a saber: la pereza, la tristeza y la arrogancia. Estas tres cualidades se encuentran perfectamente reproducidas en la mayor parte de los ecuatorianos, pero, principalmente, en los que habitan en la meseta central de los Andes. A ellos habría que añadir la volubilidad del carácter, siempre dispuesto a fáciles entúsiasmos. seguidos de rápidos desfallecimientos de la voluntad, la ligereza, hija de la anterior y la imprevisión que acaso nazca de la pereza. En un estudio del Dr. Belisario Quevedo acerca de la influencia del medio geográfico de los habitantes del Ecuador, se pregunta por qué los que viven en el clima templado en las mesetas altas no tienen las cualidades que se asignan a los habitantes de estos climas, es decir: franqueza, libertad, buen gusto, actividad. Para el citado autor, la causa sería el clima siempre igual y uniforme, una primavera perpetua según dicen nuestres escritores. Para él, el clima de la sierra ecuatoriana seria una especie de Cápua que enervarìa las facultades individuales y las energías colectivas. Mientras tanto, es en la región caliente donde se observa en condiciones completamente diversas, según los geógrafos, la mayor actividad, franqueza y energía en la lucha por la vida y en donde se desarrollan con mayor vigor las facultades individuales y la energía

colectiva. En nuestro concepto son factores más complejos los que intervienen para determinar esta manera de ser en la modalidad de los habitantes de las dos regiones del Ecuador. En primer lugar, no todo el clima de la Sierra puede llamarse templado: los valles y las mesetas de altura media tienen en verdad una temperatura semejante a la del clima de Europa pero, en cambio, las altas planicies tienen un clima frío y si las poblaciones pueden considerarse como gozando de una primavera perpetua, los campos en cambio tienen variaciones de temperatura y fenómenos metereológicos imprevistos a cada paso. El Dr. Quevedo atribuye a la monotonía del clima el aburrimiento de que están afectados los habitantes de la Sierra, sin contrastes climatéricos debido a la falta de estaciones. A mi modo de ver hay que tomar en cuenta primero, el factor étnico y mirar en la tristeza, característica de toda la raza, una de las causas de ese aburrimiento, y en segundo lugar, antes que el factor clima es necesario mirar el factor ambiente geográfico, el paisaje, que influye grandemente en la psicología de los habitantes de una región. El serrano es en efecto taciturno, melancólico, muy predispuesto al misticismo, de aspecto meditabundo y de carácter receloso y desconfiado pero, en cuanto a la pereza y el aburrimiento no lo comparten por igual y se diferencian bastante según la raza, la clase social y el lugar donde habitan, A pesar dé la innegable pereza indígena, los indios campesinos son mucho más laboriosos y trabajadores que los mestizos y los blancos de las ciudades. Las clases medias son las que principalmente suministran mayor contingente de desocupados y empleómanos que constituyen el proletariado de levita que en la Sierra se denomina «chuya-levismo». En cambio la agricultura y la ganadería y las pocas industrias de la Sierra están casi exclusivamente en manos de los indígenas que además ejercen en las ciudades la mayor parte de los oficios más pesados. La aridéz del suelo no produce cosechas tan abundantes que suplan con su cantidad la escasa valía de los productos y la corta extensión de las tierras cultivables; además, la rutina y el empirismo con que se la cultiva no permiten obtener cosechas que puedan ser exportadas de modo que la riqueza traiga el bienestar y el contentamiento a los habitantes de la región. Por otra parte, la falta de caminos, la dificultad para construirlos que exige sumas relativamente grandes que muchas veces no se compensan con la exiguedad de los productos que hay que transportar, ha impedido el desarrollo de la industria volviendo difícil, sino imposible, el transporte de materias primas y de maquinarias al travez de los rizcos y quiebras de la alta cordillera de los Andes y ha utilizado las energías de muchas generaciones mantenidas, por otra parte, en la ignorancia y en la aversión al progreso por una educación eclesiástica que en los tiempos coloniales era escatimada y sólo se daba a los priveligiadas clases sociales.

Argueda al hablar de la tristeza, de que lo mismo que el nues-

tro, está afectado el pueblo boliviano, piensa que la melancolía inmensa de la puna y la grandiosidad aplastante de los altos nevados influye en el carácter de los habitantes: En Bolivia dice, todo es grande, sólo el hombre se encuentra pequeño ante los inmensos accidentes de la naturaleza. Una escritora española que recientemente nos ha visitado, doña Concepción Jimeno de Flaquer, escribe hablando del carácter de la Sierra ecuatoriana, que se semeja a los grandes volcanes de la cordillera cubiertos de nieve y al parecer graciales y tranquilos pero, ardiendo el fuego en sus entrañas y siempre dispuestos a estallidos de violencia y de furor. La observación es muy real, pues el serrano bajo su aspecto glacial y apático es quizás más vehemente que el habitante de la Costa y tan pronto como él a contagiarse con los entusiasmos. Pero, hay dos cualidades más que le son características: la una de origen telúrico y debida también a causas económicas, la otra común a muchos pueblos hispano-americanos. Los habitantes de las montañas de suelo pobre y árido son en general tacaños y nuestros serranos lo son en grado sumo. La pobreza del suelo explica esta cualidad más asentuada en las clases proletarias que en las clases acomodadas, que más de una vez se muestran derrochadoras y expléndidas pero, generalmente solo en lo ornomental y externo, cualidad heredada de la raza hispana. Altamira dice que desde los tiempos de la reina Isabel la Católica se notaba en los españoles la tendencia a un gran lujo en los vestidos y en las fiestas que contrastaba con la falta de confort en las habitaciones y el aspecto mísero de las ciudades. Este también es un defecto común en muchos pueblos hispano-americanos pero, muy acentuado en la Sierra del Ecuador. La tacañería de sus habitantes es cosa explicable y aunque ella produzca cierto apocamiento en el espíritu de empresa, en cambio, los hace económicos y les da cierto espíritu de orden y de previsión merced al cual pequeñas fortunas constituídas por un pedazo de tierra de pan sembrar, alcanzan para mantener a una familia que no cuenta con otros recursos de vida.

Desgraciadamente, y esto es un defecto que coincide con el que Argueda reprocha al puebló de su país, el ahorro se estanca por que la desconfianza y el recelo hacen que los habitantes de la Sierra no guarden el dinero en cajas de ahorro o instituciones de crédito, quedando así improductiva y estancada una parte de la riqueza que en otros países es fuerza qué impulsa el movimiento comercial e industrial. La quiebra de dos o tres instituciones ha venido a aumentar la desconfianza que inspiran al pueblo que prefiere guardar bajo una olla de barro o en el rincón de una choza los ahorros juntados de centavo en centavo para comprarse una cuadra de terreno y algunos animales, anhelo supremo, perseguido por los indígenas. Pero, esta forma de ahorro, es común, aún a las clases medias y elevadas, a menos que no practiquen la usura, cosa muy frecuente en la Sierra

donde el dinero de los ricos explota a cada paso las miserias de los pobres, después de haberse formado á expensas de su sudor y de sus fatigas.

La megalomanía es más bien dicho megalología porque es la expresión de las palabras que se nota principalmente: la mayor parte de las veces la palabra empleada no corresponde a la idea o al objeto a que se la aplica. En la provincia del Azuay es donde puede notarse mejor este defecto del carácter que en realidad corresponde a un estado psìquico especial de la mentalidad y que se nota a cada paso aún en los modales, en la literatura, en el periódico, etc. Los vocablos estupendos, inmenso, magnífico, colosal, hermosísimo, bellìsimo, son empleados a cada momento y las más alambicadas figuras de retórica se emplean aún en el lenguaje corriente. Hay frases de muletillas que forman una especie de depósito de tópicos y de lugares comunes de los cuales se echa mano a cada paso: las inmensas moles de los Andes, el gigantezco Chimborazo o las inmensas selvas orientales; la belleza y la hermosura de nuestros paisajes que no tienen rival en el mundo, la bondad de nuestro clima, etc., etc., constituyen ideas preconcebidas a fuerza de ser repetidas diariamente de tal modo que han llegado a ser predicados de verdad en la conciencia de la muchedumbre. Nuestra pobreza no nos permite tener edificios que verdaderamente puedan llamarse suntuosos y obras públicas que sean maravillas de arte o de ingeniería: más, sin embargo, cualquiera de nuestros oradores califica de magnìfico palacio a un vulgar caserón de ladrillo o de inmensa conquista del progreso a una instalación de agua potable, construída muchas veces contrariando las leyes de la higiene y de la ingeniería, El aìre enfático con que se acompañan estas hipérboles y la discrepancia entre la realidad mirada desapasionadamente y las palabras de un orador o los versos fantaseados de un poeta dan un tinte más cómico a este defecto. La megalomanía engendra hasta cierto punto un misoneismo aldeano que felizmente no llega hasta la xenofobia, por el contrario, aún se llega a reconocer cierta superioridad en determinadas ramas del saber, en el extranjero, sin menoscabo del orgullo nacional. Por lo expuesto veremos los puntos de diferencia que hay entre los habitantes de la Sierra y de la Costa: estos últimos son de genio más alegre, locuáz y comunicativo, aunque más inconstantes y más imprevisores pero, más audaces en sus empresas; son también más levantiscos, despreocupados e iudisciplinados que los serranos, quienes son mucho más sumisos y pacíficos. Aunque el culto al valor personal, que engendra la matonería, es general en el país, en la Costa está más desarrollado que en la Sierra. Dada la situación ecuatorial de la región costanera podría creerse que el calor abrumador, las influencias telúricas de la humedad y la abundancia de lluvias, el excesivo brillo del sol y las enfermedades propias de los climas cálidos, podrían enervar las

energías de los costeños; pero, como lo hace notar muy bien Wolff, la corriente antárica, que baña una gran parte de las costas, determina una baja de la temperatura y regula las estaciones, haciendo que el clima, sin ser benigno, sea soportable, de tal manera, que como lo hace notar el mismo Wolff los extranjeros pueden dedicarse ocho y nueve horas al día a activos trabajos mentales como la contabilidad en las casas de comercio, sin fatiga ni debilitamiento. Los ríos navegables y la proximidad del océano que facilitan el comercio y la navegación y la feracidad del suelo, la riqueza de los productos cuyo cultivo retribuye ampliamente al agricultor, dan a los habitantes de la Costa más confianza en sí mismo, más alegría y más franqueza como lo hace notar el citado estudio del Dr. Quevedo. A esto debe añadirse el influjo de la inmigración extranjera que aunque relativamente pequeña es mucho más numerosa en la Costa que en la Sierra. Dentro de estas líneas generales el carácter de los habitantes de las cinco provincias de la Costa se diferencian muy escasamente, en cambio, en la Sierra hay más diferencia de provincia a provincia. Las del centro guardan determinadas características que la hacen distinguir un tanto de las del norte y de las del sur. Entre las provincias del Azuay y Loja que son vecinas hay notable diferencia entre sus habitantes, quizás a esto se deba que en la Sierra se encuentre mucho más desarrollado el regionalismo provincialista. Pero de todas maneras en la Sierra o en la Costa de norte a sur, puede decirse que, a pesar de los diversos influjos que ejercen contradictoriamente el clima de altura y de los llanos, la diversa mezcla de sangre y la desigualdad de ambiente, la convivencia bajo unas mismas leyes y una tradición común han impreso en los ecuatorianos características generales que le son comunes a todos ellos. Fuera de los defectos ya señalados y de otros debidos a la educación, de los cuales hablaremos al tratar de las costumbres; los ecuatorianos tienen también ciertas virtudes: son valientes, honrados, sencillos, frugales y hospitalarios. Pero estas cualidades que por lo demás son practicadas a la manera que lo hacen los pueblos primitivos, pueden desaparecer con la evolución de las costumbres y con las transformaciones que la mezcla de razas y el aporte de nuevos contingentes de sangre procedentes de otras latitudes. vengan a imprimir al pueblo ecuatoriano una nueva dirección en su modo de ser actual y que la educación cambie su mentalidad que como es bien sabido a la característica más fácil de várias en un pueblo. Así según sean favorables o nó las nuevas condiciones de vida, serán, descontando las influencias del medio ambiente físico,muy distintas las futuras cualidades que nuestro pueblo haya de poseer.

El continente americano es el que más cantidad de inmigrantes atrae y los pueblos actuales no pueden ser considerados como estables en su constitución étnica y en sus características psicológicas;

de allí que pensemos que el cambio de medio ambiente social influirá grandemente en el carácter de los hombres de mañana pueblen nuestro suelo.

Los sociólogos argentinos, principalmente Bunge e Ingenieros, con demasiada dureza a mi modo de ver, han reprochado a los hispano-americanos diferentes defectos que le son comunes. su falta de probidad, su holgazanería, resultados según ellos de la vanidad del negro, la arrogancia del español y la incuria del indio, su tendencia al embuste y a la simulación, frutos de la truhanerìa española que en los siglos XVI y XVII produjo la literatura picarezca de Cervantes, Hurtado de Mendoza y Quevedo y del disimulo del indio, su materialismo, producto de su escasa mentalidad, que no les permite tener ideales elevados y que sólo se enamoran de las ideas ó de las cosas de brillo ó relumbrón; su manera de considerar la vida ateniéndose á las condicíones actuales y, como resultado de ésto, la imprevisión, el descuido, el pesimismo y la tristeza. ¿Diremos que los ecuatorianos están exentos de estos reproches?—Ciertamente que nó y en realidad ellos son más o menos justos y bien fundados pero, hay otro que hacer a nuestra pueblo y que acaso sea la cualidad más característica del ecuatoriano y es la facilidad con que es presa del entusiasmo y con que acomete empresas que al día siguiente abandona, olvidándose luego de ellas.—Por causa de esta incoustancia muchas instituciones han venido a menos y muchas iniciativas se han perdido al día siguiente de lanzadas y acogidas con gran calor y ardimiento. Cierto es que otros pueblos tienen igual defecto, pero en nosotros espasmos convulsivos de la voluntad son más notables y más frecuentes que en ningún otro.

CAPITULO XIII.

El regionalismo.—Causas biológicas, etnográficas y económicas.—El regionalismo y su papel en las luchas políticas y religiosas del país. —Su papel en las futuras luchas económicas. —Cómo desaparecerá el regionalismo.

UNO de los más graves males de la vida ecuatoriana que afecta sus relaciones económicas, políticas y sociales, y que, a cada momento se transparenta, provocando si nó serios conflictos, complicando por lo menos todas las cuestiones pendientes, es el regionalismo, mal común a muchas naciones de América y aún de otros continentes. Ya hemos visto al estudiar el carácter general del pueblo ecuatoriano, así como su composición étnica, las diferencias que existían entre los pobladores de las dos regiones: la llana y la montañosa o sean la Sierra y la Costa. Mas, no solamente son estos dos factores los que intervienen en la creación de este conflicto, otros de orden biológico, topográfico y económico intervienen también para perpetuar y agravar este achaque de nuestra existencia como nación.

El serrano, o habitante de las planicies interandinas, mestizo de sangre india y blanca o indio puro, es como ya dijimos un montañés adherido a un suelo de origen volcánico, en general poco fértil, que tiene que labrar dura e incesantemente para hacerlo producir. Vive en contacto con una naturaleza abrupta, en ocasiones árida y desierta, en ocasiones poética y pintoresca, teniendo a la vista las altas cumbres siempre nevadas de la Cordillera. La influencia de este paisaje, el contraste entre la puna sombría y solitaria y el valle fértil y risueño, el nevado majestuoso y el volcán coronado de fuego, influyen sobre él inclinándolo hacia la vida contemplativa y extática impregnada de unción un tanto mística, de melancolía y de tristeza. Su imaginación puede extaciarse en la contemplación del vasto paisaje lleno de contrastes que lo rodea, pero, al mismo tiempo, la realidad de una vida estrecha y dura, modera los impulsos de la exaltación imaginativa.

El mulato, habitante de las llanuras y tupidos bosques de la Costa se halla en contacto con una naturaleza salvaje y bravía en que todo es exuberante y luminoso, con el vigor y la fertilidad de los climas tropicales. Su carácter está en relación con la naturaleza selvática en medio de la que vive. El clima cálido y húmedo, el suelo fértil y fácil de cultivar, el paisaje lleno de verdor perenne,

acentúan los rasgos de su fisonomía moral: él es también bravío, levantisco y exuberante como la Naturaleza; mucho más alegre y expansivo, más locuaz y atrevido que el tímido y melancólico habitante de las cordilleras; irónico y fanfarrón en ocasiones es más dado a la expansión y a la algazara. La facilidad de la vida que la fertilidad del suelo le presta, le hace más confiado y jactancioso, más imprevisor que el serrano.

La mujer, la guitarra, el alcohol, son los medios que alegran su existencia; amigo de la juerga y del bullicio, pasa gran parte de su vida en medio del fandango, lo mismo si vive en las ciudades que si habita en los campos.

De estas influencias étnicas y biológicas que sobre el carácter de los habitantes de una y otra región, ejerce el medio físico y la diferencia de raza, depende en gran parte la desemejanza en el modo de sentir y pensar de unos y otros; pero, además, la situación topográfica y la diferencia por la producción, originada por la diversidad de suelo y de clima, influyen grandemente y de una manera más decisiva en crear el concepto regional.

La Costa, más en contacto con el extranjero, es mucho más cosmopolita y menos apegada a las costumbres tradicionales que la Sierra, donde la dificultad de las comunicaciones y la escasez y mala calidad de los caminos estaca y paralizan muchas energías. Se vive una vida estática en oposición a la existencia más activa y agitada de las poblaciones de la Costa. La producción en ésta es la más valiosa y constituye casi todo el comercio de exportación del país.

La Sierra sólo produce lo necesario para su consumo y un ligero exceso que halla su mercado natural en las tierras bajas que no producen los cereales y frutos de la zona alta y templada; pero exceso que no alcanza a cubrir todas las necesidades y que deja márgen a que el comercio tenga que importar el resto del extranjero, introduciéndose de fuera una gran cantidad de materias alimenticias de primera necesidad que podrían producirse en el país. Las industrias no se han desarrollado aún por la falta de iniciativa, de capitales y de buenos medios de comunicación y por consiguiente no existe esta compensación a la escasez de producción agrícola que vuelva más holgada la situación económica de la región. Existe, pues, una diferencia de intereses notables entre una y otra, mientras la primera soporta la mayor parte de los tributos que gravan la exportación y aún la importación, puesto que relativamente los habitantes de la Costa se hallan en estado de consumir más que los de la Sierra, lo mismo que los que gravan la propiedad y el suelo, pues las plantaciones más valiosas están situadas en la Costa, la tributación en la Sierra no alcanza en algunas provincias, pero ni aun para pagar los gastos de la administración, teniendo que cubrir ese déficit el exceso que dejan las provincias de la Costa. Además, lo accidentado del

terreno, lo quebrado del suelo, la gran extensión de terrenos áridos que hay que atravesar, la elevación de las montañas hacen que las obras públicas, principalmente los ferrocarriles y los caminos, los puentes, etc., resulten de un costo mucho más elevado: como para construirlos es necesario establecer impuestos, éstos pesan desigualmente sobre las poblaciones, resultando casi siempre que el campesino de la Costa trabaja para pagar el sueldo de los empleados de la Sierra o de las obras públicas que allá se emprenden. Hubo una época, no muy lejana, en que el sueldo de la Corte Superior de Justicia de Loja, era pagada con lo que producía una Aduana de la Provincia de Esmeraldas. Como resultado de este desequilibrio hay en el Congreso, siempre que se trata de obras públicas, una lucha encontrada entre los Diputados de la Costa y la Sierra. Los de ésta última tratan de rehuir todo impuesto, principalmente los que gravan la propiedad, aceptándolos sólo para obras públicas locales; pero en cambio demandan mejoras a expensas del producto de las Aduanas. Los de la Costa tratan de evitar que se recarguen los impuestos a la exportación, principalmente del cacao, que ya paga un tributo muy alto. La Costa se acerca al sistema de libre cambio: desearía que sus productos pagaran menos para que alcanzaran mejores precios y que en cambio la importación de materias primas y de substancias alimenticias fuera libre de derecho. Esto está en oposición a los intereses de la Sierra, pues sus productos, trigo, cebada, patatas, cereales en general, frutas de los climas templados, encontrarían fuerte competidor en la importación extranjera.

Lo mismo pasaría el día que sus industrias llegaran a desarrollarse. Como al comienzo su manufactura será incipiente, tratará de ampararse bajo un arancel prohibitivo; de manera de poder competir así con el producto extranjero. Sucede entre nosotros lo mismo que sucede en España, aunque con diversidad de circunstancias, entre Cataluña y las provincias castellanas. Cataluña, manufacturera e industrial, necesita ampararse bajo un arancel proteccionista, las provincias del Centro y Mediodía, agricultoras, preferirían la rebaja en los objetos manufacturados, etc. El concepto marcista que da una base económica a los problemas sociales, tiene a nuestro juicio cabal aplicaciones entre nosotros y lo tendrá más aún a medida que las fuerzas económicas del país se vayan desarrollando. Actualmente, aunque la Costa siente bastante la carga que sobre ella gravita, no la rehuye con demasiada violencia y aun se ufana de su riqueza y de ser la que sostiene la mayor parte de las obligaciones del Estado; pero no sabemos si más tarde, cualquier trastorno en el comercio pueda traer como consecuencia la baja de sus productos y entonces el problema se presentaría más difícil de resolver.

Lo que hace que nuestro regionalismo no tenga un aspecto agresivo y disolvente, ruinoso para la nacionalidad, es la mezcla de

sangre que diariamente se hace y aumenta por la gran emigración de habitantes de la planicie interandina hacia la Costa. La ciudad de Guayaquil, por su comercio y su antiguo tráfico, atrae un gran número de ellos y el aumento de su población, puede decirse que es debido a esos emigrantes. Una tercera o cuarta parte de sus pobladores son serranos o de origen serrano. Muchas de sus haciendas o plantaciones de las provincias de Los Ríos y del Guayas dan ocupación a gran número de braceros de la Sierra. El continuo trato y las alianzas de familia suavizan las esperezas y los odios y cuando los ferrocarriles en construcción o en proyecto lleguen a ser una realidad, el conflicto regional disminuirá, aunque quizás adquiriendo otra faz por las razones que dejamos arriba expuestas.

En nuestras numerosas guerras civiles, desde el comienzo de la independencia, la situación topográfica ha arrojado muchas veces unos contra otros, los habitantes de la Sierra contra los de la Costa. Si un movimiento insurreccional tiene su origen en la Sierra, el objetivo militar inmediato será tomar a Guayaquil, capital comercial y centro de los recursos financieros del país. Si al revez, es en la Costa donde comienza, su objeto será apoderarse de la capital de la República y dominar las poblaciones de la Sierra; pero si en estas luchas y por razón de la topografía, la mayor parte de los ejércitos de uno y otro bando han estado formados de costeños y serranos alternativamente y así el odio regional se ha mezclado al odio político y religioso, siempre ha habido en ambos bandos cierta cantidad de serranos entre los costeños y al revez de costeños entre los serranos, de modo que la mezcla de unos y otros en un mismo bando, suavizaba estos odios por la solidaridad de ideas e intereses. Actualmente, la rivalidad de una y otra región se traduce en bromas y en epítetos más o menos burlones y despectivos y en alusiones o reproches hechos al modo de hablar, a las costumbres o al modo de ser de cada región y hasta a los alimentos propios de ellos. Los andinos llaman a los costeños «monos» y éstos les devuelven el insulto llamándolos «serranos come papas con guzanos» que a su vez es contestado poniendo en bocas de los costeños un refrán que dice: «En habiendo pláano y arró, má que no haiga Dió». (En habiendo plátano y arroz, más que no haya Dios). A pesar de estas diferencias, los pobladores del Ecuador conviene pacíficamente sin que se pueda decir que el antagonismo, que indudablemente existe entre ellos, los separa tanto que lleguen a rechazarse. Unos y otros compreden, por ese instinto natural que forma la base de la conciencia popular, que aisladamente no podrían existir las dos regiones y esta noción mantiene, junto con los lazos de la tradición y de la comunidad de origen, además de los vínculos de intereses comunes, muy unidos los lazos que forman la nacionalidad. Bien es verdad que en las luchas políticas los pueblos de una y otra porción del territorio, se han inclinado marcadamente hacia distintos bandos por razón de la diferencia de ca-

rácter y aun de educación que en ambas predomina: siendo más preponderante la influencia del clero en la Sierra, las ideas tradicionalistas han sido defendidas siempre con mayor tenacidad y ardor en la antiplanicie, donde hay regiones que alientan un fanatismo religioso intolerante y agresivo, en tanto que las ideas liberales tienen su baluarte en las poblaciones de la Costa. Pero la difusión de ideas, lo mismo que el aumento del intercambio comercial, va borrando estas diferencias, con excepción de algunos lugares que, todavìa aislados del resto de la República, permanecen muy apegados a sus viejas tradiciones. De provincia a provincia, de pueblo a pueblo, de campanario a campanario, no puede decirse que haya rivalidad regional, con una sola excepción, la de la provincia del Azuay en donde como ya dijimos anteriormente, el regionalismo es muy marcado y se hace notar aún con las demás de la Sierra. En nuestra historia se registran hechos sangrientos en que por cuestiones de preeminencias de un pueblo sobre otro, los moradores se han ido a las manos y se han producido luchas sangrientas; mas, por fortuna, estos hechos hace tiempo que no se registran, lo que prueba que el odio de campanario va disminuyendo. Esta falta de agresividad quita a nuestras querellas regionalistas la importancia que tendrían si el odio político, religioso o los intereses materiales exaltaran las pasiones hasta tal punto que ella viniera a constituir un grave peligro para la existencia nacional y para el desarrollo del progreso del país. La antítesis económica que existe entre una y otra región se ha contrabalanceado por mutua necesidad que la una ha tenido de la otra y el desarrollo del comercio y el aumento de las vías de comunicación que facilitarán el éxodo que desde hace muchos años se viene verificando, del exceso de población de la región alta hacia la región baja, contribuirá a borrar las diferencias de raza y a volver más homogenea la población por medio de las uniones conyugales cada dia más frecuentes entre los pobladores de ambas comarcas. Puede decirse que una tercera parte de la población de Guayaquil está formada por interioranos o descendientes de los que emigraron hace veinte o treinta años a la Costa. Este éxodo, motivado por la pobreza y esterilidad de las tierras altas y por la falta de trabajo en las industrias y de ocupaciones para la clase media, es uno de los dolores nacionales latentes y también una contribución de sangre, un tributo a la muerte, pues un cincuenta por ciento de los emigrantes no resisten las inclemencias del clima cálido y sucumben a las enfermedades infecciosas tan comunes en él; pero llenan la necesidad económica, pues la demanda de brazos que hay para la agricultura de las ubérrimas tierras bajas, se cubre con los braceros que vienen de la antiplanicie y a su vez redunda en beneficio de esta porque muchos de ellos a fuerza de ahorro y economía regresan con el capital necesario para convertirse en pequeños propietarios agrícolas, aumentando así la riqueza de la región alta contribuyendo al parcelamien-

to de la propiedad que en algunas regiones como las provincias de Tungurahua y Azuay está ya muy extendido, pues la indolencia de los grandes propietarios ayuda eficazmente a la adquisición de pequeños lotes por los pobres. Así de un modo natural se va obteniendo la extinción de los latifundios, problema que en otros países es una de las cuestiones sociales y económicas más debatidas.

La construcción de ferrocarriles que hoy cada provincia reclama y para los cuales los pueblos no vacilan en aumentar fuertemente su tributación, es un pretexto para que mutuamente se hagan cargos y recriminaciones por supuestas preferencias que el Gobierno dé a la ejecución de ésta o de otra vìa; pero en lo futuro, cuando el anhelo de los pueblos se haya realizado, las paralelas de hierro serán el fuerte vínculo que una y estreche los lazos de la comunidad entre las diferentes regiones que hoy, al disputarse entre sí, no se dan cuenta que trabajan por su futura unión.

Con esto y todo, la cuestión regionalista no desaparecerá en el Ecuador, que por ella es asunto de diferencias topográficas y climatológicas y por ende de características psíquicas especiales y porque las diferencias económicas que antes señalamos no desaparecerán totalmente en un período más o menos largo; pero el estrechamiento de las relaciones, el aumento de intercambio comercial y la fusión de sangre, serán lazos más que suficientes para contrarrestar los peligros que podrían engendrar una controversia de esta naturaleza. Por lo demás, el regionalismo existe en casi todos los países del mundo aún en aquellos donde la nacionalidad tiene más fuerza y cohesión; pero mientras no tome un carácter separatista, o bien, mientras una región no ejerza sobre la otra una especie de tutela y se deje llevar por móviles egoistas, acaparando la vitalidad de la nación o absorviéndola en provecho propio, el regionalismo es al contrario un excitante, un estìmulo en la vida de los pueblos, porque desarrolla las energías individuales y mueve a los asociados a trabajar en favor de los intereses colectivos de una comarca determinada. Mientras la solidaridad que debe existir entre los individuos que forman una nación no se rompa, y esto no ocurre ni aun en naciones formadas por pueblos de diferente origen y que hablan diversos idiomas, la nación de la patria grande predominará sobre la de la patria chica y el espíritu gregario de la tribu o clan sólo se manifiesta cuando se pierde el ideal de fuerza y de grandeza que acaricia todo pueblo, o se borran las tradiciones, vínculo moral que sujeta fuertemente a los ciudadanos.

No pasará esto por fortuna en nuestro país y por eso confiamos que aunque el regionalismo sea uno de los tópicos de que más frecuentemente nos ocupamos, no llegue a tener sin embargo los caracteres de un verdadero conflicto.

CAPITULO XIV.

El Caciquismo.

UNO de los males que afligen a nuestro país y que le es común con otros de igual origen que el suyo, debido a su defectuosa organización social, es el caciquismo, tutela que la ignorancia y la pobreza obligan a soportar a los pueblos.—En España, nuestra Madre Patria, es este un vicio político y social sumamente arraigado y una poderosa institución generadora de mucho de los conflictos que afligen constantemente a la Península. Algunos escritores españoles pretenden que el caciquismo es un contagio americano, un virus infiltrado durante la colonización, un ejemplo imitado por los españoles de la forma primitiva de gobierno de los indios: pero ésto no pasa de ser una paradoja, y con mucha razón se ha dicho que no se debe abusar de las paradojas. En efecto, el régimen feudal en el cual el señor era dueño de vidas y haciendas, así como el régimen llamado alodial, fue conocido en la Península mucho antes del descubrimiento de América y este régimen así como el de señorío o patronato sobre villas y ciudades, tienen muchos más puntos de contacto y más semejanzas con el caciquismo que el gobierno de las tribus por los casiques indígenas de América. En realidad, el caciquismo tuvo origen aquí como allá cuando los trastornos políticos permitieron que determinados propietarios se elevaran sobre los demás, adquiriendo grandes fortunas y latifundios y ejerciendo así preponderancia económica, social y política no contrarrestada por ningún otro poder, sobre todo en las pequeñas villas. Efectivamente, en el Ecuador, el cacique propiamente dicho es un hongo parásito de las pequeñas poblaciones. No debemos confundirlo con los caudillejos civiles o militares que transitoriamente, a merced de las frecuentes revoluciones, se elevan y erigen en dictadores de toda una provincia con la aquiescencia del caudillo que gobierna todo el país, y que en más de una ocasión los ha nombrado como para servir de azote a las regiones que eran hostiles a su tiranía, como para humillarlas y vejarlas. Estos caudillejos duran generalmente poco y su influencia cesa con la caída del régimen al cual son adictos. En las provincias, en las ciudades de cierta importancia, más bien dominan oligarquías, compuestas de dos o tres familias que se repar-

ten los empleos públicos y forman gobiernos de círculos que mutuamente viven odiándose y procurando hacerse el mayor daño posible. El cacique, que prefiere las pequeñas poblaciones donde no tienen competidores o le es fácil deshacerce de los que se presentan, es xenófobo por naturaleza y conveniencia: todo elemento extraño autóctono es para él un enemigo que trae ideas subversivas y ni aún siquiera gusta de que transitoriamente vayan forasteros a pasar algunos días en sus dominios. El los acojerá con la mayor cortesía, los colmará de agasajos y atenciones, procurará pasar a sus ojos como un excelente burgués, pero disimuladamente tratará de que se alejen lo antes posible, pues a pesar de que intenta captarse su voluntad, teme que sean testigos de sus abusos y depredaciones y voceros de ellas en la ciudad capital de la provincia.

El cacique rural es generalmente algún mestizo, rara vez proveniente de las clases elevadas. Su origen es generalmente humilde y en lucha con la naturaleza y con los hombres, se ha levantado casi siempre reuniendo una fortuna sin parar en los medios: su vida de lucha lo ha acostumbrado a ser duro y cruel, impasible ante la desgracia ajena: verdadera ave de presa, rapaz y sanguinario a quien no alteran los lamentos de sus víctimas. Despoja al campesino o pequeño propietario con la mayor sangre fría, valiéndose de las argucias judiciales o de medios de fuerza que rara vez emplea a no ser que se encuentre amparado por la impunidad. Astuto y disimulado cuando trata de deshacerse por la violencia de algún enemigo suyo, procura la coartada alejándose del lugar, pero dejando asegurada la desaparición de la víctima escogida,por medio de algunos de sus allegados o servidores que él se encarga de defender luego y aún de hacerlos fugar si la autoridad los persigue. En riña casi siempre con sus convecinos, generalmente por extensiones de terreno se apropia de ellos sin el menor escrúpulo y los defiende obstinadamente. A veces provoca escándalos tremendos, sobre todo cuando sus contendores son los propietarios indígenas llamados comuneros que, generalmente, cansados de ser vejados y extorsionados se amotinan contra él, que apela entonces a la protección de la fuerza pública. Tienen siempre en las ciudades amparadores y valedores ya en el comercio, entre negociantes que les compran sus productos agrícolas o le venden mercaderías de consumo, o entre los políticos, entre los cuales escoje comunmente el abogado que le defiende sus pleitos y le pone en relación con las autoridades. El cacique rara vez tiene opiniones políticas definidas: él está de ordinario con el partido que gobierna; valiéndose de su astucia procura estar siempre bien con el que manda. Si las sorpresas de la política inconstante y revuelta lo cojen desprevenido y sus rivales se aprovechan la ocasión para arrebatarle el poder político, busca manera de acercarse al nuevo gobierno y encuentra siempre truchimanes y padrinos que merced a sus influencias logran se coloquen como autoridades seccionales a

las personas que son de su agrado y que él mismo designa. El cacique rara vez gusta de ser autoridad política, en su pueblo prefiere gobernar en la sombra por medio de sus allegados y amigos, pero procura que todos le deban la situación que ocupan y se hallen bajo su dependencia. El cura, el maestro de escuela, el juez, el teniente político, todas han de ser personas nombradas merced a su influencia y escogidas por èl, sea entre sus allegados o parientes, sea entre personas que cree procurarán estar siempre con él. El que mantenga siquiera relaciones amistosas con sus enemigos se le hace sospechoso y pronto procura hacerlo destituír. De ésta manera consigue que todos los resortes de la administración estén en su poder y se vale y usa de ellos en su propio provecho para medrar a costa ajena o para cometer toda clase de abusos, impunemente amparado por una autoridad que con él se muestra blanda y sumisa. Arruina a sus competidores comprando a bajo precio los créditos atrasados que tengan entre los comerciantes de la ciudad y exige luego su pago embargando sus bienes y propiedades. No tolera competidores comerciales ni industriales y procura acaparar todas las fuentes de riqueza y de producción, desde el cultivo de la tierra hasta la venta de mercaderías. Generalmente se encarga del cobro de las contribuciones, cuya recaudación es sacada a remate público, y se vale de ésto para pagar el menor impuesto posible en tanto que extorsiona a los demás propietarios. Estanca la riqueza impidiendo el desarrollo o implantación de nuevas industrias o bien la construcción de caminos, si esos no pasan por sus propiedades y lo favorecen así directamente. Enemigo del progreso mira con desdén o con prevención todo intento de introducir alguna novedad o algún adelanto en su pueblo: su ambiente preferido es el letal y adormilado de las poblaciones de poco movimiento. Si su comercio decae, si los campesinos no acuden en número suficiente para proveerse de mercaderías en el poblado entonces apela al cura y abusando del espíritu religioso hace que se celebren novenas y fiestas que atriagan a los labriegos que no deja de acudir y no se van nunca con las manos vacías sin hacer sus compras en su establecimiento de comercio. El cacique es llamado generalmente gamonal y no difiere gran cosa en la sierra y en la costa. En sus propiedades privadas es duro y cruel con sus jornaleros o trabajadores del campo con los cuales extrema sus abusos, castigándoles duramente por la menor falta con penas de azote y prisión en el aparato de tortura denominado cepo. Es un propagador del alcoholismo, pues generalmente tiene a su cargo la venta de aguardientes y procura atraer a los campesinos y fomentar su consumo. En algunos pueblos cuando los tenientes políticos, siguiendo las órdenes de las autoridades superiores, han tratado de hacer observar el descanso dominical haciendo cerrar los expendios de aguardientes, han tropezado con la más grande oposición que parte de los gamona-

les que generalmente eran propietarios de esos expendios. El concertaje tiene en él, como por lo demás en todo otro propietario, su mayor defensor, pero él sabe hacerlo con su crueldad, más oprobioso e inhumano, explotando miserablemente las fuerzas y la ignorancia de los pobres jornaleros. Amoral y sin conciencia ni escrúpulo, se muestra sin embargo creyente fervoroso hasta llegar a la superstición: tiene por lo general como patrono algún santo o santa al cual profesa grande veneración y que es para él, más bien una especie de fetiche o amuleto y un intercesor o abogado que le haga perdonar sus pecados y lo libre de las penas de la vida eterna. Generalmente es un geneciaco y el respeto a la mujer del prójimo no existe para él. En sus propiedades tiene siempre un harem disperso, y en cada cabaña de sus trabajadores puede hallarse la muestra de su liviandad, ya en una doncella deshonrada, ya un vástago de un matrimonio cuyos rasgos fisonómicos se semejan mucho a los del gamonal y que están delatando que su autoridad llega hasta el lecho matrimonial de sus servidores. En este punto el gamonal comete verdaderas atrocidades y atentados contra natura que se hace duro y bochornoso relatar. Elemento de perturbación social y alguna vez política, inquietud y amenaza constante para el pobre; detentador de la riqueza y enemigo del progreso; el cacique es una de las peores plagas de las pequeñas poblaciones. En realidad casi todos los propietarios ejercen en sus fincas o haciendas una autoridad ilimitada equiparable casi igual a los antiguos señores feudales. Mientras se contienen dentro de los límites de sus dominios sin estorbar a los demás, esta tiranía se ejerce sólo sobre sus jornaleros y es por lo demás soportable, sobre todo si el propietario vive en la ciudad. Pero el gamonal no gusta de ella y viene sólo algunos días por hacer sus compras o arreglar sus negocios: su elemento es el campo y el pequeño poblado donde su autoridad no tiene límites y su voz es oída con miedo y con respeto. Cuando se le acusa de algún crimen o cuando la prensa delata sus abusos y extorsiones, su abogado se encarga de defenderlo y desvirtuar las acusaciones que se le hacen ante las autoridades. Estas, por otra parte, toleran casi siempre los abusos de los gamonales, que son para ellas un auxiliar político, sobre todo durante las elecciones, en las cuales toma parte con el voto de sus peones o jornaleros que incondicionalmente votan por el candidato de gobierno: el gamonal rara vez tiene candidato propio o ayuda a la aposición.

El odio germina en rededor suyo y él sabiendo que es malquerido por todos o casi todos, vive alerta, temeroso y desconfiado, tomando precauciones para no ser víctima de una acechanza o del rencor vengativo de todos aquellos a quienes ha ultrajado y ofendido. No es raro que el gamonal tenga algún fin trágico en alguna emboscada y muera víctima de la venganza en algún tumulto sangriento, que más de una ocasión se ha producido conmo-

viendo a la Sociedad. Sobrio y económico en la vida privada llega algunas veces hasta la avaricia habiendo algunos que merced a su ahorro reunen grandes fortunas, aunque por lo general éste no es el único origen de su riqueza, pues es la rapiña la principal fuente de sus ingresos: arrebatando al campesino sus ganados; dando dinero a plazo con intereses usurarios; cambiando mercaderías de mala clase por buenos productos agrìcolas o industriales; usufructuando la propiedad ajena: introduciendo su garra en las cajas municipales y por mil otros arbitrios el gamonal que muchas veces fué un mozo pobre y desheradado muere rico y opulento. La administración municipal de ese cantón es un filón que explota, ya para dar puestos a sus amigos y parientes, ya para hacer contratos que le dejan grandes beneficios, ya para obtener el cobro de contribuciones que remata a bajo precio y de las cuales saca buenas ganancias aunque sea a costa de toda clase de atropellos. Con el mismo rigor con que trata de ordenar, gobierna los suyos en su hogar, siendo amo absoluto y exigiendo de todos obediencia incondicional y pasiva. Las desgracias públicas no le afligen ni le afectan gran cosa, pues él sabe sacar provecho de las peores calamidades en beneficio propio: si una sequía azota la región haciendo morir de hambre y sed al ganado, èl compra a bajo precio el de los campesinos que se deshacen de sus animales antes que perderlos sin sacar provecho. El gamonal valiéndose de sus recursos traslada el ganado a otro sitio rico en pasto y en agua y al cabo de poco tiempo lo revende realizando grandes ganancias. Si una revolución devasta el país, él sabe esconder en lo más oculto de la selva sus caballos y sus mulas, presa favorita de sus revolucionarios, y se hace pagar gruesas sumas si las tropas del gobierno se apoderan de algunos bagajes suyos. Si en el mercado de la ciudad baja de precio algún producto él acapara la mercadería, esperando con paciencia el alza y vendiendo a buen precio lo que compró casi debalde. Es indirecto auxiliar de la revolución porque en su deseo de hacerle daño, sus enemigos casi siempre ayudan a los revolucionarios y manteniendo constantemente un fermento de odio y de venganza en las pequeñas poblaciones, crea resentimientos prontos de estallar en la primera ocasión y a valerse de cualquier oportunidad con tal de devolverle el mal hecho anteriormente. La vida rural se vuelve así por su causa más hosca y agresiva: en algunas poblaciones se vive con la mano en la empuñadura del machete y el ojo avisor listo a atacar al contrario. Si el cacique tiene descendencia èsta pesa sobre la población como una dinastía de pequeños déspotas que de generación en generación se van heredando el feudo que las violencias y artimañas del padre de familia supieron conquistar.

Cuando esta generación de caciques llega a formar por su natural expansión varias familias, se constituye una dinastía nepotista que se reparten todos los destinos públicos invadiendo la adminis-

tración local y usufructuando de ella como un bien común, y gracias a la complicidad que naturalmente los liga en el manejo de los fondos públicos, se apropian de estos sin escrúpulo alguno y sin temor a la sansión legal. En ciertos pueblos existe una especie de cacicazgo de peor especie del que hemos escrito: algún matón campesino a fuerza de tomar parte en todas las revoluciones alcanza grados militares y cierto influjo político del cual se vale en su pueblo o en toda la comarca rural para cometer abusos y atropellos, imponiéndose aún a los mismos propietarios que por temor a sus fechorías procuran las más de las veces estar bien con ellos. Si sube al poder algún gobierno que le niega su apoyo está pronto a sublevarse y a levantar montoneras y aun llega a convertirse en capitán de bandoleros. Pero estos caciques no tienen la importancia ni la significación social de los que anteriormente hemos descrito. Como casi no hay pueblo de escasa importancia que no tenga algún gamonal o cacique, el caciquismo viene a constituír una institución, un poder arbitrario y despótico que se sustituye al poder político, que viola todas las leyes, las cuales sólo le sirven de red con la cual enreda a sus contrarios saliéndose él por las mayas y burlándolas a cada paso amparado de la impunidad que su influjo político, social y económico le proporciona; bajo su férrea garra los pueblos viven oprimidos, inquieta la sociedad, cohibidos los campesinos y pequeños propietarios; rencorosos todos, atemorizados los más; estancados el comercio, la agricultura y la industria; absorvidas todas las energías y las iniciativas; despilfarrados y pillados los caudales públicos; entregada la administración municipal al provecho particular y sufriendo en general profundo trastorno por esta causa todos los órdenes de la vida y todas las manifestaciones de la actividad. Como hemos dicho, el enemigo natural del cacique es el desarrollo y la expansión de la riqueza: cuando a despecho suyo y por causas que él no puede contrarrestar llega ésta a desarrollarse, cuando otros propietarios se colocan enfrente de él, cuando al mismo tiempo la ignorancia y la timidez de los campesinos va desapareciendo, el cacique ve disminuir y desaparecer su poder. La abolición de los latifundios y la extensión de la enseñanza, el fomento de la pequeña propiedad agraria son pues los medios naturales que habrian de emplearse para acabar con esta especie de despotismo que tantos males y tantos conflictos crea a la sociedad ecuatoriana.

CAPITULO XV.

Los partidos políticos.

COMO en todo país, desde los comienzos de su vida independiente, dos tendencias opuestas se han marcado en el carácter general de las relaciones políticas de los habitantes del país. La una, la tendencia tradicionalista o sea el considerar lo que ya existente o lo pasado como bueno y no suceptible de mejora i la otra por el contrario francamente reformista, partidaria de todo lo nuevo considerándolo como mejor que lo anterior. Estas dos tendencias se han transparentado aún a travez de las luchas, que no siempre por causas puramentes idehológicas han constituído la mayor parte de la historia política de nuestro país. Al principio las divergencias de opiniones solo dieron lugar a círculos más o menos personalistas que únicamente eran guiados por ambición de mando y de poder, así: en el primer gobierno independiente de los años 1810 a 1813 se ve la lucha entre los Guerreros y Montúfares que fué una de las causas que dió más pronto al traste con el movimiento Libertador de 1809 facilitando la derrota de los patriotas y el triunfo de los españoles. Desde la proclamación de la independencia de Guayaquil en 1820 las discordias se produjeron entre los partidarios de la unión al Perú del nuevo estado o de su anexión a Colombia. Más tarde la división entre adictos al Libertador y desafectos a éste es principalmente la causa de las rencillas de 1828 a 1830. Proclamada la independencia de Colombia y erigido el Ecuador en un nuevo gobierno entramos francamente en un período de caudillaje militar. No podía ser de otra manera: acostumbrados los pueblos a la obediencia pasiva, ignorante y sin educación cívica la masa popular, la conciencia colectiva apenas había tenido tiempo de formarse. Casi toda la generación de la época había corrido a empuñar las armas en la lucha por la independencia y la admiración por el valor personal y el arrojo de un caudillo eran a sus ojos el mayor prestigio que despertaba el entusiasmo lo mismo que el de las multitudes. Siguiendo pues las leyes de la evolución de los pueblos, el nuestro se dió así mismo como mandatario al general que mayores prestigios y más notoriedad tenía en el ejército del sur. La fuerza armada fue desde el prin-

cipio la que jugó el papel predominante en los cambios políticos de nuestra primera época. Ahora bien, el ejército no era nacional: la mayor parte estaba compuesto de militares colombianos y venezolanos venidos al sur con motivo de la expedición del Perú, los cuales, antes que como una nueva patria, miraban como tierra conquistada a la nueva república. A su vez los militares nacionales y una parte de las clases pensantes consideraban como extranjeros a los antiguos libertadores: en la lucha del caudillaje de los primeros tiempos independientes se peléa al mismo tiempo que por librarse de la tiranía caudillesca del primer presidente, por afirmar el principio de nacionalidad, puesto que los ecuatorianos de nacimiento eran pospuestos a los militares extranjeros que se repartían mandos y honores. La guerra civil llamada de los chihuahuas no reconoce otro origen. Frente al caudillo extranjero aún no se alzaba otro caudillo nacional militar, pues el jefe de la revolución, Dn. Vicente Rocafuerte, era un hombre civil. En la revolución de marzo de 1845 aún aparece este mismo civilismo elevando al poder a Dn. Vicente Ramón Roca pero es de señalarse que en la constituyente de 1846 se nota el primer signo de lucha religiosa: Dn. Pedro Moncayo y otros diputados que más tarde formaron parte del partido liberal sostienen la libertad de pensamiento y de conciencia contra el canónigo Angulo orador que se opone decididamente a que en la constitución figure la libertad de cultos. Desde esta época empieza a manifestar más clara y francamente el espíritu anticlerical en abierta oposición con la decidida protección al clero que otros políticos le prestan. Con la subida al poder del general Urbina por medio de un golpe de cuartel se inicia el caudillaje militar nacional apoyándose en el elemento liberal. La expulsión de los jesuitas es otro hecho que marca las etapas de la lucha en que más tarde se habían de empeñar los partidos políticos y principalmente habría de servirles de línea divisoria y de bandera de combate. Caído el caudillaje militar nacional puede decirse que es desde 1860 que netamente se delínean las dos grandes fracciones políticas en que ha estado dividido el país. Hall desde 1832 había echado las bases del partido Liberal y Rocafuerte con Moncayo y Urbina habían continuado su obra: pero el partido tradicionalista y conservador con la doctrina, tendencias, ideas y programa, que casi sin variación conserva hasta la fecha, debe mirar como su fundador a Dn. Gabriel García Moreno por que si bien es verdad que antes de esa época los elementos reaccionarios habían prestado su apoyo al primer Flores, la lucha política no tenía un carácter ideológico sinó mas bien personalista, pues como ya hemos dicho Flores representaba el caudillaje militar extranjero. Todas las guerras civiles que más tarde han desgarrado nuestra patria ha tenido mas o menos siempre el mismo origen a las mismas causas. La lucha religiosa ha sido en nuestro país como en Colombia la que predominaba en toda las disenciones po-

líticas: los liberales han tratado siempre de alejar al clero de los negocios de estado e impedir su intromisión en la vida civil de los ciudadanos. Los conservadores al contrario no solamente se han apoyado en él, sinó que han tratado de sostener la autonomía del estado y la autoridad eclesiástica dándole mayor poder que a las autoridades civiles, concediéndoles privilegios y fueros de justicia y entregándoles la educación pública, gobernando la conciencia y plasmando a la vida nacional por medio del confesionario. Este sistema y estos mètodos de gobierno fueron implantados y tuvieron su mayor auge durante la época del presidente García Moreno llegándose entonces a un misticismo medio-eval tan exagerado que se llegó a llamar al Ecuador la República del Sagrado Corazón de Jesús: las instituciones monásticas, ya muy numerosas desde la época de la colonia, recibieron gran protección y aumentaron considerablemente.

Las tendencias teocráticas del partido conservador son completamente opuestas a un régimen republicano y democrático: el pueblo no es considerado como el verdaderc y principal factor del estado, que no es mas que una delegación suya y por consiguiente la autoridad no emana de él sinó que viene casi como el derecho divino de los reyes a concentrarse en una oligarquía formada por los ricos y por el clero: una plotucracia teocrática. Frente a tan defectuoso sistema, las revoluciones de cuartel imprimieron al liberalismo una tendencia tan errada como la anterior; los liberales prestaron su apoyo al primer caudillo militar turbulento y revoltoso que ansioso de poder se alzaba contra el régimen teocrático por el ansia de derrivar a éste; mas, una vez elevado al poder el caudillo militar, hombre generalmente grosero y ambicioso, desentendíase de la cuestión doctrinaria y apresurábase a formar un gobierno personal apoyándose principalmente en sus conmilitones y compañeros de cuartel. Dilatábase así la reforma liberal y las instituciones y las leyes quedaban lo mismo que antes y el gobierno sólo se diferenciaba del anterior por la menor participación del clero en los negocios del estado. Hay que advertir que al hablar de lucha religiosa en los primeros tiempos no se combatía la religión misma y aún el clero era respetado en su persona a pesar de su actividad casi siempre violenta y agresiva. Los liberales de entonces, decía un viejo político, nos deteníamos a la puerta de la iglesia. El fanatismo popular consideraba las personas de los religiosos como sagradas e inviolables; la excomunión era una arma que tenía gran fuerza y ser descreído, ser impío, hereje eran injurias que se hacían a los que se atrevían a pensar con alguna libertad. Las prácticas religiosas eran fielmente observadas por los políticos de todos los partidos. Lo que los liberales pretendían era solamente quitar al clero su predominancia en el gobierno político, pero conservando buenas relaciones entre la iglesia y el estado. Pero la iglesia no se ha dado a partido en el Ecuador, su tendencia ha sido siempre retornar las cosas al es-

tado en que estuvieron de 1860 a 1875: con los ojos vueltos al pasado, el partido conservador ha sido llamado terrorista por los métodos de violencia y de sangre que ha empleado para gobernar; suspira aún por un segundo García Moreno que lo vuelva a llevar al poder. Mas, aunque después de esta época haya llegado a gobernar por un período de trece años, no llegó a las exageraciones de entonces, porque la fracción menos fanática de ese partido formó uno nuevo que se denominó progresista y aunque apoyándase en el clero y dándolo decidida protección, mitigó las crueldades e intransigencias de la época anterior. La propaganda de las ideas liberales ha ido poco a poco cambiando la mentalidad política de la masa popular y hoy no sería posible volver a los métodos garcianos sin hallar una fuerte resistencia.

Creemos que esto será más eficaz que la evolución en un sentido liberal que algunos creen advertir en el partido conservador pues nos parece que éste no ha cambiado nada y fiel a la tradición no acepta modificaciones en sus prógramas, sobre todo en la parte tocante al deslindamiento de la cuestión política y de la religiosa. Mas aún, actualmente la influencia clerical está tratándose de formar, ya lo ha logrado en Cuenca, partidos católicos a imitación de las asociaciones que bajo el nombre de juventudes católicas existen en España. Si dejando a un lado la cuestión de la libertad de conciencia los dos partidos se encontraran frente a frente: muy poca sería la diferencia que en el resto general de sus ideas políticas existiera y uno solo su criterio para juzgar de las cuestiones sociales, económicas y administrativas excepción hecha de las pedagógicas, pues en este punto los conservadores tienen un criterio especial que consiste en creer que lo mejor es entregar la enseñanza superior y secundaria en manos de los jesuitas y la enseñanza primaria y de la mujer en las de las instituciones religiosas docentes, o por lo menos proteger de tal modo la enseñanza dada por las congregaciones que éstas se apoderen en su mayor parte de ella. Los liberales han cometido durante la vida política del país un grave error que ha consistido en entronizar al militarismo que ha gobernado la Nación por la violencia, cometiendo toda clase de atropellos y desafueros, no siempre explicados por la reacción y la resistencia que se oponía a los regímenes dominantes. Esto no quiere decir que los regímenes militares hayan gobernado exclusivamente en nombre del partido liberal, sinó que por regla general los liberales han hecho gobiernos militaristas, por lo menos a partir de 1851; en tanto que los gobiernos conservadores han sido mas bien civilistas, pues los militares no han tenido en ellos ni el predominio, ni la influencia que en la época en que han dominado los liberales. Las administraciones de García Moreno, o de Caamaño, Flores y Cordero han sido presididos por nombres civiles en tanto que las de Urbina, Veintimilla, Alfaro y Plaza han sido notoriamente militaristas y de caudillajes. El mi-

litarismo que nació en nuestro país en el gobierno de Flores ha continuado evolucionando y cambiando de un gobierno a otro, pero siempre predomìnante por el influjo que la fuerza pública ha tenido en todos los actos políticos, ya opoyando un gobierno, ya derribándolo, ya oponiéndose al ejercicio del sufragio y convirtiéndose en instrumento de los mandatarios para elejir conforme su capricho, sea un nuevo sucesor, sea los llamados representantes del pueblo en congresos y ayuntamientos. El ejército más que sostenedor del orden y defensor de las leyes y de la propiedad, de guardián de la honra de la patria se ha vuelto así un vil instrumento de todas las tiranías y de todas las concupiscencias políticas. Más que hijo de la nación, el ejército ha sido enemigo de ella, más que institución nacional, un parásito adherido al estado, un cuerpo extraño adosado al organismo nacional que consumía sus energías y agotaba su vitalidad. Y es que el ejército formado al principio en su mayor parte por extranjeros a quienes una larga vida de guerras y de campañas habìa acostumbrado al contínuo batallar, formado de elementos salidos de las más bajas capas de la sociedad, mucho de cuyos individuos de raza africana habían sido esclavos y que gracias a su valor se habían elevado a los más altos grados de la milicia, carecía de moral y de diciplina. Descuidados por los primeros gobiernos estos militares buscaron continuar en las guerras civiles y en las revueltas la vida de aventuras que habían llevado durante la independencia y también el logro de grados y honores que facilmente conseguían en tanto que en la paz vejetaban ociosos y aburridos. Los veteranos de la independencia fueron sustituidos desde 1850 por los militares nacionales que como ellos habían combatido durante las guerras épicas o se habían formado en las contiendas civiles desde 1833; pero estos nuevos pretorianos trataron al país tan mal o peor que los otros y provocaron con sus exaciones y atropellos la reacción nacionalista de 1860. Por eso ha dicho un historiador de la época, que valía tanto el sable del general Otamendi como el machete del comandante Goyo. En este período como en el anterior los militares no solo ocupaban los cargos públicos que por su naturaleza debían ser desempeñados por hombres de su clase sinó también los que exigían fueran ocupados por civiles y su autoridad se sobreponía siempre a todas las demás: un juez, un presidente de la municipalidad; un gobernador tenía que inclinarse, aún faltando a la ley, a las exigencias de cualquier sargentón galoneado como si fuera un inferior gerárquico. Los crímenes, delitos, abusos y atropellos cometidos por militares, ya individual ya colectivamente, quedaban impunes pues no habìa autoridad que tuviera energìa bastante para intentar su castigo. Todas las grangerías, todas las sinecuras eran ocupadas por militares que absorvían la mayor parte de las entonces exiguas rentas nacionales.

Los escritores Sr. Hidalgo y García han estudiado extensamen-

te los males del militarismo en general el uno, y en la América el otro. pero tomando como base de observación la forma grosera y despótica que ha tenido en nuestro país. En sus trabajos han hecho notar muy bien los trastornos que en el orden social produce la intromisión de un poder extraño que en las democracias debe estar completamente subordinado al poder político y ser solo una dependencia de él sin ingerencia alguna en la marcha del país, al cual unicamente debe servir para defender su integridad y su honra. En el Ecuador este azote ha tenido más o menos el mismo carácter que en la Argentina. tal como lo ha descrito Sarmiento en su facundo, o como en Bolivia en la época de las tiranías en Melgarejo y Belzú.

Durante los regímenes conservadores el ejécrito siempre ha sido un instrumento político pero por lo menos la autoridad civil ha tenido más fuerza y ha sido más respetada y los desmanes de los militares han sido menos tolerados sin duda por que el mejor apoyo de estos regímenes era el cura y no el soldado. Así hemos vivido entre el predominio del uno y del otro y en ocasiones de ambos, en consorcio de crueldad y de opresión, de adversión al progreso, de merma de la dignidad y de carencia de garantìas individuales siempre atropelladas por instituciones tiránicas. No se debe extrañar que el odio y la venganza hayan germinado siempre en nuestras luchas políticas: el fanatismo religioso que la educación colonial dejara como simiente de violencia en el carácter de los ecuatorianos empujaba a las masas populares brutales e ignorantes y la ambición de los caudillos reprimía las oposiciones oponiéndoles como hierro candente los desafueros y otropellos de una soldadesca analfabeto e indisciplinada. No es de admirar que en estas circunstancias el ejército no haya sido, como lo es en otros países, una institución simpática, amada, querida y respetada, como el hijo mimado de la nación, sinó que al contrario la profesión militar haya sido vista con aversión y menosprecio, a tal extremo que ha habido épocas en que el soldado ha vivido completamente alejado del pueblo de cuyas mismas filas salía. Los esfuerzos que diversos gobiernos han llevado a cabo por nacionalizarlo y levantar su nivel moral por medio de la instrucción y de la disciplina, han mejorado indudablemente su condición y han atraído a sus filas elementos más sanos y mejor dispuestos, pero por desgracia, ninguno ha querido prescindir de él como instrumento en las luchas políticas y mientras el soldado no viva alejado y extraño a ellas, limitándose a ser guardián del orden y de las instituciones públicas, mientras sea deliberante y no obediente, mientras carezca de la fiera independencia que tiene en los países civilizados y que lo hace respetable a los ojos de todos los partidos, será siempre en el Ecuador una institución peligrosa para el orden y la tranquilidad pública. Ninguno de nuestros partidos políticos tiene por otra parte una organización estable definida, por que aun-

que en el conservador se observa más cohesión y disciplina, ello se debe más bien al carácter más moderado y pacato de sus miembros, en oposición a la índole turbulenta y demagógica de las agrupaciones liberales. En diversas épocas se ha tratado de reunir asambleas que han lanzado distintas fórmulas y declaraciones de fé y formulado programas, pero nunca han faltado disidentes, que formando campamento aparte, protestaran de la validez de tales declaraciones. Estas tendencias gregarias se han debido al carácter eminentemente personalista, antes que sectario, que han tenido nuestras agrupaciones políticas, las que han gustado siempre de añadir una disidencia en ISTA a un nombre cualquiera y llamarse FULANISTA, SUTANISTA, etc. En el estado actual la mayoría de las conservadores ha adoptado como programa las declaraciones hechas durante la convención de 1884 y el ideal de los liberales consiste en el mantenimiento de la constitución actual que data de 1907 y de las leyes de reforma expedidas desde 1898. La lucha pues prosigue al rededor de los mismos tópicos que hace treinta años servían para diferenciar a los unos de los otros. Pero desgraciadamente los programas o plataformas, como ahora se dice, no han sido casi siempre más que la máscara, encubridora de ambiciones de poder y mando de las facciones contendientes y por regla general la concupiscencia y el deseo de medrar han sido los móvil s que han empujado a la una contra la otra quedando la cuestión ideológica en segundo plan. Los caudillos elevados al poder han frustrado generalmente las esperanzas de los ideológicos y de los patriotas de su partido, no cuidándose de satisfacer mas que su propia vanidad y favorecer los intereses de sus amigos incondicionales defraudando las esperanzas que sus partidarios o el país pusieran en ellos. Por regla general nuestros políticos han carecido de ideales y han desconocido en lo absoluto el arte de gobierno, la técnica de la gestión administrativa y la manera de guiar un estado: conductores de hombres en los campamentos han sido malos conductores de pueblos en el gobierno. De nada ha valido que antes de subir al poder brillantes proclamas, casi siempre escritas por algún amigo del caudillo, prometieran confusamente a la multitud libertad, progreso, desarrollo de la industria, del comercio, protección a la agricultura, por que tales promesas sólo han sido hechas con el objeto de deslumbrar al país, ignorando el que prometía como podría llegar a cumplirlas. Cuatro administraciones ha tenido el Ecuador que se escapan a estos reproches: las de Rocafuerte y García Moreno, y siguiéndoles bastante de lejos la del segundo Flores y la primera del general Plaza, Rocafurte, más humano, menos intolerante, más patriota, quizas menos ambicioso que García Moreno no tuvo la constancia, la tenacidad y la energía de este último: verdadero místico que se creía predestinado para la realización de una obra y cuyo programa de gobierno compacto, concreto definido, trataba de poner en ejecución,

yendo derecho al fin que se proponía. Mandatario de un país republicano, Rocafuerte más dúctil, cedió muchas veces a la fuerza de las circunstancias; García Moreno déspota medio-eval no reconocía valles ni talanqueras para realizar sus propósitos. La obra del uno aparece más simpática; la del otro más grande y admirable. Los dos eran ilustrados, los dos conocieron el arte de gobierno el uno como lo hubiera hecho un Monroe o un Lincon y el otro como un Felipe II o un Francia. Los gobiernos de Flores y Plaza fueron progresistas y supieron aliviar situaciones dolorosas creadas por épocas anteriores de crueldad y turbulencia, realizando obras de progreso en el corto tiempo de su gestión política, pero no tuvieron ni la habilidad ni la alteza de miras de los dos mandatarios anteriores. Si en las restantes administraciones alguna labor se ha efectuado o alguna reforma política se ha realizado ha sido mas bien debida a alguno de los hombres que acompañaban al caudillo, que ha logrado inducirlo a llevarlas a cabo pero la mayoría de las veces sin plan ni programa determinado. En nuestras constituciones la autoridad del presidente se ha sobrepuesto siempre a todas las demás siendo el eje central de la administración: los ministros no han sido más que meros ejecutores, simples empleados a los que él ha podido reemplazar o sustituir cuando no se prestaban a seguir ciegamente sus inspiraciones; de la voluntad del presidente ha dependido pues toda la marcha de la administración, y tratándose la mayoría de las veces de caudillos ignorantes y ambiciosos, el papel de los ministros se ha reducido a moderar las tendencias arbitrarias y despóticas del jefe del poder o a obedecer fielmente las órdenes del mandatario. En el Euador el ministro tiene que ser un cortesano que debe estar pendiente de los caprichos y veleidades de un hombre generalmente inferior a él en educación y en cultura, las iniciativas y buenas intenciones de los hombres de talento se estrellan así ante los intereses creados que pueden más en el ánimo del mandatario o antes la incomprensión por parte de éste de los problemas políticos o económicos que se le presentan. Aparte de ésto, la gestión política encuentra siempre obstáculo en la resistencia de la masa general del país acostumbrado a la rutina y al empirismo. Se ha marchado siempre dentro de círculo vicioso por que no habiéndose sabido conducir al pueblo por la verdadera senda por la cual debía llevársele, cualquier paso adelante lo asusta y se resiste a marchar. Las mejores reformas, las leyes más sabias quedan así incumplidas o son desvirtuadas y olvidadas.

La intolerancia y la intransigencia, vicios políticos de nuestros partidos han agriado siempre el ánimo de las facciones contendientes; la falta de honradez y de buena fé, su carencia de ideales, de alteza de miras, de ideas elevadas y de conocimientos de la verdadera situación del país y de sus necesidades, ha impedido que se hiciera labor administrativa, sabia, previsora y honrada. De otro

lado la acritud y la violencia de la lucha política y los desengaños sufridos han ido alejando del ejercicio de ella a los hombre honrados y pacíficos en tanto que los audaces y los arribistas aprovechaban de su alejamiento para colocarse en primera fila y los mediocres usurpaban los puestos más elevados que dejaban los hombres inteligentes y capaces. La revuelta polìtica tiene la virtud de exaltar a los hombres más ignorantes y corrompidos, de elevar el légamo de las capas sociales, de sacar muchas veces del fondo de las prisiones y de los oscuros antros del vicio y de la corrupción, de la bravía y montaráz tierra, de las selvas, de la aldea humilde y escondida, de la encrucijada del barrio bajo a los elementos díscolos y turbulentos que forma el núcleo principal de cada una de las numerosas revoluciones que registra nuestra historia. El ténanos político, como lo ha llamado Carlos Arturo Torres, se nutre principalmente con los detritus que intoxican el organismo social. Por eso ha sucedido muchas veces que la nación sorprendida por una avalancha de gentes sin honor y sin dignidad ha tenido que tascar el freno de una tiranía impuesta por la fuerza. La ignorancia popular, la indiferencia o el egoismo de las clases elevadas, y la incultura ambiente, no ha permitido que en el país exista lo que se ha dado en llamar la opinión pública. La conciencia colectiva no ha podido crearse, debido a las causas anteriores, y por consiguiente la mayoría de los ciudadanos no podía formarse un concepto real y verdadero de los asuntos públicos. Añádese a esto nuestra natural tendencia a la simulación colectiva, al ideologismo verbal y la abulia mental que más de una vez nos ha invadido y enervado: tómese en cuenta otros vicios de constitución social como el regionalismo y el caciquismo, pónganse además el problema etnológico, el aislamiento de las corrientes de la civilización en que nuestra situación geográfica nos coloca, considérese las dificultades que ofrece nuestra topografía al desarrollo del progreso y se tendrá una idea de las causas que han influído para que nuestra política y nuestros partidos sean como han sido y como lo son actualmente.

A falta de banderas y de programas, las simpatías personales o las conveniencias individuales han servido de guía y norma para el desaguadero de las pasiones públicas y de aquí que el caudillaje y el oportunismo dominarán en los partidos más que los ideales y el deseo del bienestar nacional. El criterio pòpular más, que por la razón, ha sido guiado por su instinto, para dar la preferencia a éste o al otro caudillo y la ignorancìa y la falta de educación política han hecho que el pueblo elija casi siempre mal, dando la preferencia al que más alagaba sus pasiones. En este punto los partidos, o mejor dicho los políticos, que formaban agrupaciones o se apandillaban para obtener el poder, han tenido buen cuidado de no hablar al pueblo mas que un lenguaje huero y vacío, lleno de metáforas y eu-

femismos, pero sin formular jamás un programa doctrinario ni ideas concretas respecto a los asuntos generales y a los intereses del país. En determinadas épocas los caudillos que han subido al poder parece que hubieran propuesto ofuscar la mentalidad nacional, no solo con el corruptor ejemplo de sus malas prácticas políticas, sino también dando rienda suelta a las pasiones populares sin cuidarse de reprimir los vicios y las enfermedades sociales, a trueque de adquirir el aplauso del populacho que siempre gusta del amo que le brinda pan y circo. La falta de bandera y de programa permite a los descontentos agruparse al rededor de cualquier caudillo de ocasión, para hacer oposición al gobierno que no ha satisfecho sus aspiraciones personales o pasar de un bando a otro sin el menor escrúpulo adaptándose a todas las situaciones; de donde resulta que los más dúctiles y maleables son los que perduran en la política y los que aprovechan y usufructúan los destinos públicos. En diferentes ocasiones, hombres patriotas y bien intencionados, han tratado de dogmatizar y disciplinar las masas amorfas que hoy constituyen las agrupaciones políticas de nuestro país, pero han tropezado siempre con la valla que les oponen los intereses creados y los compromisos adquiridos y contra la oposición de los caudillos que en ellos veían la ruina de su prestigio.

A travez de toda nuestra historia las tendencias políticas han surgido, han vivido y se han caracterizado así, pero no han podido llegar a organizarse aún: tienen tendencias y distinciones bien marcadas pero no han podido llegar a exponer un programa definido y sobre todo a señalarse una línea de conducta y un método político determinado en cada uno de los asuntos sociales, económicos, internacionales, agrarios, etc., que son otros tantos problemas que el país tiene que resolver. El único criterio que guía a los hombres de los diversos bandos es el sentido religioso y la influencia más o menos acentuada del clero en los asuntos públicos o su alejamiento de los negocios del estado y de su intromición en la política y aún en el manejo de la conciencia nacional, por medio del adueñamiento de la enseñanza pública y del dominio que ejercen desde el confesionario y el púlpito. Pero aún éste influjo se ha debilitado y hoy solo separa a los bandos contendientes del odio tradicional y la ambición del poder, tendiendo los unos a formar una oligarquía plutocrática y los otros una demagogía turbulenta. Entre estas dos tendencias hay un término medio que aprovechando elementos de ambos bandos ha pretendido gobernar el país sin caer en las exageraciones de unos y de otros o mejor dicho, sin apelar a los recursos de fuerza de los unos ni a la violencia plebeya de los otros.. Pero en resumen, todos los políticos de nuestro país podrían, si se hiciera abstracción de la cuestión religiosa, gobernar con las mismas fórmulas, porque sus ideas no los separan más en este punto.

CAPITULO XVI.

La política.

Habiendo estudiado ya la composición de las agrupaciones políticas que en el Ecuador se disputan el poder y las distintas orientaciones y tendencias, que a falta de un credo concreto y definido. las dividen entre sí; veremos ahora la forma y los procedimientos que emplean en la lucha tan tenáz como porfiada que desde la independencia ha marcado la revolución de la nacionalidad.

No preparados nuestros pueblos para el ejercicio de la democracia ni educados en prácticas políticas, que no se adquieren como decía Bolívar, bajo gobiernos tiránicos; tomaron sin embargo la forma democrática, más que por tendencias naturales y por conformarse con su psicología especial y habitual modo de ser, por el idiologismo de los directores del movimiento insurreccional que nos dió libertad y que les hizo adoptar una forma de gobierno que las necesidades del momento hicieron posible y casi necesaria. La creación de la América republicana, no sólo obedeció a una reacción local, sino que tuvo una trascendencia mayor en la vida de la humanidad, puesto que aparecía como una fuerza opuesta a las tendencias monárquicas absolutistas que entonces predominaban en Europa y así del uno al otro lado del océano los elementos liberales la impusieron como una fuerza opuesta a aquella otra tendencia.

Nuestro país siguió el ejemplo de sus hermanas del norte y se desligó de la Gran Colombia, entregándose en manos del despotismo militar que le había dado independencia, pero que dentro del régimen republicano que adoptó, le dió muy escasa libertad y muy poca moralidad política. Este vicio original, con todas sus concecuencias es el que hemos venido padeciendo y el pecado que aún purgamos de gobiernos despóticos que engendran revoluciones demagógicas. Acostumbramos desde nuestro nacimiento al empleo de los medios de fuerza y violencia en la vida pública, el abuso y la violacíón de la ley, la falta de respeto a los derechos del ciudadano, el cumplimiento de los deberes más triviales por parte de todos, ilegitimidad en el origen de los gobiernos, han roto los vínculos que deben unir a gobernantes y gobernados y el estado no ha sido entre nosotros otra cosa que una afición impuesta al país por la fuerza y que sólo se ha-

cía sentir en forma de exacciones odiosas y de extorsiones violentas.

Nada tiene de extraño que, como consecuencia natural, fueran las revoluciones el desahogadero de las iras de los vejados y oprimidos y la bandera tras de la cual se cobijaran todas las ambiciones no satisfechas y todos los ímpetus mal reprimidos.

El estudio de nuestra historia nos ha demostrado cómo en diversos períodos de aquella lucha política no se ha entablado entre clases o castas ni entre regiones diversas que tendieran a dominar la una a la otra por motivos de origen étnico o económico, sino entre grupos de distintas nacionalidades al comienzo y en diversas ideas religiosas más tarde. La alternabilidad de los grupos políticos necesaria en la vida de las naciones democráticas, no ha podido hacerse de un modo pacífico, porque ni los que gobernaban tenían la tolerancia suficiente para dejar que los ciudadanos ejercieran libremente sus derechos, ni estos tuvieron nunca conciencia exacta de ellos, ni la firmeza y la ecuanimidad suficientes para reclamarlos de un modo pacífico pero enèrgico y sólo hallaron en el tumulto y la rebeldía la manera pronta y eficaz de adquirirlos o recuperarlos. La libertad de sufriagio sólo ha sido un derecho escrito y consignado en las muchas constituciones que al país se ha dado, una por lo general después de cada revolución, pero nunca o con muy escasas excepciones un hecho real y tangible que haya hecho sentir su saludable influencia en la vida pública del país. Aún hoy, después de casi un siglo de vida independente, continuamos lo mismo y de aquí uno de los males fundamentales de nuestra política que día a día se ha ido agravando, merced a la cronicidad del mismo padecimiento.

En efecto, si al comienzo esta libertad estuvo restringida para solo un determinado núcleo de ciudadanos procurándose, por este medio que los electores fueran solo la parte mas conciente e ilustrada del país, le fué entregado aunque de un modo ilusorio este poder discresional, cuando aquel no había adquirido el desarrollo cultural y solo ha quedado en manos de los gobiernos para que a su amparo se cometan fraudes y abusos, que han llevado el exceptismo y la desconfianza en los procedimientos, al ánimo de los ciudadanos. Los pacíficos no hacen uso de él por temor de verse atropellados; los instruídos porque saben que su número es menor que el de los analfabetos; éstos porque ignoran lo que con la política se relaciona y sólo saben que las elecciones son una ocasión para que se les veje y oprima: únicamente la matonería trashumante de las villas y ciudades, dispuesta a vender su conciencia y su fuerza muscular al mejor postor, es la que elige los candidatos que el gobierno o alguna facción oposicionista desea ver en los cargos públicos. Y sinó por este procedimiento, hasta hace pocos años se ha elegido por otro más expeditivo que con zumbona ironía

describe así el viajero francés Delebecq: "cuando se quiere elegir un diputado o un concejero municipal, una compañía de soldados desfila por delante de la mesa electoral y va depositando en el ánfora sus votos; la misma tropa repite igual operación hasta que se complete el número de votos suficientes para sacar triunfante al candidato escogido. Si algunos ciudadanos tratan de oponerse a esta manera de proceder, unos cuantos tiros de fusil o unos cuantos garrotazos los vuelven más a realidad de las cosas. "Los hechos han cambiado un poco en los últimos años y por pudor político, aunque no conste en la ley, el ejército ha cesado de votar: pero en cambio turbas armadas de garrotes y de revólveres y reclutadas entre la baja clase social monopolizan el libre ejercicio de la suprema garantía ciudadana.

No es en estas páginas donde voy a exponer los mil abusos y las mil incorrecciones que se cometen, sólo hago mención de ellas para señalar que, falseada la base del sistema democrático representativo, no queda a las facciones en lucha otro recurso que los medios de fuerza, para turnarse en el poder: por ende, he aquí una de las principales causas de nuestras frecuentes revoluciones. La otra se desprende del mismo hecho de que, dándose participación al ejèrcito en la política, este es una fuerza que decide la suerte de los gobiernos. Así, sea que el jefe del Estado sea un militar o un civil, que el gobierno sea conservador o liberal, el régimen es siempre militarista por el hecho de que sólo domina debido al apoyo del ejército y que faltándole este, cae inevitablemente del poder. No apoyándose los partidos, o mejor dicho los políticos de los bandos contendores, en masas populares, densas y conscientes tienen que apelar irremediablemente a este apoyo extraño para mantenerse en el mando. Con muy justa razón ha dicho un escritor nacional que mientras unos se apoyan en el cura y en el gendarme, los otros se apoyan en el gendarme y el montonero. La única diferencia de un gobierno a otro consiste en la mayor o menor tolerancia que se tenga para los abusos que la soldadesca cometa contra la población civil, pero por lo demás, todos halagan al soldado, procurando que el presupuesto mejor cubierto sea el del ejèrcito que absorve la cuarta parte de las rentas nacionales y que, a pesar de las leyes de pie de fuerza que se dictan, es casi siempre superior a lo que realmente necesita la nación para su seguridad y defensa. Decir cuantos trastornos políticos y sociales engendra este predominio del militarismo, sería tarea larga y dos jóvenes escritores nacionales, el doctor Leonidas García y don Daniel Hidalgo, los han estudiado bien en sus sendos y magnìficamente escritos opúsculos.

De paso hemos mencionado un tercer vicio de nuestra política y es la falta de acatamiento a la ley y la facilidad de su incumplimiento, la frecuencia con que es violada por los mismos encargados de hacerla guardar y cumplir. En estricta verdad, podemos decir que,

acaso no haya mandatario que se haya ceñido estrictamente a ella y que en alguna ocasión no haya buscado algún subterfugio para orillarla, alguna puerta de escape para no cumplirla.

Todo individuo erigido en autoridad, parece como que se creyera por encima de la ley y exceptuado de su cumplimiento, sin perjuicio de aplicarla con dureza a los que están bajo su férula. En consecuencia, los gobernados no miran en el Estado sinó una fuerza despótica, siempre dispuesta a coartar sus derechos y la autoridad no se traduce para el pueblo, sobre todo para las clases inferiores, sinó en forma de abusos y exacciones cometidas por el juez, por el policía, por el Teniente Político, por el militar y hasta por los concejos municipales.

La levadura de fermento y odio que hace prosperar a las revoluciones y empuja el populacho de las ciudades y las campiñas tras de cualquier bandera, empuñada por un caudillejo, se debe buscar en la incomprensión de los políticos de clase elevada de la psicología especial del pueblo que gobiernan, en su negligencia para poner remedio a sus necesidades y en su tolerancia para los abusos de los caciques pueblerinos y de las autoridades inferiores. Faltando todo freno al poder, esto sólo se ve coartado por disposiciones legales cuyo cumplimiento trata de evadir, siempre que lo juzgue conveniente y no es raro sinembargo que los políticos y mandatarios declaren que en un país de díscolos, las leyes son insuficientes para gobernarlos. Los que así hablan olvidan la Historia y no recuerdan que más de una vez bajo el imperio de tiranías que no se ciñeron nunca a las leyes, no fue la nación mejor gobernada ni anduvo más de prisa en el camino del progreso.

Los cuerpos elegibles, el congreso y las municipalidades no son en suma más que una prolongación del poder central, puesto que son elegidos por inspiración suya y bajo sus auspicios y sólo por rara casualidad o tolerancia, que más de una vez se debe a una estratagema política, se deja asistir a ellos algunos hombres que no participan de las ideas del gobierno. Estas minorías no pueden hacer más que una labor de oposición infecunda en sí misma, pero cuando la opinión pública las apoya, el poder de estas suele ser bastante para intimidar a los gobiernos que en tales casos ven coartados sus planes, más de una vez, ruinosos para la vida nacional, como que no son inspirados sino en un interés personalista.

La falta de probidad gubernativa y desinterés personal hace sospechoso cualquier plan económico salido de los hombres de gobierno y las oposiciones explotan muchas veces con evidente mala fé esta desconfianza, ostaculizando en ocasiones intenciones de los gobernantes ineludiblemente honradas y progresivas.

Este mal que viene desde los comienzos de la República y es de recordar la caída del ministro Tamaríz en la época del Presidente Rocafuerte por haber tratado de reprimir el agio y encausar

el desorden que reinaba en la Hacienda Pública, mal crónico de nuestra administración.

A estos vicios capitales y aún por encima de ellos, debe unirse la falta de un ideal elevado y una visión de conjunto que caracteriza a nuestros hombres públicos y que, dejando a un lado los dogmas y los prejuicios de las banderías políticas, tratará de imprimir a la nación un rumbo definido, de acuerdo con su pasado histórico y con sus necesidades actuales y futuras.

Acaso sólo dos gobernantes que hemos tenido se han dado cuenta exacta de ellas y con visión clara, aunque no serena y quizás ofuscados siempre por el espíritu partidario, han podido imprimir, aunque con distintas tendencias, un impulso firme y decidido en el camino de la civilización y del progreso y dotarnos de leyes e instrucciones que aún subsisten; Rocafuerte y García Moreno son en nuestra historia política espíritus cuya alta comprensión de las realidades de la vida nacional, no han sido igualadas por otro mandatario: las reformas políticas y las obras públicas que en otros períodos de gobierno se hayan podido llevar a cabo han sido en verdad inspiradas más bien por los hombres que rodeaban a los gobernantes y que estos acogían instintivamente y hacían suyas sin comprender en realidad el verdadero alcance y trascendencias de ellas. Esta carencia de ideales no sólo en lo político, sino en lo económico, en lo administrativo y en las relaciones exteriores con los demás pueblos, además de habernos hecho cometer la mayor parte de los errores de nuestra vida pública; hace que con frecuencia se dicten leyes inadecuadas al temperamento nacional, y que la mediocridad impere en todo porque; no siendo necesario, para desarrollar planes de gobierno concebidos sin talento ni elevación de miras, el concurso de los hombres más ilustrados, se echa mano de los elementos que, por su menor valer, se prestan mejor a satiscer las exigencias de los gobernantes. Además, su mentalidad está más cerca de la del pueblo y se hallan por consiguiente más en contacto con las realidades vulgares del momento, y de aquí que los organismos rampantes de la política que los hombres dúctiles y maleables, sean los que mejor provecho saquen de ella. Aunque haya derecho para acusarla de falta de patriotismo, la parte ilustrada del país rehusa más de una vez ocupar los cargos públicos para no tener que apelar a los medios que se consideran indignos y en desacuerdo con su manera de sentir y de ver las cosas.

La lucha de ideas, por otra parte, ha cesado en realidad; pues las de los últimos diez años sólo han sido personalistas y pueden considerarse como una recrudescencia del caudillaje militar no desaparecido ni vencido aún. Las revoluciones se han hecho bajo pretextos de especiosos, para cubrir las apariencias, a veces con razonamientos pueriles que dejaban ver la sin razón de los que los llevan a cabo y sería curioso releer con criterio impar-

cial y sereno los manifiestos que han lanzado los jefes revolucionarios y que hoy, después que el tiempo que ha venido a deshacer muchas ilusiones y a destruír muchos prejuicios, harìan sonreir al espìritu desapasionado que hiciera tal lectura. Las reacciones violentas que a tales revoluciones han seguido, no han sido sinó consecuencia natural de la injusticia con que fueron hechas y un movimiento de defensa más bien social que político, para terminar los períodos de corrupción y de desorden a que han dado lugar. No sabríamos decir si el militarismo con ello está cavando su propia tumba porque en un país donde la opinión pública tiene tan escasa fuerza como en el nuestro, los cadáveres políticos son un mito y después de un tiempo de letargo parecen que resucitaran libres de las culpas que cometieron. Los pueblos parecen faltos de memoria y que no aprovechan las lecciones de la experiencia en cuanto al conocimiento de los hombres y a la apreciación de sus virtudes. Esta falta de sanción en lo social como en lo político se debe a dos causas: primero a cobardía moral, pues hay horror a echarse encima enemistades peligrosas y así en un pueblo de carácter endeble es el brabucón que triunfa y se impone, cualesquiera que sean sus faltas; y segundo al culto de los hombres, verdaderos ídolos del foro, como ha dicho el escritor colombiano Carlos Arturo Torres y que es una de las características huellas dejadas desde la independencia por la intransigencia partidarista. Esto hace que no se diferencie entre sí al mandatario probo y honrado del dilapidador y concusionario, siempre que este sepa halagar los instintos populares y hacerse dueño de la fuerza armada, suprema autoridad que concede el poder con una guardia petroriana en tiempo de la decadencia del imperio de los Césares. Por eso son posibles aún en nuertro paìs las tiranías encabezadas por un personaje militar, pues aunque la última que hemos padecido haya tenido un fin dolorosamente trágico, no puede decirse que la situación social del país haya vuelto imposible tales gobiernos.

La intransigencia y la intolerancia originadas en luchas en que el sectarismo político se ha unido al fanatismo religioso, ha dejado un sedimento de odio y de violencia que ha hecho más enconada aún la lucha, hasta ahora en nuestros días que ya no se ha combatido por ideas o principios doctrinarios sino por intereses personalistas. Mas los excesos de esta misma violencia han llegado a impresionar hasta cierto punto a la mayoría de la nación y este disgusto y esta repulsión por tales medios puede ser un principio de curación de nuestro tétanos político y un comienzo de regeneracion en nuestros métodos de gobierno.

A tan vicioso sistema político tienen que corresponder formas de administración más viciadas aún y que originan y engendran a su vez mayores daños para el progreso de la nación. Los gobernan-

tes tienden a rodearse de personas de su confianza que les sean adictas particularmente y de aquí el nepotismo y la oligarquía y la tolerancia para los abusos de los empleados inferiores, para los cuales se cierra los ojos por miedo de perder un partidario que apoye incondicionalmente los actos del Jefe de gobierno y sus Ministros.

La distribución de los empleos públicos se hace siguiendo el criterio de que es preciso contentar a los amigos y partidarios del Jefe del Estado sin consultar las aptitudes que estos tengan para desempeñarlo y los cargos públicos antes son considerados como prebendas o sinecuras y como un premio a la adhesión del agraciado con ella. Principalmente los que tienen que manejar rentas públicas buscan hacer su provecho personal administrándolas sin probidad con perjuicio del erario público. La sanción de los tribunales encargados de revisar las cuentas se hace lenta y tardíamente haciendo nula su acción que debería ser pronta y eficaz. Demás está decir lo que con esto padecen los servicios públicos y de cómo la falta de administración trae consigo la desorganización general y muchos tropiezos y dificultades en la vida ordinaria.

Tal es a grandes rasgos la manera general como operan las facciones políticas y si bien en estas hay hombres probos y honrados que desearían ver cambiado el rumbo de los acontecimientos y encausados los procedimientos por otra vía, siendo su número escaso, se ven arrollados por la mayoría y al fin tienen que abstenerse de tomar parte en la lucha desengañados ante la impotencia de sus esfuerzos.

CAPITULO XVII.

El problema económico.

ASI como la vida de los individuos las faltas que se cometen durante ella van acumulándose hasta el extremo de ocasionar situaciones difíciles e insostenibles a los que la cometen: así si se ha sido viciosos y corrompidos puede llegarse a la degeneración; si se ha sido derrochador puede ocasionar la ruina; del mismo modo los errores de los pueblos se acumulan hasta provocar crísis y trastornos cuando su imprevisión o inexperiencia los conduce a análogas situaciones. Tal puede decirse de la situación económica del Ecuador que, auque no ruinosa y desesperada, se halla hoy en un estado de estancamiento que dificulta en unión de otras causas, el rápido desarrollo de la nación. Cuando nos erigimos en estado independiente nuestro desarrollo material era muy escaso y las rentas del país, de suyo pobres y menguadas se hallaban pignoradas en su mayor parte y en poder de agiotistas que especulaban con la penuria del tesoro público. La primera administración nada hizo por remediar este estado de cosas y los esfuerzos del presidente Rocafuerte se estrellaron ante la influencia de tales vampiros que vivían a expensas de la nación. Vicios heredados de la colonia hacían que la administración fuera sumamente defectuosa y la falta de probidad, que por lo demás desgraciadamente en toda época ha existido en el manejo de los fondos públicos, era escandalosa en aquellos tiempos. El estado que apenas podía atender a su subsistencia tuvo que tomar a su cargo parte de la deuda de la Gran Colombia y heredó así una carga que le ha sido sumamente onerosa y le ha ocasionado en todo tiempo dificultades y controversias. Sea por la escaséz de rentas, sea por las contínuas guerras civiles, sea por la incapacidad de los gobernantes, estos dieron poca importancia a los caminos y vías de comunicación, principal manera de facilitar el desarrollo del comercio en los pueblos. Fué en la època del presidente García Moreno cuando se constituyeron e iniciaron las mejores que hasta hoy tenemos y con posterioridad los demás gobernantes cual menos trabajó en este sentido.

Aunque cometiendo errores en la forma de la contratación de los ferrocarriles que han estorbado que se obtenga de ellos todo

el provecho que serìa de esperarse, ha tocado a las últimas admitraciones el honor de iniciar o terminar en el país una serie de vías férreas, que aunque han demandado y siguen aún demandando ingentes sacrificios de parte de la nación, harán comunicar importantes centros de producción y de actividad comercial y darán vida a extensas y feraces regiones hoy incultas y despobladas. El principal de ellos que va desde Quito hasta Guayaquil ha sido hasta ahora el más costoso, aunque, indudablemente, el más importante, porque pone en comunicación directa la Capital de la República y la meseta central interandina con el puerto principal del país. Su construcción se haya sin embargo íntimamente ligada a la economía y a las finanzas nacionales, no solamente por la relación natural y directa que existe entre ellas y las vías de comunicación sino tambièn porque el crédito del estado se haya empeñado por consecuencia de él. En efecto, la deuda externa proveniente en su mayor parte de lo que nos tocó pagar la deuda de la Gran Colombia no había podido ser cancelada, pero ni aún siquiera el Estado pudo atender cumplidamente el pago de los servicios de intereses y amortización, en diversas épocas se hicieron arreglos con los tenedores de bonos para efectuar dicho pago; pero la vida irregular de la nación cuya hacienda pública ha tenido una existencia más precaria y aun en las condiciones honrosas en que dichos arreglos fueron pactados, impidieron al tesoro cumplir sus compromisos habiéndose suspendido el servicio de los bonos en 1894. En estas condiciones y tratándose de construir el ferrocarril de Guayaquil a Quito se hizo necesario recurrir al crédito exterior dificultándose toda operación por causa de la suspensión del pago antedicho. Entonces se llevó a cabo una nueva conversión de la deuda cangeándose bonos de ésta por bonos del ferrocarril y pasando de los acreedores del estado a ser acreedores por concepto de esta obra pública la cual se les daba como garantía en hipoteca. Se esperaba cuando la obra fué contratada que el producto del tráfico cubriría no solamente el gasto del mantenimiento y servicio del ferrocarril sino que también alcanzaría para pagar los intereses y la amortización de los bonos y así se pactó y convino.

Pero por desgracia han surgido dificultades interminables y aun no terminadas entre el gobierno y la compañía constructora: el primero exige una revisión de la contabilidad de la Compañía conforme los contratos, alegando que el producto del tráfico es suficiente para pagar los servicios referidos; y la segunda se niega haciendo constar en sus libros de contabilidad partidas que el gobierno considera como ilegales, con el objeto de cubrir el saldo y evitar así el cumplir con su compromiso aumentando al mismo tiempo las ganancias de sus accionistas. El Gobierno ha suspendido el pago de los intereses de los bonos, pero sus tenedores alegan que nada tienen que ver con la compañía constructora ni con las diferencias que ésta tenga con el gobierno y que es éste el responsable en todo caso

de los intereses de dicha deuda. Ha surgido aqui un confiicto económico que gira dentro de un círculo vicioso, pero que en todo caso constituye un escollo para la buena marcha económica del país porque los tenedores de bonos hacen una propaganda de descrédito contra el estado y le impiden contratar emprèstitos en el extranjero para llevar a cabo otras obras públicas que impulsando el desarrollo del País permitirían a éste, al mismo tiempo que aumentar su riqueza y su producción, sus rentas, merced a la cual podría hacer honor a sus compromisos con más regularidad que a lo que hasta aquí lo ha hecho. Sea por la situación geográfica del país, sea a causa del clima, de la ignorancia que acerca de èl existe en el extranjero y de su agitada vida política, el capital de afuera no ha acudido tampoco bajo formas de empresas particulares, de las cuales sólo existen un pequeño número y por tanto el incremento de él, sólo se debe en su mayor parte al esfuerzo nacional.

En otros paìses de la América, aun de algunos que han tenido una vida política análoga a la nuestra, este contingente ha venido sin embargo pese a todos los inconvenientes, y debido a ál, muchos de los problemas nacionales se han resuelto fácilmente. Los países de la América central a los setentrionales de la del sur han sido menos favorecidos y eso que su riqueza no desmerece la de los otros. Quizá deba buscarse la causa de ésto en que los países más ricos y emprendedores Inglaterra, Francia, Alemania, Bélgica tienen en Asia y Africa tierras tan feraces de suelo, clima y producciones como las nuestras y prefieren desarrollar en ellas empresas agrícolas e industriales para obtener, talvez en mejores condiciones, productos semejantes a los que nuestro suelo podría suministrar. Las colonias Inglesas de Trinidad y de la India, las Portugueses de Guinea, las Belgas y Francesas del Congo y las Holandesas de Java son en efecto nuestras competidoras en los mercados europeos.

Con el apoyo del capital extranjero otros países de más vitalidad que la nuestra no hubieran podido progresar con la rapidéz con que lo han hecho, ni explotar sus minas ni construir sus obras públicas. Pero ha surgido otra dificultad que retardará por mucho tiempo más la inmigración de capitales y ésta es la causada por la tremenda guerra europea que hoy conmueve al mundo entero. Preveen los financistas que a consecuencia de ella quedarán económicamente agotados los países más ricos de Europa, actualmente empeñados en la contienda y que necesitarán emplear todas sus energías para restaurar sus industrias y su comercio, empleando en su propio territorio el dinero que antes se invertía en empresas en el extranjero. Más aun, en los Estados Unidos, que se han aprovechado de la guerra para incrementar sus industrias y efectuar enormes ganancias, que antes eran tributario del dinero europeo, se están convirtiendo al contrario en prestamistas puesto que ya varios empréstitos se han lanzado en estos países y por consiguiente sus ban-

queros encontrando más seguro colocar sus capitales en Europa preferirán esto último a colocarlos en los países hispano-americanos que ellos consideran como convulsivos. Además de ésto el interés del dinero subirá debido a la mayor demanda de los capitales y sólo las empresas muy lucrativas atraerán la atención de los especuladores. Bien es verdad que muchos economistas creen que la inversión de capitales extranjeros no solamente merma la soberanía del país imponiéndole el tutelaje de una plutocracia extraña, sino que también constituye más tarde una pérdida constante de recursos para el país porque le impone una contribución anual y una emigración de dinero por causa de los dividendos e intereses correspondientes al capital invertido que es necesario pagar luego. Esto, no obstante el ejemplo de la Argentina y Chile nos muestra que si los hombres dirigentes de una nación se inspiran en los dictados de la cordura y el patriotismo para guiarlo y si el pueblo corresponde a la conducta de sus gobernantes, la riqueza del país, no sufre merma sino que al contrario aumenta cada día y que la soberanía nacional podrìa conservarse incólume a pesar de las influencias del capitalismo extranjero. Verdad es que un ejemplo contrario nos lo dan también los países de la América central en donde vemos realizarse enteramente el primer enunciado.

La escasa experiencia que el Ecuador puede tener acerca de este problema financiero no le es favarable: por las causas anotadas más arriba ya hemos visto de como se ha hallado siempre en dificultades con sus acaeedores extranjeros, y con las compañías empresarias de sus obras públicas; y por lo que hace a las empresas particulares, éstas generalmente gustan de vivir al margen de la ley atropellando los derechos de los nacionales, demandando privilegios exorbitantes, a cambio de conceciones ilusorias y cositándose al odio y el encono de los pobladores. El capital extranjero que honradamente ha venido a trabajar al país ha sufrido, justo es confesarlo, los naturales quebrantos que la agitada vida política de este haya podido causarle; pero nunca se ha dado el caso de que propiedades extranjeras hayan sido robadas o saqueadas ni de que una empresa haya fracasado por causa directa de la revolución. Se ve pues que si el país entrara en una era de paz bastante larga para borrar desconfianzas y hubiera honradéz, seriedad y sinceridad en el Gobierno, se realizaría el mismo éxodo que en otros países y esto sería una gran ventaja para el nuestro. Mas por desgracia aún parece yue esta condición está lejos de llegarse a cumplir y que a pesar de las esperanzas que se fincaron en la apertura del Canal de Panamá no se realizarán tan pronto las previsiones de algunos escritores que creían que esto traería un gran aflujo de negocios y de emigración al país. En el el nuestro, como en casi todos los de América, los caminos y ferrocarriles tienen gran importancia en la economía nacional, por

las largas distancias que hay que recorrer y los obstáculos que se está obligado a vencer; además de la que tienen por si mismos a causa del desrarollo que imprimen a las regiones que atraviesan. En el Ecuador estas son casi siempre feraces y no existen esos grandes desiertos áridos desprovistos de población, pues las comarcas no pobladas de la República son al contrario las más fèrtiles no hubiéndolo sido hasta ahora precisamente a causa de su vegetación bravía y exhuberante de selva tropical y por el alejamiento en que se hayan de los centros poblados.

Por eso hemos hablado de ellos en primer lugar y por eso insistiremos en el mismo tema más adelante. Los demás ferrocarriles en construcción o en estudio están llamados así mismo a desarrollar grandemente el comercio y la agricultura el día que estuvieren terminados; pero por desgracia su elevado costo no está en relación con los fondos destinados para construirlos y como por las razones anotadas tiene que serlo sólo por el capital nacional, su progreso es muy lento y van ejecutándose poco a poco. Los espíritus previsores creen que lo racional y conveniente sería dedicar todos los fondos de que dispone la nación a ejecutar uno sólo, eligiendo el que se creyera de necesidad más urgente y de rendimiento económico inmediato, pero por desgracia el receloso provincialismo pone el grito en el cielo porque como cada cual se ejecuta con fondos regionales y cada comarca cree ver en el ferrocarril que la atraviese su salvación económica, se grita y se protesta si se distrae un sólo centavo de los fondos destinados para estudio y mucho más gritara y protestara si una medida tan radical fuera puesta en práctica. Se necesitarìa un gobierno dotado de energía y firmeza para llevar a cabo esta medida que acaso ocasionaría mucho alboroto que causaría muchas desilusiones momentáneas, pero que permitiría terminar más rápidamente uno a otro todos los ferrocarriles empezados. Por otra parte: a cual dar preferencia? cada cual haría ver las razones por las cuales está convencido que mejor es el suyo y no habría manera de sacar a los pueblos de tal convencimiento.

El Ecuador necesita además de sus ferrocarriles, prestar más atención a la construcción de carreteras y puentes así como los de caminos secundarios: actualmente se pagan muchas contribuciones destinadas a la construcción de algunos de éstos pero como sucede con la mayor parte de los impuestos que se pagan para obras públicas, el gobierno dispone de ellos para dedicarlos a gastos generales de la administración y por otra parte la mayorìa dan una renta insuficiente por año para efectuar la obra con la rapidéz necesaria por que en el país es muy curiosa la manera cómo se arbitran los fondos necesarios para una obra pública: generalmente se impone una contribución sobre los productos de la región que va a ser beneficiada con la obra pública en proyectos y a veces sobre los de alguna otra que ningún beneficio sacará de ella, recaudada la contribu-

ción el fisco como ya hemos dicho, casi siempre en apuros de dinero, la distrae y los contribuyentes pasan muchos años sin que vean realizada la mejora que esperaban y que algunas veces es de suma urgencia. Así se han proyectado y pagado contribuciones para obras de irrigación, ferrocarriles, puentes, caminos, canalización de ríos, saneamiento de ciudades, hospitales, mercados, edificios de colegios y escuelas, sin que tales obras, se hayan ejecutado. Pero el presupuesto del estado que ha llegado a ascender a 21 millones, por efecta de la época anormal que atravieza el mundo entero en los instantes en que escribimos ha descendido hasta 17; sinembargo como a pesar de todo no es posible negar el lento progreso que se efectúa y la obra de los pioneers de la agricultura que en la costa van día a día ganando sobre la selva inculta terrenos de cultivo y cambiando los que antes eran bosques cerrados en fincas cultivadas y aumentando por consiguiente la producción agrícola; la economía nacional va sintiendo el influjo de este aumento y mejorán lose visiblemente el estado financiero del país, apesar de las crísis momentáneas. Por que es la agricultura y esto ya se ha dicho y repetido en todos los tonos, la fuente principal de nuestra vida económica. En efecto, para que en un país se desarrolle en la industria es necesario dos cosas: primero la baratura y facilidad de consecución de las materias primas y en segundo lugar la facilidad de comunicación que permita tanto transportar éstas; cuanto los productos manufacturados. Ahora, bien ya hemos visto que aparte del ferrocarril de Guayaquil a Quito apenas si el Ecuador tiene comenzado algunos kilómetros de otros ferrocarriles secundarios y en cuanto a carreteras y caminos está aún por iniciarse la verdadera era de su construcción, pues aparte de la que atravieza la meseta central, paralelamente al ferrocarril, no hay otra en el Ecuador que meresca tal nombre y los caminos son malos senderos, muchas veces intransitables en ciertas épocas del año. La exportación de ciertas materias primas, tales como el carbón, están ligadas a la construcción de los ferrocarriles porqne merced a ellos podría transportarse económicamente la maquinaria necesaria para dicha explotación y a su vez transportarse los productos hasta los lugares donde fuera necesario su consumo; así se desarrollaría la minoría y por consiguiente las industrias derivadas de ellas. Añádase que los productos mineros están casi todos situados en el callejón interandino y que hay que salvar los obstáculos de las cordilleras para transportarlos a la costa para su exportación al extranjero. Se comprenderá la dificultad que existe para el desarrollo de ésta y de otras industrias pues sería necesario que se tratara de minerales tan ricos como los de México y Bolivia para que pudieran ser explotados y su explotación dar el producto bastante para pagar los gastos de transporte. Así el porvenir industrial del país ligado al porvenir ferrocarriiero está según toda probabilidad bastaute lejano y dependerá de los esfuerzos que se hagan para

llevar a cabo los caminos de hierro que se tiene en proyecto. En cambio su rica región agrícola de la costa cercana al mar y apta para muchas clases de cultivos será la mejor fuente de riqueza que sostenga y anime la vida comercial del país. El principal producto es hasta hay el cacao del cual en 1914 el Ecuador produjo 250.000 quintales o sean 43 millones 300.000 kilos que representan la tercera parte de la producción mundial. Desgraciadamente al rededor de este producto cuyos derechos de exportación constituyen unas de las más fuertes y seguras entradas de las arcas fiscales y que aporta al país cerca de 25.000,000 de sucres, hay diversas controversias a cerca de su porvenir y hay mucho que decir sobre su cultivo. En primer lugar el Ecuador tiene muchos rivales, que si bien todos no producen ni la calidad ni la cantidad de cacao que él, sin embargo le hacen competencia en los mercados extranjeros: hasta hoy el principal consumidor habìa sido Alemania, siguiéndole de cerca EE. UU. e Inglaterra, pero la guerra mundial ha trastornado y cambiado los mercados y el principal centro de comercio no es Hamburgo como hasta ayer, sino Nueva York. Inglaterra como consecuencia de la guerra mundial es posible que cambie de sistema volviéndose proteccionista y que prefiera consumir el cacao de sus colonias o de las de sus aliados al de los países neutrales con quienes no tenga ana alianza comercial: de este modo el Ecuador no tendrá ya la libertad de oferta que tenía antes y se verá obligado a aceptar los precios que rijan en Hamburgo o New York. que en la futuro serán sus principales mercados. Estas previsiones pueden salir fallidas porque Inglaterra, para hacer competencia a sus contrarias puede necesitar acaparar mayor cantidad del producto que se dé en sus colonias y se vea obligada a comprar el de los países neutrales. Pero aun queda otro peligro: las tierras donde el cacao puede ser cultivado tanto en América como en Asia y Africa son extensísimas y podría suceder que sus plantaciones hechas en las colonias Europeas de esos continentes, sumadas a la producción americana, dieran una cantidad de cacao mayor que el consumo mundial. Sin embargo hasta hoy la relación entre el aumento de la producción y la del consumo se mantiene constante y los optimistas creen que no se dará el caso de una baja por exceso de producción, análoga a la que otros productos tropicales han experimentado. Nada puede preveerse de una manera exacta acerca de este punto porque en realidad depende de los gustos del público y hasta de los bebés que consuman más o menos cantidades de bombones. Y he aquí de que modo un grave problema económico está pendiente de la golosinería de los niños. Lo que desgraciadamente es cíerto es que la rutina de nuestros cultivadores no quiere introducir en éste, como en ningún otro cultivo, métodos y sistemas nuevos de agricultura y que debido a ello la calidad de nuestro grano desmejora día a dìa por agotamiento del suelo.

Pero éste; fertilizado continuamente por el aporte de terrenos

cargados de humus, que según Wolf le traen constantemente los aluviones que bajan de la Cordillera, es capaz para producir muchoso otros frutos que pueden ser objeto de un gran comercio o ser utilizados en la industria como materias primas. El cocotero puede darse en grandes extensiones y es sabido el valor que hoy tiene esta nuez, sea consumida directamente, sea para extraer de ella el aceite que contiene. Las frutas tropicales pueden ser exportadas asimismo al estado natural o en conserva, en cantidades inmensas. Uu cultivo racional del algodón, de la cabuya del kapok o lana de seiba, puede volver productivas regiones que hoy quedan yermas y estériles, como las costas de las provincias de Manabí y el Guayas, donde además existen yacimientos de petróleo, al borde del mismo mar y que apenas se explotan. Por último. el café, el caucho, la zarza parrilla y la quina, las maderas de todas clases, pueden ser exportadas en condiciones ventajosas. Desgraciadamente el comercio tiene dos trabas que impiden su libre desarrollo: la primera, la carestía de los fletes que la compañía de vapores imponen debido a la falta de concurrencia por una parte, a la mala calidad de los puertos por otra y a las cuarentenas que imponen a las naves procedentes del Ecuador y principalmente de Guayaquil, por causa del mal estado sanitario; luego las leyes de aduana que recargan la tributación de los frutos exportados, gravando no sólo la tierra. sino también la producción; de tal modo que nuestra legislación rentística y aduanera no se atiene a un criterio económico determinado, siendo al mismo tiempo proteccionista y libre-cambista. con tal de que el Estado saque el mayor producto de los impuestos fiscales, gravándose por consiguiente las mercancías con el máximun de las cargas que pueden soportar. Además la agricultura de la Costa, puede todavía aumentar su producción, ya por la introducción de métodos racionales de cultiyo, ya por el de otros nuevos tales como el del lúpulo, la marera, el olivo de la vid, de los cuales se han hecho ensayos muy favorables.

La ganadería tiene un gran porvenir, tanto en la Sierra como en la Costa, y hoy mismo empieza la primera a exportar productos derivados de la criá de ganado vacuno. Las crìas ovina y porcina tienen así mismo un gran porvenir. pues apenas si hoy se crían en escala tan reducida que no alcansan para el consumo del país. Por último la pezca podría dar muchos mayores rendimientos y esto hablando solamente de la de la Costa firme, pues la colonización de las Islas Galápagos, que presupondría la creación de una marina mercante a vapor, aumentaría la riqueza del paìs, por las ventajas que presta la situación en la ruta de los buques que van de Australia y el Extremo Oriente a Europa por el Canal de Panamá.

Es una anomalía sólo explicable por el empirismo con que se manejan las finanzas públicas y por el ningún interés que los hombres dirigentes, con escasas exepciones, han puesto en el desenvol-

vimiento de la riqueza pública, que el Ecuador siga siendo uno de los países más pobres de América cuando su diversidad de climas y producción lo ponen en condiciones, no sólo de llenar por sí mismo sus necesidades, sinó también de abastecer con su producción a muchos otros pueblos de América y Europa.

El presupuesto de la nación era hasta 1913 de 21 millones de sucres; pero por causa de la disminución de las importaciones durante la guerra europea y la discordia civil del país ha disminuído a 16 millones, siendo las entradas iguales a las salidas. La importación es de más o menos 28 millones y la exportación al rededor de 30, siendo la masa total del comercio de 60 millones más o menos.

CAPITULO XVIII.

El problema sanitario.

En todo tiempo la salud pública ha sido considerada como una de las condiciones más necesarias para que un pueblo pueda desarrollarse y aumentar su riqueza y su población; pero ninguna época como la nuestra le ha concedido tanta importancia, sobre todo desde que los progresos de la higiene han demostrado que era posible mejorar las condiciones de salubridad de regiones consideradas como inahabitables y que podía conseguirse disminuir la mortalidad de un pueblo, suprimiendo o haciendo decrecer las enfermedades infecto—contagiosas. En los países situados en la zona ecuatoriales y entre los trópicos, donde causas de origen climáterico y telúrico hacen posible el desarrollo más rápido de estas enfermedades y donde estas mismas causas, obrando sobre la economía le imponen una actividad mayor para su conservación y defensa, donde existen además causas que debilitan el organismo o lo predisponen a recibir las aludidas enfermedades, la cuestión ha adquirido mucha mayor trascendencia y se ha relacionado y ligado íntimamente a la vida nacional de tal manera que el incremento de la población, el del comercio, el de la iudustria y la agricultura, la economía misma de un pueblo, sus condiciones de vida todas, depende de ella. Así se ha visto que, poblaciones de vida lánguida e inactiva, después de mejorar sus condiciones de salubridad pública, han pasado a un estado de prosperidad y florecimiento que antes no tenìan. Se ha demostrado también que no era imposible sanear y volver habitables los lugares que antes eran considerados como más insalubres y que no es difícil la vida cuando las condiciones de higiene se adaptan al clima en que se habita.

Para nuestro paìs esta cuestión tiene, por los antecedentes que acabamos de exponer, una gran importancia; porque precisamente su situación geográfica lo coloca en una zona considerada como generalmente insalubre; y de ello ha gozado fama y la goza aún, si bien es preciso confesar que de un modo injusto y no merecido.

El Ecuador, aunque situado bajo la línea equinoccial por las condiciones especiales de su topografía, disfruta de climas muy variados y en los cuales las condiciones sanitarias son muy dis-

tintas. Los higienistas dividen la zona comprendida entre los trópicos en otras tres, de las cuales la una situada a ambos lados de la línea equinoccial es llamada la zona de las nubes, del «pot noire» como dicen los franceses, y cuyo clima se caracteriza por una humedad constante, lluvias continuas y abundantes durante todo el año, alta temperatura y frecuentes tempestades. La atmósfera se encuentra en ella muy cargada de vapor de agua y de electricidad y a esto se une que la luz solar cayendo directamente en sentido casi vertical ilumina más brillantemente y calienta toda la región de un modo vigoroso. La vejetación es más lozana y abundante que en ninguna otra parte del globo; pero al mismo tiempo que las condiciones climatéricas y telúricas favorecen el desarrollo de los vejetales, parecen hacer más difícil la vida del hombre. Pero la zona de las nubes o del «pot noire» no tiene en todo el globo la misma anchura, estrechándose en determinados sitios, merced a condiciones locales y también bajo la influencia de los vientos alicios y monzones que soplan en esta región. Merced a unas de estas condiciones locales, el Ecuador que ya gracias a la altura de la meseta interandina, que es la parte mas poblada del país, escapa a la influencia que las condiciones climatéricas ejercen en la zona equinoccial, se libra también parcialmente de ellas, en la parte baja o sea en la región que se extiende desde el Océano Pacífico hasta la vertiente occidental de los Andes por causa de la corriente antártica, que al bañar sus costas meridionales, principalmente en las provincias de El Oro, Guayas y Manabí, enfría y hace bajar su temperatura, e impide la evaporación abundante y la formación de grandes nublados y de frecuentes chaparrones. La temperatura media de las costas es en efecto de 25 a 28° siendo la máxima del año 34° al sol y en las épocas de más calor y el período anual de lluvias de 4 meses que son los primeros del año. Las condiciones climatéricas y telúricas pues, no son tan desfavorables como podría creerse dada la situación geográfica que ocupa. Otras regiones situadas en la misma latitud o más al Norte, como la región del Chocó en Colombia, por ejemplo, tienen clima mucho más insalubre, pues en ellas no existen las causas locales que hemos dejado anotadas. Sinembargo, y aunque las características climatéricas no sean del todo desfavorables, como las enfermedades contagiosas no sólo depende de ellas para su desarrollo, sino que además son influenciadas por las condiciones de vida de los habitautes, por los medios de trasmisión que le son habituales, tales como determinados insectos y estas causas secundarias existen en nuestro país, dichas enfermedades que se han extendido y propagado, más bien que merced al clima de nuestra región a nuestra incuria, a nuestro abandono y al olvido de las condiciones higiénicas que es necesario tener en cuenta para combatirlas y extirparlas. En otros tèrminos, las enfermedades que en nuestro país existen no son debidas al clima ni tienen un origen es-

trictamente telúrico sinó que se propagan gracias a la falta de higiene y de buenas condiciones sanitarias. No existe entre nosotros enfermedad alguna que pueda ser atribuída exclusivamente al clima, y más aún, ni siquiera tenemos como otros países que tienen fama de ser más salubres que el nuestro, enfermedades regionales debidas a condiciones especiales de una comarca o a la existencia en ella de medios de trasmisión que le sean propios y autóctonos. Tal por ejemplo como la enfermedad de la Oroya en el Perú, enfermedad que sólo existe en esos lugares debido a que el insecto trasmisor, al cual se atribuye con más probabilidad el serlo, sólo habita en esos parajes. Aún muchas de las enfermedades epidémicas más mortíferas que hoy nos azotan no son propias de nuestro país sinó traídas e importadas de afuera: la fiebre amarilla y la peste bubónica por ejemplo que tanto espanto causan y tantas víctimas hacen, se han implantado aquí venidas desde el extranjero. El paludismo que en todos los países del globo origina tantas pérdidas de vida y que en los trópicos tienen caracteres tan graves, es una enfermedad frecuente sí, pero no tan mortìfera ni tan violenta como en otras partes y fuera de ellos y el de la anquilostomiásis, de la disentería, las investigaciones médicas no han revelado en la región baja o húmeda de la costa que es la que se considera como la más insalubre: que hay otras que causen gran número de víctimas. En los últimos tiempos se ha presentado en la provincia de Esmeraldas el beri--beri, pero en corto número de casos y sólo en dicha provincia debido a la aglomeración de tropas en la ciudad de este nombre. Los campos no son insalubres y si hubiera algún cuidado en su saneamiento lo serían mucho menos. En las ciudades la falta de higiene pública y privada, la mala calidad de construcciones, la alimentación deficiente e inadecuada son causas que favorecen, más aún que el clima, el desarrollo de las enfermedades infecto--contagiosas.

En cuanto a la Sierra o sea a la parte alta del país, disfruta de un clima igual y templado, de aire puro, suelo seco y lluvias poco abundantes, por lo cual no existen en ella las enfermedades que en la Costa y al contrario es considerada como una re--gión sumamente salubre. En realidad el clima de las montañas, haciendo aumentar con su mayor oxigenación la riqueza globular de la sangre hace a los habitantes de ellas más fuertes y robustos que los de las llanuras. La sierra tiene estas cualidades del clima de la montaña y allí no deberían existir enfermedades epidémicas sinó hubiera tanta falta de higiene y de aseo como al hablar de las costumbres hemos hecho mención. La única enfermedad infecciosa es la fiebre tifoidea que en las ciudades causan bastantes extragos y más bien en esta parte del país más salubre que en la región baja puede decirse que sí existen enfermedades climatéricas: asì la pulmonía por ejemplo y la bronquitis, ocasionadas por las co-

rrientes de aire frío, tan frecuentes en los climas de altura, son una de las causas de mortalidad en las ciudades situadas en los sitios más elevados como la capital por ejemplo que se halla a la altura de 2.300 metros. Sinembargo, esos mismos climas son buscados por los tuberculosos que en él encuentran alivio y aún curación radical de su enfermedad, siempre que guarden la debida higiene.

En la sierra ecuatoriana no existe pues, más problema sanitario que la extinción de la fiebre tifoidea, cosa que podrá llevarse a cabo el día que se pueda dotar de agua potable a todas las poblaciones de ella y extender los hábitos higiénicos, mediante una propaganda bien dirigida que comience desde la escuela y cambie las actuales costumbres, borrando los antiguos prejuicios y rezagos de añejas y rancias preocupaciones de épocas coloniales.

El problema sanitario se relaciona más bien con la costa ecuatoriana y en un futuro, muy lejano aún, con las selvas orientales, cuando la colonización pueda hacerse una vez que la actual zona poblada no de cabida al número de habitantes que aún pueda contener, pues antes es inútil pensar en colonizar lejanos territorios cuando la región de la costa se halla despoblada en sus dos terceras partes. En esta región, además del saneamiento de los campos, presenta excepcional importancia el de los puertos, porque el primero se relaciona íntimamente con el desarrollo de la agricultura, el segundo está ligado al del comercio y de la industria, y todos dos con el de la emigración extranjera que tanto favorece a los países poco poblados y en vías de desarrollos. El puerto principal del Ecuador, la ciudad de Guayaquil, es por desgracia la más insalubre de todas sus poblaciones debido a su excepcional situación, pues está asentada en una región baja y antes anegadiza y rodeada de pantanos, asiento muy favorable para el desarrollo del paludismo y de la fiebre amarilla. La clase de construcciones y el material que en ella se emplea, favorece la propagación de las ratas por lo cual se hace difícil extinguir la epidemia de la peste bubónica que existe en ella periódicamente cada año desde hace ocho, que fue importada de un país vecino. La falta de una buena red de canalización y de obras sanitarias ha vuelto más difícil la tarea de saneamiento. Por fortuna estas obras han comenzado ya y aunque marchan lentamente, por la escacez de recursos económicos empleados en ellas, dada su magnitud es de esperarse que a la vuelta de algunos años se haya logrado alguna mejora en el estado sanitario de la ciudad. Apresurémonos a decir que fuera de esta y de algunos puntos cercanos, situados en sus alrededores, no existe en el resto del país ni la fiebre amarilla ni la peste bubónica, la cual si bien, importada de Guayaquil, ha hecho su aparición en algunas otras ciudades, ha podido combatírsela fácilmente y extirpársela sin que haya causado gran número de víctimas.

Pero lo que dá más importancia al saneamiento de la ciudad,

es que en los países extranjeros el descrédito del país entero se hace merced al mal estado sanitario de esta ciudad y se aleja de él la inmigración por causa de la fama de país insalubre de que disfruta. Además de ésto, el comercio se dificulta por las trabas que los Servicios Sanitarios de otros países ponen a los buques que tocan en los puertos ecuatorianos y por las cuarentenas que se imponen a los viajeros que proceden de ellos como resultado de esto el flete de los cargamentos resulta excesivamente elevado, de tal modo que si los productos de exportación no alcanzaran elevados precios, no podían salir del país en condiciones económicas y por esta misma razón muchos productos de menor valor que podrían ser exportados dejan de serlo, disminuyendo así el monto total de las exportaciones. Sucede lo mismo con los productos de importación entre los cuales figuran muchas de las cosas más útiles en la vida y materias de primera necesidad que alcanzan elevado precio debido a este recargo, sin contar con que el comercio disminuye sus ganancias por tal motivo.

Hasta se ha llegado a querer hacer de este asunto un punto de potilìca internacional para el logro de interesados fines. Sinembargo, debemos hacer constar que en el país existe hoy mucha mayor preocupación por el saneamiento y mejora de las condiciones higiénicas, que hasta hace algunos años y puede afirmarse que en la conciencia nacional se ha llegado a tener una impresión más clara y definida de este asunto y a darse cuenta de toda la importancia que él reviste.

El día que el saneamiento de las poblaciones sea un hecho, desaparecerá indudablemente una de las causas de intranquilidad social que hoy aflijen al país tanto como las revoluciones, y la propagación de epidemias podrá ser contenida a tiempo y aún llegará a extirpárselas completamente: digamos para honor de nuestro país que una de estas y las más temibles y que más extragos causa, lo ha sido ya casi completamente: la viruela apenas se presenta en pequeños brotes en algunas poblaciones rurales y desde hace varios años no se dan casos de epidemia ni aún en Guayaquil, donde antes tantos extragos hacía.

A pesar de las malas condiciones sanitarias de las poblaciones y de la falta de costumbres higiénicas, la proporción de mortalidad y natalidad guardan una diferencia bastante elevada que pasa de 50 o/° y esto que entre las causas de mortalidad debemos poner las víctimas originadas por las guerras civiles y por las consecuencias que de ellas se deriban. Damos a continuación un cuadro general de estadística de mortalidad y natalidad en el último año y su proporción por cada mil habitantes, calculándose oficialmente la población del Ecuador 2'000.000 de habitantes, aun cuando esta cifra sea sólo aproximada, pues no se ha levantado ningún censo de la población total en los últimos años.

Comparadas estas cifras con países hispano—americanos

de clima, condiciones topográficas y grado de adelanto análogos al nuestro, véase la diferencia. Tomamos como ejemplo a Venezuela, Brasil y el Uruguay, cuyas cifras no son superiores a las nuestras y esto que en esos países los servicios sanitarios se encuentran mejor organizados que entre nosotros. Esto demuestra que podemos aspirar a hacer disminuír la cifra de la mortalidad si nos preocupamos de las cuestiones higiénicas como uno de los problemas más trascendentales para la vida del país: año 1915, natalidad total 67.400, proporción por ciento 3,86.—Mortalidad total: 42,497, proporción por ciento 2,43. Crecimiento 1,42%.

Puede verse por las cifras antedichas que si logran suprimir o hacer disminuir las enfermedades infecto--contagiosas, y la tuberculósis, la mortalidad no será mayor que en cualquier otro país que goza de la fama de tener un clima más salubre que el nuestro. En cambio es necesario precaverse de la maligna influencia que los vicios y enfermedades sociales pueden ejercer en el desarrollo de la raza.

Entre estos es preciso dar la mayor importancia, porque es también el más extendido, al alcoholismo. El Ecuador es uno de los países que consume más alcohol. El escritor boliviano Alcides Argueda, se lamenta porque en su país se consume un millón ochocientos mil litros de alcohol por una población de setecientos mil habitantes. No se si los cálculos de Argueda estén hechos, ni según el volumen de los licores consumidos, sinó según la riqueza alcohólica total, calculada en alcohol absoluto. Por lo que hace a nuestro país, he aquí las cifras que pueden citarse: En su informe al Congreso de 1912 el Ministro de Hacienda calculaba la producción de aguardiente de caña, que es licor más consumido en el país por los indios de la altiplanicie y por el pueblo en general, en 10'000.000 de litros. Ahora bien, como la producción no ha ido disminuyendo sinó que aumenta cada día, no sería aventurado calcular en 11'000.000 la producción actual: añádase a esto dos millones y medio de litros de cerveza que se fabrican en el país y otro tanto quizá de chicha, bebida fermentada de maíz que asimismo tiene gran consumo entre las clases populares. Del extranjero se importan entre vinos, congñacs wiski y otros licores alrededor de un millón de litros por año, advirtiendo que gran parte de estos licores extranjeros son de calidad inferior y muchos de ellos falsificados o de fabricación artificial. En el país se fabrican asimismo bebidas tóxicas que se conocen con el nombre de licores nacionales y que no son otra cosa que aguardiente aromatizado con diversas esencias y coloreado para imitar el vino, el cogñac y otros licores. Todas estas bebidas alcohólicas arrojan un total de 16'000.000 de litros que si seguimos la forma en que hace sus cálculos Argueda, es decir, descontando la población femenina y los niños, tendremos unos 500.000 habi-

tantes que consumen ésta cantidad de substancias alcohólicas, algunas de ellas fuertemente tóxicas, por causa de su mala preparación y de las impurezas que contienen. Sobre todo, los aguardientes son fermentados del modo más rudimentario y como la destilación no los priva más que incompletamente del mal oliente bouquet que tienen, se oculta este mal olor con esencias artificiales, como la de anís, que como se sabe son fuertemente tóxicas. Puede calcularse el efecto desastroso que en la salud pública en general y en la economía nacional causa esta inmensa cantidad de alcohol; cuyo valor debe calcularse asimismo en muchos millones que el pueblo del Ecuador gasta en enriquecer a unos cuantos industriales, a costa de su salud, de su fuerza, de su vigor, de la comodidad de su propia familia y de la moral pública, ya que las mismas estadísticas prueban que la mayor parte de los crímenes tienen por causa principal el consumo del alcohol. Porque no se trata solamente del pequeño alcoholismo del vaso de aguardiente que a diario apura el obrero al entrar o salir del trabajo, sinó también de pantagruélicas borracheras que los domingos y días de fiesta toman los campesinos de la costa y los indios de la sierra. Cada romería, cada fiesta religiosa en un pueblo pequeño, no es más que pretexto para una gran orgía rematada las más de las veces por escenas de sangre cuando las cabezas ya ofuscadas se sienten predispuestas a la riña y a la querella. Lo peor es que como el Gobierno, las obras públicas y las de beneficencia sacan una buena renta de la elaboración de alcoholes, no es posible tomar medidas restrictivas de la producción, sin afectar a muchas de ellas y así, mientras el alcoholismo hace disminuir la fuerza y la producción de los trabajadores, aumenta el caudal de los propietarios y sostiene los hospitales donde quizá irán ellos mismos a morir. Por más que se ha elevado la cifra de los impuestos, la producción de aguardiente no ha cesado de ir en aumento: no ha pasado lo mismo con la introducción de licores extranjeros porque el alza del impuesto ha hecho disminuir la importación. Cada vez que se ha tratado de expedir alguna ley restrictiva los sembradores de caña y los propietarios de destilerías se han alzado proclamando los sagrados nombres de la libertad de industria y los intereses de la agricultura sin cuidarse para nada de la salud pública, y el gobierno, asustado por la gritería que formaban, ha tenido que ceder. No existe en el país ninguna sociedad de propaganda anti alcohólica y el peligro social que engendra el abuso en el consumo de tan grande cantidad de alcohol no es combatido en forma alguna con detrimento de la raza, y de la salud pública.

Es muy probable que a este peligro esté unido el creciente desarrollo de la tuberculósis. No podemos citar cifras totales, pero sí estadísticas parciales; así la ciudad de Guayaquil que cuenta

con una población calculada en 100.000 habitantes, presenta 450 defunciones anuales debidas a la tuberculósis, siendo la enfermedad que más víctimas causa y estando por encima de las endemo--epidemias que la azotan todos los años. El cantón Quito, con una población de 80.000 habitantes, ha presentado el año último 110 casos de muerte por esta enfermedad, a pesar de estar situado entre los 2 y 3.000 metros sobre el nivel del mar y de tener toda la sierra fama de ser refractario a la tuberculósis. Esto no es verdad, pero es cierto que bajo la influencia del clima de las alturas, los enfermos de la tierra caliente que van a él en busca de alivio, mejoran y sobreviven largo tiempo, dándose el caso de curaciones radicales cuando buscan su acción benéfica en tiempo oportuno. Sinembargo, la falta de higiene y de establecimientos especiales de aislamiento, hacen que los tuberculosos difundan los gérmenes de la enfermedad por donde van y entre los indígenas sobre todo que no observan la higiene debida, mal alimentados y debilitados por el exceso de trabajo, no sería raro se propagara y fuera una causa más de degeneración de una raza tan fuerte, laboriosa y sufrida.

La indiferencia que existe por los males sociales, cuando no vemos sus efectos inmediatamente y la previsión y la incuria típicas de nuestro carácter, ha hecho que en el país no prosperen las ideas de fundar ligas contra la tuberculósis. Una sola sociedad, se propuso fabricar en Quito un Sanatorio y obtuvo la expedición de un decreto Legislativo creando fondos para ella, pero como sucede casi siempre, las rentas estaban en inmensa desproporción con la magnitud del edificio que se comenzó a levantar y éste ha quedado a medio construír, en tanto que ha terminado ya el entusiasmo y la constancia de los iniciadores de la obra. En Guayaquil existe un pequeño hospital para asistencia de los tuberculósos, pero en toda la República no hay ningún sanatorio, cuya falta se hace sentir tanto, sobre todo en las dos poblaciones más importantes. El peligro hasta ahora local, puede extenderse pese a la benignidad del clima de las alturas, toda vez que el principal aliado de la tuberculósis, es el alcoholismo, es un mal general para toda la República. Respecto al peligro venèreo, éste está asimismo localizado a las poblaciones grandes, es decir a Quito y Guayaquil: no existiendo la prostitución en las capitales de provincia, por la rigidéz de costumbres, en ellas el número de enfermedades de ésta clase, si las hay, es muy limitado. Pero digamos también que Quito y Guayaquil por la afluencia de viajeros procedentes del resto del país, puede ser el foco de donde se irradia el contagio, puesto que no hay ninguna valla que lo contenga. En dos o tres ocasiones ha tratado de reglamentarse la prostitución, pero la falta de estabilidad de nuestras instituciones, ha hecho que pronto se perdiera todo el trabajo realizado.

La inconsciencia de las clases dirigentes, su indiferencia e imprevisión, ante estos peligros puede costar caro en un futuro no lejano y ejercer funesta influencia en el desarrollo de la raza. En vez de perder el tiempo en inútiles disputas de carácter privado deberían preocuparse de preparar generaciones fuertes y robustas, tratando de atajar el mal, hoy que su extensión permite hacerlo sin grandes esfuerzos. Al país le cuestan muchos millones las revoluciones que lo agitan, pero, ¿qué es esto comparado con el valor de las vidas que se pierden, con los perjuicios que sufre el comercio y la agricultura por causa de la mala fama que rodea al país en el exterior y por lo que se gasta en amenguar epidemias que no se extirpan?. Como muy bien dice el doctor Verdes Montenegro, no es lo mismo gastar 100.000 pesos en quinina que en máquinas agrícolas y en esto estriba el valor económico de la supresión de las enfermedades infecciosas, porque los brazos que se conservan se emplearían en cultivar los campos y el dinero que ellos producen en máquinas e instrumentos de labor.....

Tal es a grandes rasgos el problema sanitario del país, que por sus múltiples aspectos es de vital interés y que con empeño y decisión sería fácilmente resuelto.

CAPITULO XIX.

El problema etnográfico.

Desde que el estadista argentino Sarmiento sentó como un principio político que poblar es gobernar, todos los estados independientes hispano americanos se han preocupado en mayor o menor escala de atraer a su suelo inmigración, sobre todo de la raza blanca. Desgraciadamente no todos los países hispano-americanos se prestan por las condiciones de su clima, de su salubridad, de su topografía y de su producción, para atraer igualmente al inmigrante europeo que ávido de buscar nuevo campo a su actividad y de hacer una fortuna o de mejorar de ella, abandona el suelo natal para ir a establecerse en lejanas tierras casi siempre desconocidas y a veces rodeadas de una leyenda fantástica como países de ensueños. Generalmente, el inmigrante busca para hacer su nueva patria las regiones cuyo clima y producciones son análogas a los que él abandona. Las tierras tropicales por su alta temperatura, sus enfermedades exóticas y mortíferas, no lo atraen con tanta facilidad como las tierras más cercanas a los círculos polares que dotadas de un clima templado se avienen mejor a sus condiciones de vida y exigen una aclimatación menos penosa y difícil. Por eso la Argentina, Chile, el Uruguay, Australia, Nueva Zelandia, el Canadá y los Estados Unidos, han sido hasta ahora los paìses preferidos para los emigrantes europeos en su éxodo a travéz del mundo; en cambio, a pesar de sus riquezas, las tierras tropicales sólo han recibido una parte mínima de emigrantes en comparación con la que va a las naciones antes citadas.

El profesor Le Dantec divide por esto las tierras de inmigración en dos categorías, la primera de países de colonización y la segunda de países o colonias de explotación. Según él, las regiones de la primera categoría se prestarían para recibir una emigración europea en número más o menos considerable sin grandes dificultades de aclimatación; los de la segunda sólo podrían recibir un pequeño número de europeos funcionarios, soldados y colonos, los cuales sería necesario renovar de tiempo en tiempo para librarlos de los rigores del clima y aprovechar del trabajo de la población indígena para explotar las riquezas del país. Las re-

giones de esta segunda categoría se encuentran según el mismo autor, colocadas a ambos lados del Ecuador en la zona que los marinos llaman la hoya negra por la gran cantidad de nubes que se acumulan en la atmósfera y que forman como un anillo o un cinturón alrededor de la tierra. Pero la hoya negra no tiene la misma anchura en toda su extensión modificándose debido a condiciones locales. Ahora bien, estas condiciones que son por lo general debidas a los vientos reinantes, a las corrientes marinas y a la topografía del terreno, (elevación en altura &) existen en su mayor parte para la América del Sur y la Central que están colocadas entre el Ecuador y los trópicos. Casi todos estos países tienen en su interior montañas y mesetas en las cuales el clima es muy benigno y se aproxima mucho al europeo, siendo sólo insalubres las costas que son bajas y húmedas. Por lo que hace al Ecuador, se halla en las condiciones anteriormente enunciadas. La parte meridional de sus costas en la porción comprendida entre las provincias de El Oro y del Guayas y parte de la de Manabí se encuentran bañadas por las corrientes antárticas de tal modo que refrescando la temperatura la hace soportable aún en el interior y mucho más al acercarse a la cordillera de los Andes. Aunque la costa tenga las enfermedades endémicas que ya hemos señalado, no tiene una temperatura excesiva, ni el aire ni la atmósfera una humedad muy grande: en nuestro país no se dan casos de insolación como en otros del globo que gozan de la fama de tener mejor clima que el nuestro. La provincia de Manabí, sobre todo, es excesivamente salubre. Por lo que hace a la sierra o sea a la región situada entre los dos ramales de la cordillera de los Andes, es la que mejor se presta por su clima y por sus producciones para recibir emigrantes de raza europea: desgraciadamente, como hemos dicho, su suelo no es tan fértil como el de la costa y según el padre Sodiro si fuera tan poblada como la Europa central, no alcanzaría su producción para mantener a sus habitantes.

No es posible pensar pues, en hacer de esta región un sitio de colonización agrícola, y si bien ya hemos dicho que en ella estará en lo futuro el centro de la producción minera e industrial tendrá que ser tributaria de las demás regiones de parte de los productos de alimentación que ella por si misma no alcanza a producir. Las regiones más apropiadas para la colonización en la costa serían las provincias de Esmeraldas y de Manabí y determinadas porciones de las del Guayas y de El Oro, siempre que con las colonias agrícolas que en ellas se establecieren se tuviera gran cuidado en lo referido a la higiene y salubridad de los inmigrantes. Por lo que hace a la región oriental aún es prematuro mientras no se hayan hecho buenos caminos que lleguen siquiera hasta la cabecera de sus ríos, pensar en una colonización que hecha con elemento autóctono no serviría sino para despoblar otras regiones más fácil-

mente explotables o para dejar sin explotación las que, por su proximidad al mar, están en condiciones de poder dar mayor provecho o rendimiento por tener su producción salida más fácil y exigir menos gasto en su trasporte. Las Islas de Galápagos, de una extensión de doscientas leguas cuadradas, no tienen según Wolf, sino unas veinte aptas para el cultivo, pero en cambio pueden recibir una población de pescadores y marineros aunque en número no muy considerable. Asì pues el Ecuador, aunque no tiene extensiones de terreno muy grandes ofrece sinembargo lugares aparentes para la colonización y podrá traer inmigrantes en la seguridad de que, si se cuidaba de su salud y de su buena instalación, si se mejoraba la higiene de sus ciudades y campiñas, podría hacer aumentar la población. Su situación geográfica, alejada de las grandes rutas marítimas y situada detrás de países de producción análoga a la suya barían que a él sólo llegaran los últimos restos de los inmigrantes que no hubieran podido tener colocación en los demás países sobre todo en los del mar de las Antillas. Nos referimos a la inmigración voluntaria, pues la situación del país y el criterio especial de la clase dirigente, no permite pensar que se pudiera traer inmigración provocada. En distintas épocas, los Gobiernos han celebrado contratos para traer a trueque de grandes concesiones, inmigrantes, pero las compañías contratistas no han podido cumplir sus compromisos. Dos son las causas que principalmente se oponen a ello: primero, las frecuentes alteraciones y los cambios de gobierno del país, por medio de la revolución y segundo la fama de insalubre de que goza en el exterior. Además la iniciativa particular no ha secundado esta tentativa y aunque los propietarios agrícolas se quejen de la falta de braceros para la agricultura, nunca han pensado en traerlos de Europa.

Se ha aconsejado como remedio, el establecimiento de oficinas de propaganda adjuntas a los consulados en Europa que suministren datos e informaciones a los inmigrantes que quieran venir al país; pero aún estamos muy lejos de poder llegar a organizar tales instituciones porque primero sería preciso preparar los lugares donde podrían ser recibidos los inmigrantes que quisieran venir.

La guerra europea, absorviendo las energías que antes sobraban de los pueblos del viejo continente y destruyendo muchos emporios de civilización, disminuyendo considerablemente los pobladores de su parte central, ha hecho que por hoy se aplacen las esperanzas de ver llegar a nuestras costas el exceso de la población blanca de los países más civilizados del viejo continente. Aunque Italia y España sean las naciones que mayor contingente han dado a la inmigración hacia los paìses americanos y estas naciones hayan sufrido poco en la gran guerra, sin embargo el exceso de su población es probable que en adelante prefiera ocupar su actividad en las

naciones que en la última contienda han perdido gran número de hombres y que por algún tiempo, quizás por un decenio, necesitarán del concurso de brazos extranjeros para restaurar sus industrias y fomentar su agricultura. Se han desvanecido, por ahora, las risueñas esperanzas que se abrigaban de que al abrirse el canal de Panamá una corriente inmigratoria se establecerìa hacia la costa Sur del Pacífico, de la cual hubiéramos sacado provecho; pues de haberse realizado tal previsión las primeras tierras que se ofrecían al inmigrante eran nuestras provincias litorales, precisamente, las que nosotros exceptuamos como las más aptas para recibir una inmigración numerosa siempre que se llenaran las condiciones que ya hemos mencionado. Hasta hoy, en vez de inmigración europea, sólo una inmigración asiática relativamente escasa y compuesta de sirios y de chinos es la que acude en mayor número a nuestras costas.

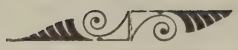
Se cree que a pesar de las leyes prohibitivas que impiden la introducción de individuos de raza asiática, éstos, como los indostanes después de invadir las islas del Pacìfico, acabaran por llegar a nuestras costas a introducirse en nuestro país como lo han hecho en los demás ribereños del grande Océano. Sin que nos anime el gran prejuicio de razas y sin que creamos que sea un axioma científico completamente demostrado el principio de la existencia de razas superiores e inferiores, es indudable que está en nuestra conveniencia el que a nuestro suelo lleguen los pueblos de mentalidad más elevada y de costumbres y civilización análogas a la del pueblo que al conquistarnos nos dió su cultura y su lengua. Por consiguiente, creemos que la mezcla con hombres de otra raza, mentalidad, costumbres y civilización distintas no haría sinó perjudicar a la formación de la nacionalidad, bastardeando por un mestizaje híbrido el tipo medio hispano-americano, rebajando al mismo tiempo su nivel cultural. Ya existen en nuestro suelo y entran en nuestra composición étnica tres elementos raciales distintos para que añadamos otros a esta mezcla tan heterogénea que forma el pueblo hispano-americano. Según Gustavo Le Bon tres son las condiciones para que dos razas puedan fundirse y dar origen a una variedad estable y estas son: que el número de individuos de ambas razas se encuentre más o menos en la misma proporción; segundo, que los caracteres psicológicos no sean muy diferentes; y, tercero, que los medios componentes se encuentran sometidos a las mismas influencias biológicas y sociales por un tiempo más o menos largo. La primera de las anteriores condiciones se encuentra llenada parcialmente, pues el número de individuos considerados como de raza blanca es casi igual a los de raza indígena, si bien, es preciso tener en cuenta lo que antes dijimos, es decir, que la mayor parte de ellos no pueden ser considerados como de raza blanca pura. En cuanto a sus demás

cualidades psicológicas es indudablemente que la de los indios de origen quechua, no son antitéticas de las del blanco, cosa que se comprueba con las del meztizo de las planicies interandinas. Estos son sobrios, sumisos, fieles, fuertes e inteligentes y constituyen indudablemente una de las mejores porciones de la población del Ecuador. El tiempo transcurrido desde la conquista no ha sido aún suficiente para llenar la tercera condición, pues después de cuatro siglos la mezcla de razas aún no es completa.

Respecto a lo que se podría llamar los peligros de la inmigración, es decir, a la absorción de los actuales elementos por los nuevamente llegados y a la destrucción de los elementos constitutivos de la nacionalidad, de los que forman los principios inmediatos de la conciencia nacional y del alma de un pueblo, es decir, las tradiciones, las creencias y el orgullo patrio, destrucción que se haría gracias al hibridismo de aventureros que no tendrán el mismo cariño que la actual población y aún que considerarían las tradiciones nacionales como leyendas fantásticas, creemos que tal peligro sería menos de temer en nuestro país, pues como ya hemos dicho, las tierras que podemos ofrecer para la colonización aunque bastante extensas no albergarían masas de población bastante numerosa para absorver a la actual y por otra parte nuestro paìs no puede aspirar por las razones que antes expusimos a atraer tan gran número de inmigrantes que superen a los actuales pobladores. El ejemplo de lo que pasa en los países meridionales del Sur de los Estados Unidos, nos enseña la manera de evitar ese peligro: cualesquiera que sean los errores de nuestro pasado, formamos un pueblo con tradiciones y un cuerpo de nación que podría ser quizás dominado o subyugado por otro más fuerte, pero no absorvido y destruído como pueblo.

Es curioso observar por otra parte el criterio con que el nuestro juzga al extranjero: de hecho reconoce su superioridad intelectual y cultural pero al mismo tiempo, mientras la clase baja confiesa más o menos abiertamente esta superioridad, siente por él cierta aversión que si no llega a la xenofobia es por lo menos un sentimiento de rechazo quizás porque presiente en él, un dominador futuro; en cambio la clase elevada siente preferencia por el elemento extranjero que necesita como propulsor de las industrias y del progreso material del país y lo atrae francamente sin hostilidad alguna. El orgullo nacional se abate en este punto y acaso sería este un peligro para el futuro que haría temer por la existencia nacional si no creyéramos que el instinto de conservación advierte a los pueblos hasta qué punto puede irse en materia de confraternidad y de admiración por lo exótico. De todos modos, la resolución de este problema que tantas conexiones tiene con el progreso y desarrollo del país, está inevitablemente aplazada por ahora, pero

sería de desear que sin perder de vista su importancia fuéramos preparando el terreno para cuando las circunstancias se presenten favorables podamos abordarlo con probabilidades de obtener un resultado provechoso y un éxito satisfactorio.



CAPITULO XX.

El problema educativo y cultural.

UNO de los índices del grado de cultura de un pueblo, es la extensión que en él tiene la enseñanza pública y el porcentaje de analfabetismo de su población. Es seguro que un pueblo ignorante es un pueblo atrasado en el camino de la civilización y del progreso y al cual aquejan muchos males sociales que encuentran su preventivo y su remedio en la escuela. La preparación de la juventud para la vida real debe ser la gran preocupación de todos los conductores de pueblo. Desde las épocas más antiguas las naciones que han sido las guías y faros de la humanidad, Grecia y Roma nos han dado en esto los ejemplos más notables.

En la época moderna, la preocupación por la enseñanza se ha convertido en las naciones civilizadas en una verdadera obsesión y a porfía todos los gobiernos se esfuerzan en difundir y extender más y más la esfera de acción de la escuela. El orgullo de un pueblo y uno de los títulos más preciados que debe ostentar si aspira a contarse en el rol de las naciones civilizadas es el de tener el menor porcentaje posible de analfabetos y de que, en su población no se ceben epidemias de enfermedades infecto-contagiosas sobre todo, de las que hoy está demostrado que es posible desterrar por medio de la higiene. El cuidado de la salud del cuerpo y del alimento del espíritu preocupa tanto a los gobernantes que han venido a construir puntos principalísimos de los programas políticos.

No podemos alabarnos por desgracia de haber adelantado bastante rápidamente en este camino, pues aunque, de la independencia á esta parte es grande el camino recorrido, mucho es aún el que nos falta por andar para llegar a un grado compatible con el estado actual de la civilización a fin de no merecer el título deshonroso de país ignorante y atrasado. Siguiendo su política educativa, España implantó en sus colonias el mismo régimen de enseñanza que existía en la metrópoli y que tendía a dar preferencia a la Universidad sobre la escuela, creando así una casta privilegiada, una especie de aristocracia del saber y descuidando la educación de la masa popular. En tanto que la Universidad educaba letra-

dos, teólogos y filósofos, la mayor parte de la población no sabía leer ni escribir y así por su superioridad intelectual una oligarquía de letrados se imponía sobre el pueblo que era mantenido sistemáticamente en la ignorancia. El desarrollo de la escuela primaria sólo viene desde los tiempos de la Independencia y la República ha ido desarrollando y ensanchando cada vez más la instrucción primaria y creando la secundaria, aunque degraciadamente con criterio erróneo y contradictorio y sin atenerse a una política pedagógica que tuviera una orientación estable y definida. Todos nuestros gobiernos han comprendido la importancia que tenía para el progreso del país el desarrollo de la enseñanza pública; pero no han estudiado la forma más conveniente en que debían impulsar el progreso de la instrucción. Nuestro error inicial consistió en que, acostumbrados a los métodos coloniales, dimos participación directa en la enseñanza a la iglesia e hicimos de la escuela y de la Universidad instituciones confesionales. Creencia muy arraigada y que aún subsiste hoy es ya la desautorizada opinión de que la mejor educación es la dada por las instituciones monásticas. Con el objeto de conservar el dominio de las conciencias, la iglesia por su parte ha definido con empeño esta prerrogativa, que las costumbres primero, las leyes y el asentimiento público le habían concedido casi sin discusión. Lo formación de la conciencia ciudadana se entregaba así a quienes tenían interés en mantenerla subyugada no solamente a una creencia religiosa sinó también a una tendencia política determinada yá que según hemos visto, la lucha política de nuestro país ha tenido el carácter de una disputa de predominio entre el poder civil y eclesiástico para libertarse aquel de la tutela de éste y de su intromisión en la dirección de los negocios públicos y del libre disfrute de las libertades de la conciencia y del pensamiento. Es sólo de veinte años a esta parte cuando la enseñanza oficial ha quedado libre de la tutela del poder eclesiástico y de doce a quince que se ha laicizado por completo la educación pública.

Nada tiene de extraño que el país haya permanecido sumido en el fanatismo religioso hallándose la instrucción entregada por tanto tiempo en manos de las instituciones docentes que, naturalmente, siguiendo sus métodos tradicionales atrofiaban la inteligencia y la conciencia de los educandos desterrando de ella el afán de investigaciones, destruyendo el espíritu de iniciativa y el ansia de poseer una personalidad propia que debe caracterizar a la educación de un pueblo que vive bajo el règimen democrático. Hoy se hallan frente a frente las dos instituciones docentes: la laica u oficial y la religiosa o libre; pero preciso se hace confesar que la primera se ha independizado a medias de la segunda porque sus métodos son derivados de los que hasta hace veinte años dominaban a todas las escuelas del Estado. El más grave error de los Gobiernos ha sido el no atender de preferencia a la formación del

maestro y dejar abandonada la instrucción pública cuando su primer cuidado ha debido ser apoyarla y enaltecerla. Verdad es que por caminos distintos aunque con iguales fines los gobiernos teocráticos y los despotismos militares tendían ambos al mismo objeto: es decir, mantener al pueblo en ignorancia para gobernarlo mejor y a su antojo. Todo en nuestra educación parece haber estado dispuesto para hacer de nosotros un pueblo fanático e ignorante, imprevisor y fatalista, para darnos doctores de ciencia teorizante y dogmática para hacernos intransigentes e intolerantes como la opinión ajena y para mantenernos estancados en la rutina y el empirismo. La escuela no ha sido un sitio de preparación para la vida, un lugar en donde el pensamiento se espaciara intenso y desbordante, un sitio en que se prepararan las sociedades futuras y en que se desarrollara la solidaridad o se exaltara la personalidad de los educandos, sinó un plantel donde se daba al alumno un conjunto de conocimientos hechos, expresados en una lengua confusa, ininteligible en parte para ellos, y que por consiguiente, no asimilaban o lo hacían sólo parcialmente. Los conocimientos útiles para la vida eran pospuestos a otros de interés meramente teórico sin tener en cuenta la finalidad ulterior de ellos y el destino futuro de los alumnos.

La mujer no ha sido preparada para la vida del hogar como si la escuela no tuviera que hacer nada con el rol social que está llamada a desempeñar; así su vida tiene que ser oscura, triste y estéril y es sólo por una auto educación o por una enseñanza dada en condiciones especiales que unas pocas pueden elevarse sobre el nivel intelectual de las demás. Una reacción saludable ha comenzado a dejarse sentir contra estas malsanas tendencias y una ansia general por cambiar de rumbo y orientarse hacia objetivos más acordes con nuestras realidades nacionales. Se ha comenzado a hacer la revisión de nuestros valores morales e intelectuales y se ha caído en la cuenta de la exagerada importancia dada a la enseñanza superior en detrimento de la primaria que es la base para la formación de los ciudadanos en un país democrático. Por otra parte, aunque la enseñanza Universitaria esté muy extendida, o mejor dicho diseminada, continúa siendo tan incompleta y tan rutinaria, tan falta de ideales y desligada de los intereses de la nación como al principio de la República. Se ha estancado y hoy se necesita hacer en ella una verdadera revolución, pues se ha atrasado demasiado para pensar, que evolucione rápidamente para ponerse a tono con el estado actual de la cultura universitaria mundial.

Con todo, y a pesar de lo mucho que se ha escrito y se ha dicho en este sentido, parece que nuestros políticos aún no se percatarán de la valía y el interés que para el progreso nacional tienen los problemas pedagógicos, y su discusión no tiene to-

davía una trascendencia real y efectiva que se cristalice en leyes y en disposiciones que los oriente hacia una resolución rápida y eficaz.

Todavía la penuria fiscal deja morir de hambre a los maestros de escuela, todavía no se halla la manera de asegurar a la enseñanza pública rentas suficientes y bien saneadas para su mantenimento, todavía no se ha podido abordar siquiera el problema de la edificación escolar, todavia el material de las escuelas continúa siendo el inadecuado y anti pedagógico de los tiempos antiguos, todavía la enseñanza técnica e industrial se halla reducida a unos pocos planteles incompletos y desprovistos del material necesario para la enseñanza, todavía las Universidades y colegios carecen de laboratorios y museo, todavía la educación de la mujer continúa casi enteramente entregada en manos de las comunidades religiosas y así toda reforma se hace imposible mientras no se la aborde franca y resueltamente. Ensanchar el radio de esfera de la educación haciéndola verdaderamente gratuíta y obligatoria, levantar por medio de ella el nivel moral del indio de las serranías y del campesino de las costas, modificar el carácter ya apático y receloso, ya bravío y levantisco del pueblo formado por mestizos, exaltar la personalidad e imbuir de un modo firme la noción del cumplimiento del deber, inculcar el sentimiento de amor a la patria, sustituir la mentalidad actual por otra más elevada y más consciente de las realidades de la vida he allí la finalidad de la educación que vendría a redimir nuestro país de muchos vicios sociales, de muchos defectos morales que actualmente son un estorbo para su progreso.

Quieran nuestros hombres dirigentes mirar más allá de los mezquinos intereses que actualmente forman la atmósfera política en que respiran y tendrán en la resolución de este problema el más vasto campo para ensanchar los horizontes de la patria y crear una nacionalidad fuerte y consciente de su propio valer.

CAPITULO XXI.

El estado social y la vida nacional.

En la evaluación de los coeficientes morales y culturales, que constituyen el índice del estado social de un pueblo y en su comparación con su vida pública general, es nesario tener en cuento multitud de factores de orden biológicos, moral, físico, psicológica y étnico. Mejor dicho, para juzgar de una nación por los datos que nos da su estado social e inferir de ellos deducciones acertadas es necesario considerar lo que podríamos llamar la vida interna y la vida externa de un pueblo: bien así como para juzgar de un individuo y del papel que desempeña en la sociedad, no solamente se toman en cuenta su posición, su riqueza, sus aptitudes personales, sinó también, sus antecedentes familiares, y su manera de vivir en la intimidad del hogar. Es todo esto, lo que viene a formar el carácter del individuo y a moldearlo según el ambiente en que respira, por otra parte, no es sino función dependiente del medio físico y de los caracteres individuales del sujeto. Por eso hay tan íntima conexión entre el estado social y la marcha de un pueblo considerado como nación o sea la vida política de un país que es la forma externa bajo la cual se juzga y considera a las agrupaciones humanas. Taine ha hecho consistir la evolución y las condiciones de la vida en la reunión de los tres factores: el étnico y racial, el medio ambiente físico y el momento histórico. Buchle da decisiva importancia al factor intelectual, Marx funda todo el movimiento histórico y social en el económico y por último, Le Bon cree que es ante todo la raza la que influye en el modo de ser, de desarrollarse y de vivir de un pueblo, atribuyendo a la educación y a las influencias de medio geográfico, de la alimentación y del modo de vida importancia secundaria: un prudente eclecticismo, nos hace juzgar que es preciso analizar con cuidado cada uno de estos factores y ver hasta qué punto pueden ellos influir en la vida de una nación. Si las sociedades según Spencer y Ward, son verdaderos organismos y como tales están sometidos al imperio de las leyes biológicas, es también cierto que estas no obran de una manera ciega y fatal porque no se trata de agrupaciones animales sin conciencia exacta ni noción precisa de su existencia que obran de un modo instintivo y es necesario por consiguiente tomar en cuenta el factor psicológico intelectual. Como ha dicho el autor de los

primeros principios hay algo más allá que está fuera del límite de nuestras investigaciones y que no podemos preveer ni alcanzar.

El estado social de nuestro país, tiene dentro de su escueta sencillez múltiples y complejas cuestiones que nosotros hemos venido estudiando someramente, para trazar luego un ligero esbozo de conjunto y deducir cuáles son las influencias que impulsan nuestra vida por la tortuosa senda que hemos venido recorriendo. Sea este, uno como exámen de conciencia de nuestra manera de ser, como a modo de diagnóstico de nuestro estado fisio--patológico, y como investigación semiológica de nuestro organismo.

Situado nuestro país bajo el Ecuador y en una posisión geográfica alejada hasta ahora de las grandes rutas comerciales y por consiguiente del íntimo y contínuo contacto con los países que son el foco de la civilización y los guías avanzados del progreso, llegan sólo hasta él, de modo lento y con rechazo, las manifestaciones culturales de los demás pueblos de la tierra. Este alejamiento del contacto directo con la civilización occidental, no ha sido óbise para que sigamos, aunque sea de retrazo, su marcha; pero retrazarse equivale hoy a debilitarse o anquilozarse. Marchar rápidamente es el programa de todos los pueblos que no quieren sucumbir o ser absorvidos por los que han llegado a tener un desarrollo más grande: en esto se cumple de un modo fatal la ley biológica de la evolución de las especies y hoy más que nunca la gran contienda empeñada al otro lado del océano nos demuestra que las normas del derecho, que la humanidad había tratado de poner como valladar y amparo de los débiles contra la ambición de los fuertes, son impotentes para contener el ansia de expansión que impulsa a estos. Respetando como nobles y dignos de aplauso de los elevados idealismos que harían fundar el estatismo de los pueblos en el respeto mutuo de unos a otros, creemos que una gran lección se desprende de este episodio magno de la historia de la humanidad: es preciso ser fuertes porque sólo la fuerza puede defendernos de los que yá la han alcanzado. Allá en una bruma muy lejana, se pierden como esfumadas las vanas ilusiones que acariciaron algunos soñadores de alcanzar una paz universal; precisa pues prepararse a conservar la integridad por el propio esfuerzo y afianzar por consiguiente la individualidad si se quiere subsistir como nación, como pueblo y como raza. No hay organismo que tienda al suicidio; el derecho, la aspiración a la vida, es una ley que cumplen todos los organismos animales aún entre los seres inferiores; la conciencia de ser, de existir, de progresar, de persistir, de perpetuarse, son otras tantas características de la existencia, de la función vital en general que todos cumplen en la naturaleza. Nada podría justificar que estuvieramos atacados de nihilismo moral, para que pretendiéramos terminar nuestra existencia por un suicidio moral nacional. Al contra-

rio, si la vida es fácil y agradable en un país, al cual la naturaleza se ha complacido en dotar de toda clase de climas y producciones, si nuestra situación como pueblo y estado, sólo no son florecientes debido a los obstáculos que nuestro propio desarrollo nos ha presentado hasta ahora, si nuestros problemas tienen resolución fácil y para la cual sólo hace falta voluntad y energía es menester cultivar estas dos cualidades que precisamente son las que más falta nos hacen.

La abulia, la inopia y la inercia mental son nuestros peores enemigos; es preciso pensar y tener firme voluntad para llevar a cabo nuestro pensamiento. Es preciso querer algo, pero quererlo con fuerza, con tenacidad y con constancia, soñar en una empresa para abandonarla luego, sólo es propio de imaginaciones exaltadas y de espíritus apocados. Es posible, que el influjo ancestral de las cualidades étnicas de los pueblos que nos han dado origen, que nuestra heterogénea composición social y que los defectos de educación ya señalados por nosotros, sirvan de rémora para nuestra regeneración y engrandecimiento; pero conocidas nuestras tachas y sabidas nuestras faltas, es preciso tener el valor de la enmienda.

Nuestra sociedad, tiende a democratizarse, precisa alentar este movimiento, porque sólo merced a él y fundado sobre bases de libertad y de justicia, de equidad y tolerancia, podremos esperar que al amparo de una paz estable y duradera, se restablecerá nuestro extenuado cuerpo de las enfermedades que lo han afligido. Actualmente, nuestro país presenta esta anómala situación; una oligarquía compuesta de plutócratas, comerciantes, propietarios, agricultores e industriales y una burocracia de médicos, abogados, militares, empleados y curas pesa sobre un pueblo oprimido, ignorante sin ideal ni aspiraciones. Medio millón de indios en la sierra y un cuarto de millón de mulatos en la costa, viven en el analfabetismo y casi en la servidumbre, por la inícua ley que permite el concertaje; su mentalidad retrazada, ruda y primitiva, no puede comprender los obstrusos ideales que animan a los blancos y mestizos que forman las demás clases seciales del país. Los ven moverse y agitarse en convulsiones espasmódicas, sin comprender el objeto de tal agitación; lo único a que aspiran, es que de tales movimientos, no resulte un nuevo pretexto para vejarlos y oprimirlos.

De aquí una grande y primordial obligación, la de procurar a todo trance, la elevación del nivel social y del valor cultural de la raza aborígen y del campesino de las costas. Si hay un problema social en el Ecuador, que con imperativo categórico, exija una pronta solución, es este. Nuestros políticos, son miopes y no ven más que las cuestiones triviales que más cerca tienen de ellos, pero no se fijan en esta grande e inmensa tarea que les cabría llevar a cabo, si tuvieran una noción más elevada y más exacta

de su misión. El ánimo no debe desmayar por lo arduo de la emprensa, todo pueblo, debe tener, una aspiración, un ideal de la noción de un deber que cumplir sobre la tierra: la convicción de nuestra propia debilidad, la desesperanza en nosotros mismos, la falta de carácter y la volubidad en nuestras empresas, no son debidas al tropicalismo y por consiguiente, al medio físico en que vivimos, sino a nuestra educación falta de idealidad y de objetivo final elevado. Nuestro pensamiento, se queda siempre en los límites de un edonismo inferior que nos hace considerar sólo el aspecto material de las cosas. Demos a la vida un sentido más práctico y más utilitario, dentro de una concepción idealista y no confundamos el egoismo y el particularismo, la mesquindad y el interés con el sentido positivista de la vida. Se puede aspirar a cosas útiles, para nosotros y los demás y buscar el beneficio propio sin estorbar el ajeno y con una finalidad más lejana que el logro en la cosa buscada en sí mismo. El cultivo de la voluntad, el de la dignidad personal, el sentimiento de la solidaridad, de la noción del deber, deben ser las guìas y normas de nuestra vida y harán de nosotros, los buenos ciudadanos de una República no tan ideal como la soñada por Platón, pero sí de la que en el futuro deberán constituir los pueblos que queriendo afianzar su personalidad desean con ello mantener su propia existencia.

La ignorancia es otro de nuestros defectos esenciales, que debemos combatir a todo trance: no solamente ella nos mantiene con el atraso, la rutina y el empirismo, sinó que nos deja inermes en manos del fanatismo político y religioso. En lo social, el imperio de la mediocridad y el arribismo se imponen debido al bajo nivel cultural de la masa total de los pobladores y al analfabetismo de la mitad de ellos por lo menos. No puede haber justicia en una sociedad que no alcanza a distinguir el verdadero mérito del falso oropel de reputaciones usurpadas formadas sólo por el elogio y la alabanza de prodigados interesadamente. Por último, si queremos modificar la marcha de nuestro país allanándole obstáculos y dificultades, debemos procurar ser más tolerantes, pero no con el mal, con el vicio y con el crimen, lo que sólo es propio de las sociedades débiles y corrompidas, sinó con las ideas y creencias de los demás, para poder vivir en paz y concordia. Por último, debemos adoptar, como programa, el que conviene a todos los pueblos débiles y atrasados y que fué el que Joaquín Costa, trazó a su patria después del desastre de 1898: la escuela y la despensa, es decir, la Instrucción pública y la agricultura como bases futuras de prosperidad nacional.

Guayaquil, Mayo 1914—Marzo 1917.

FIN

INDICE

	Página
Prólogo	5
Descripción general del país	9
Razas, etc.	19
La raza conquistadora	29
Criollos, mulatos, mestizos y negros	35
La Colonia y la Conquista	41
La Independencia y la República	49
La época actual	59
Clases sociales	69
Cultura y mentalidad	79
Arte, Literatura y Ciencias	87
Las Costumbres	97
Caracteres psicológicos	107
El Regionalismo	119
El Caciquismo	127
Los partidos políticos	135
La Política	147
El problema económico	157
El problema sanitario	169
El problema etnográfico	181
El problema educativo	189
Estado social y Vida nacional	195

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 066941052